JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal



Comprada por un MULTIMILLONARIO Griego

JÉSSICA MACEDO

Comprada por un MULTIMILLONARIO Griego

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Hamilton Blumhagen

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Resumen
Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuatenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Epílogo

Sinopsis

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.



Klaus

Prólogo

Hace cinco años...

La cabeza me palpitaba como si la hubieran golpeado con mil martillos. Apenas podía sentir mi cuerpo cuando recuperé la conciencia. Era como si estuviera distante, desconectado de mí mismo.

¿Había muerto?

¿Era esa la sensación que teníamos al rencarnar?

— Se está despertando... — Oí una voz de fondo, parecía la de un niño, pero era difícil distinguir siquiera el timbre dado el momento en el que me encontraba.

Me obligué a abrir los ojos y vi un destello, como si hubiera un foco justo delante de ellos. *¿Estaba en el cielo?* Teniendo en cuenta todo lo que había hecho en mi vida, era poco probable que acabara allí.

Poco a poco, casi a cámara lenta, las imágenes se formaron ante mí. Vi un techo hecho de follaje y varillas de madera. Las paredes también eran precarias y la habitación en la que me encontraba era muy pequeña.

Intenté moverme cuando sentí dolor en la espalda. Estaba apoyado en algo mucho menos cómodo de lo que estaba acostumbrado.

— ¿Dónde estoy? — Moví las manos y por fin conseguí tocarme la frente, pero al presionar no desapareció el incómodo dolor.

— ¡Papá!

Poco después, un hombre apareció en mi campo de visión. Era canoso y parecía curtido, pero se alegraba de mirarme.

— Por fin te has despertado. — El tipo me dedicó una sonrisa de satisfacción que me dejó aún más confuso.

— ¿Quién es usted?

— Me llamo Pedro.

— ¿Dónde estoy?

— En un pueblo de una isla pesquera del sur de Grecia.

— Ni siquiera puedes encontrarnos en el mapa. — Oí un gruñido que atrajo mis ojos hacia una chica.

No tendría más de quince años, con el pelo grueso y rizado y unos ojos castaños que me miraban con curiosidad.

Apreté los párpados mientras sentía que la cabeza empezaba a palpitarme de nuevo. De repente, mi mente se llenó de destellos. Oí los gritos de Sophia intercalados con relámpagos cada vez más fuertes y potentes. Mi yate llenándose de agua... Eran recuerdos vagos y aterradores que me confundían aún más.

— ¿Dónde está Sophia? — Me revolví en mi cama improvisada, intentando levantarme.

— ¿Quién es ella? — preguntó la chica.

— Mi esposa... Estábamos en mi yate...

— Tienes que quedarte quieto. — El hombre me empujó hacia atrás, impidiéndome levantarme.

Estaba tan débil y debilitado que ni siquiera podía protestar.

— Tengo que encontrarla.

— Te encontramos en la playa hace casi una semana. No creí que sobrevivieras, estabas malherido y te habías golpeado la cabeza con unos escombros. Probablemente el mar se tragó tu barco.

— Y Sophia...

— Lo siento. — Se puso la mano en el pecho e inclinó la cabeza. Demostrando que de alguna manera estaba siendo sincero conmigo. — Perdí a mi mujer hace unos cinco años y sé lo

duro que es.

— ¡No!

Era terrible aceptar que esto podía estar ocurriendo de verdad y no sólo un sueño loco en mi cabeza. Nunca pensé que me involucraría con una mujer así y perderla poco más de una semana después de nuestra boda era algo que no debía permitirse.

— ¡Necesito encontrarla!

— Hijo mío, lo siento, pero vi los restos del barco en la playa cuando te encontré. Es un milagro que te encontráramos antes de morir y por desgracia el océano debió tragarse su cuerpo.

— ¡No!

Me senté en la cama, todavía débil. El estómago se me revolvió y, antes de tener fuerzas para levantarme, volví a perder el conocimiento.



Klaus

Capítulo uno

Hoy en día...

Mi madre solía decir que teníamos nuestro momento. Que había un destino, trazado por un dios o varios, que determinaba cada etapa de nuestras vidas, incluso la muerte. Nunca me lo tomé en serio hasta que Sophia se fue y yo me quedé.

Quienquiera que fuese el sádico que determinó esto, me arrebató a la única mujer que he amado poco después de casarnos. Rescatado por una familia de pescadores, pasé casi un mes en medio de la nada para volver a ser quien realmente era y retomar mi vida, o lo que quedaba de ella tras la tormenta.

Durante los últimos cinco años me había centrado únicamente en ampliar el negocio de mi familia y hacer lo que mejor sabía hacer: trabajar.

De forma poco favorable, había aprendido muy bien que era mejor no involucrarse.

Oí que llamaban a la puerta y levanté los ojos de la pantalla del ordenador para mirar hacia la entrada de mi despacho.

— Sr. Demetriou. — Mi secretaria apareció.

— ¿Qué pasa? — Me retorcí en la silla mientras la encaraba con el ceño fruncido y una expresión poco receptiva.

— Los arquitectos llegaron para la reunión sobre el proyecto de ampliación del complejo.

— Diles que estaré con ellos en cinco minutos.

Asintió y volvió a cerrar la puerta, dejándome sola una vez más.

Yo era propietario de un complejo turístico en una isla privada de Grecia que había fundado mi abuelo en los años cuarenta, cuando consiguió comprarlo a precio de ganga. Desde que mi padre falleció y me dejó el lugar a mí, lo había ampliado, había traído aún más huéspedes y planeaba ampliarlo tras comprar otra propiedad más al noreste.

Espera que a finales de ese mismo año puedan comenzar las obras de construcción.

Terminé de enviar un correo electrónico y me levanté de la silla, abandonando mi despacho y dirigiéndome a la sala de reuniones situada al final del pasillo en la misma planta.

Me arreglé la corbata antes de abrir la puerta de cristal y, cuando lo hice, los arquitectos sentados alrededor de la mesa redonda se volvieron hacia mí.

— Sr. Demetriou. — Una mujer morena, de entre veintiocho y treinta años, sonrió al verme, pero se contuvo al ver mi cara.

Estaba allí para hacer negocios, no para flirtear con una empleada.

— Heitor Floros — estiré la silla mientras me volvía hacia el jefe de equipo — ¿Qué tienes para mí?

— He hablado con el equipo de ingeniería medioambiental y deberían poder aprobar el proyecto esta semana para que podamos empezar a construir el nuevo complejo. Queremos que sea más grande y aún más magnífico que este.

— Para que sea posible, tiene que salir de la mesa de dibujo.

— ¡Y lo hará! — dijo la mujer con una sonrisa y decidida a demostrar su competencia. — Antes de que se dé cuenta, tendremos todas las licencias necesarias. Sin embargo, para un proyecto de esta magnitud, hay que analizar muy bien el impacto ambiental para que no tengamos problemas en el futuro.

— Para eso te pago.

— Sí, señor.

— ¿Ha traído los planos actualizados y el diseño arquitectónico?

— Sí — dijo Heitor. — Haremos una presentación.

— Bien. — Asentí y seguí la mirada de la otra mujer mientras se levantaba y ponía la presentación en el ordenador de la sala.

— Como nos pedisteis, estamos pensando en ampliar el proyecto. Aumentaremos el número de habitaciones de treinta y cinco a cincuenta suites. En las proporciones que ya

habíamos decidido entre suites junior, superior, premium y presidencial. Podremos ofrecer mucho confort y lujo a visitantes de todo el mundo...

Mientras hablaba, yo prestaba atención a las imágenes de las plantas que tenía detrás. Desde que había comprado aquella isla, la había convertido en el proyecto de mi vida y había centrado en ella toda mi dedicación.

Mientras mi madre disfrutaba de sus viejos amigos y viajaba por el mundo, yo pasaba la mayor parte del tiempo sola. Ella ya había aprendido que no tenía sentido preguntarme o insistir en que buscara a otra persona.

Trabajo, dinero, lujo y fortuna eran mi lema y mi centro de atención.

Cuando la amenacé con quitarle la paga, mi madre cambió de tema. Rápidamente aprendió a respetar mi espacio.

Tras la presentación de los arquitectos, volví a mi despacho y me sorprendió un hombre de pie en el pasillo. Vestía ropas viejas y raídas y parecía aún más viejo de lo que yo recordaba, como si el tiempo pasara a toda velocidad para él.

No sabía cómo ni por qué estaba allí, ya que hacía mucho tiempo que había salido de su casa sin intención de volver.

— Señor... — Mi secretaria vino corriendo hacia mí, con cara de asombro. — Lo siento, este tipo dijo que necesitaba hablar con usted. Tiene algo importante. Sé que los guardias de seguridad deberían haberlo detenido...

— ¿Qué haces aquí, Pedro? — mi tono era firme y distante.

— Tienes buen aspecto, Klaus.

— Creo que estás muy lejos de casa, pescador.

— No habría venido si no fuera importante. — Le temblaba la voz. Le pesaban los ojos y parecía que llevaba mucho tiempo llorando. Tal vez el viejo era más emocional de lo que recordaba.

— Te escucho.

— ¿Podemos hablar en privado? — Me miró a mí, a la secretaria y a los guardias de seguridad que se acercaban por el pasillo.

Me quedé mirando al demacrado anciano durante unos segundos y consideré la posibilidad de decirle que hablara allí mismo. No tenía mucho tiempo que perder, pero un soplo de sentido común, o quizá un poco de humanidad, me hizo asentir y hacerle un gesto para que me acompañara a mi despacho, cerrando la puerta tras él al entrar.

Rodeé mi mesa de madera clara y me senté detrás de ella, apoyando los codos en ella y cruzando las manos para mirarle.

Pedro tragó saliva y me mantuvo la mirada durante todo el rato.

— Habla —le insté a que abriera la boca.

— No sé qué más hacer... Necesito su ayuda. No habría venido aquí si hubiera tenido otra opción...

— ¿Cuánto necesitas? — Ni siquiera le dejé seguir gimiendo.

Cuando dejé la casa del pescador, cinco años atrás, le había ofrecido una pequeña fortuna por los cuidados que me había dispensado. Aunque no era el alojamiento al que estaba acostumbrado, el hombre me había salvado la vida y merecía ser recompensado, pero en aquel momento no había aceptado mi dinero. Pero sabía que tarde o temprano cambiaría de opinión.

— No se trata de dinero. — Sacudió la cabeza.

— Siempre se trata de dinero, pescador.

— Hay cosas que son más importantes. Y no hay nada más importante para mí que mi hija Rhea.

— La chica...

— Sí, ha crecido y es mi mayor orgullo.

— Enhorabuena. — Bajé el brazo y empecé a juguetear con un bolígrafo sobre la mesa. — Si eso es todo lo que querías oír de mí. Ahora puedes irte.

— ¡No!

— Entonces habla, porque no tengo tiempo que perder.

— Me imagino lo que es para un hombre tan rico como tú, pero precisamente por eso estoy aquí, no sé qué más hacer. Mi Rhea desapareció hace dos días y la policía no sabe nada, no la encuentran.

— ¿Sigues viviendo en el mismo sitio?

Sacudió la cabeza, asintiendo.

— Apuesto a que fue tras algo mejor.

— ¡No lo entiendes! — Levantó la voz después de lo que dije. — Mi hija nunca me dejaría.

— A veces la gente te sorprende.

Pedro asintió y yo seguí mirándole con seriedad.

La isla donde vivía el tipo estaba a varios kilómetros de la mía y yo seguía sin entender por qué había acudido a mí sólo para desahogarse sobre su hija. Debía de tener entre dieciocho y veinte años y probablemente necesitaba una vida mejor que la mediocre que llevaba su padre.

— Tienes que ayudarme a encontrarla. — El hombre se inclinó sobre la mesa y me cogió la mano.

De repente, tiré de ella hacia atrás y mis ojos se abrieron de par en par.

— Ella volverá a casa.

— Tú no entiendes...

— Cuando tenía veinte años, también quería tirarlo todo y largarme.

— Te salvé la vida. — Cuando esas palabras salieron de la boca del anciano, todos los recuerdos volvieron a mi mente como un huracán. El accidente, Sophia...

Quizá no debería haberme salvado, pero llevaba demasiado tiempo deprimido por la culpa de ser el sobreviviente.

— Te ofrecí bastante dinero en nombre de mi gratitud, pero no lo aceptaste.

— No quiero tu dinero, muchacho. Sólo quiero que encuentres a mi hija. Sólo soy un viejo pescador. A la policía no le importa lo que le pase a gente como yo, pero tú tienes poder e influencia, puedes devolverme a mi Rhea.

— Veremos si no vuelve a casa. Si no aparece en unos días, veré qué puedo hacer.

— Para entonces puede ser demasiado tarde.

— Tal vez esté con su novio.

— Mi hija no tiene novio.

Me tapé la boca con la mano, pero no pude contener la risa.

— Así que ya sabemos por dónde empezar a buscar.

— Por favor...

— Escucha, Pedro... No voy a ir a una pequeña isla en el medio de la nada para sacar a tu hija de la cama de algún novio. Sí, me salvaste la vida... — Abrí un cajón y saqué una de mis tarjetas. — Así que, si quieres meterla en una universidad, llámame y yo me encargo de los gastos.

— Pero se la llevaron...

— Vete. — Señalé la puerta. — Tengo asuntos más importantes que atender.

El hombre bajó la cabeza y sus ojos se volvieron pesados, parecía completamente decepcionado por lo que había oído, pero yo no me dejaría conmover tan fácilmente. Yo no tenía hijos y su rebeldía no era mi responsabilidad.

A cambio de lo que habían hecho por mí, podía ofrecerles dinero para que tuvieran una vida mejor, pero eso era todo.

Le miré fijamente hasta que respiró hondo y finalmente salió de mi despacho.



Rhea

Capítulo dos

Hace dos días...

Mi padre volvía del mar y yo quería prepararle algo rico para comer ese día, así que salí de casa y me fui a casa de una amiga que tenía un huerto y a veces me daba verduras.

Como nuestra pequeña casa estaba justo en la playa, el suelo arenoso no permitía plantar nada que prosperara, así que era imposible tener algo así. Afortunadamente, vivíamos en un lugar donde todos tenían poco, pero se ayudaban como podían. Así que no pasábamos hambre y teníamos lo mínimo.

Desde que murió mi madre, cuando yo sólo tenía diez años, estábamos los dos solos y hacíamos todo lo que podíamos el uno por el otro. Mi padre nunca tuvo mucho que ofrecerme, pero hizo todo lo que pudo y me hizo apreciarlo.

Aparte de los demás habitantes de la isla, nadie se preocupaba por nosotros. En un pueblo pobre perdido en medio de miles de islas griegas, era como si no existiéramos. Así que ni siquiera tenía grandes ambiciones. Quería poder ayudar a mi padre, que se estaba haciendo viejo, y cuidar de él como había cuidado de mí misma.

Iba descalza, caminando por la arena del atardecer hasta llegar a la pequeña carretera sin asfaltar que llevaba a casa de Juliana. Nos habíamos conocido en la escuela del pueblo y éramos íntimas desde niñas.

Sus padres le habían comprado una antena y acceso a Internet. Después del colegio, en los últimos años, íbamos allí a ver programas o a indagar en la vida de personajes famosos. Veíamos historias y descubríamos cosas que nosotros nunca haríamos.

Juliana vivía con sus padres y otra hermana, y yo observaba sus vidas y me preguntaba cómo sería si mi madre no hubiera muerto. Por mucho que mi padre hubiera hecho todo lo posible por mí, aquel era un vacío que nunca podría llenar.

Me acerqué a la vieja puerta de madera curtida y llamé varias veces, esperando que alguien

me abriera.

Me crucé de brazos y miré la puesta de sol tras la montaña. Mi padre no tardaría en llegar y tenía que correr si quería tener la comida lista antes de que llegara.

— ¡Rhea! — Juliana abrió la puerta y me recibió con una enorme sonrisa.

— ¡Eh!

— Me alegro de verte. No sabía que vendrías hoy.

— Mi padre está a punto de llegar y me preguntaba si podrías darme una patata y una zanahoria de tu huerto. Me gustaría hacer un poco de sopa.

— ¡Claro que sí! — Dio un paso atrás. — Entra y te lo traeré.

— Gracias, chica.

— ¿Está tu padre en el mar?

— Sí. — Miré alrededor de la sala de estar. El pequeño sofá, el televisor y una radio.

La familia de Juliana tampoco tenía mucho, pero parecían, como yo, llevar una buena vida.

— El mío se fue hace una semana. Mi madre está preocupada, pero sé que volverá, siempre lo hace.

— A veces van más lejos. Lo hacen en busca de mejores peces.

Mi amiga asintió. Sabía que estaba preocupada y a menudo compartía ese sentimiento. No podía imaginar qué sería de mí si mi padre nunca volvía a casa.

— Vamos al jardín, mi madre está en la cocina. — En cuanto Juliana me cogió del brazo y tiró de mí con ella, nos sorprendió un estruendo.

Me sobresalté y tardé un rato en darme cuenta de que alguien había entrado en la casa.

— ¿Dónde está Saul?

El tipo era alto, truculento y hablaba como si gruñera. A cada paso que daba, sentía vibrar el suelo como si fuera a derribarlo todo. Para colmo, no estaba solo, había otros tres hombres con él, igual de aterradores.

— Mi padre está en el mar —respondió Juliana, un poco más confiada que yo.

— ¡Mentira! Desapareció con nuestro cargamento.

— ¿Qué carga? — Mi amiga enarcó una ceja, confusa.

— ¿Dónde está la droga, chica? — El primero la agarró por los hombros y la sacudió en el aire.

— ¿Drogas? ¿Qué droga?

— La aue tu padre transportaba para nosotros.

— Mi padre no se ocupa de estas cosas —tartamudeó.

— Parece que no sabe nada. — rió uno de los otros.

— No me importa. Sólo necesito mi producto.

— Se habrán equivocado — me aventuré a decir, y me arrepentí de inmediato.

— Yo en tu lugar me quedaría quieta. — Me lanzó una mirada amenazadora que me hizo retroceder unos pasos, completamente asustado. — Registrad la casa — ordenó a los demás, que empezaron a rebuscar por todas partes.

— ¡Cuidado! — gritó Juliana mientras empujaban el televisor y lo tiraban al suelo.

Empezó a llorar a gritos y acabó recibiendo una bofetada.

— ¡Cállate, chica!

— Encontramos otra más. — Los hombres volvieron del campo y tiraron a la madre de Juliana al suelo de rodillas.

— ¿Y las drogas? — insistió el que parecía ser el líder, pero no obtuvo la respuesta que esperaba.

— No la encontramos.

— Joder, ¿y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer? Cuando llegue el jefe, nos va a matar.

Parecía que había alguien por encima de ellos que no quería conocer.

— Llevémonos a las más jóvenes —sugirió otro, alternando la mirada entre Juliana y yo.

— ¿Por qué? — Los ojos de la madre de Juliana se abrieron de par en par. — Por favor, déjalas en paz.

— ¡Cállate, vieja! — le gritaron.

— No sé qué hizo mi marido, pero sólo son niñas... — Dejó de hablar cuando recibió una bofetada en la cara que me heló la sangre.

— ¿Qué haremos con ellas?

— Son guapas, pueden calmar al jefe o hacer que Saulo aparezca con nuestras drogas.

Uno de ellos caminó hacia mí y yo retrocedí dos pasos tambaleándome. Le miré fijamente a los ojos y vi la maldad en ellos. Fuera lo que fuese lo que había hecho el padre de Juliana, había acabado involucrándose con gente muy mala.

— No me toques. — Aparté la mano del hombre cuando intentó tocarme.

— ¡Cállate, zorra! — Me agarró del pelo con tanta fuerza que me dolía la piel.

Intenté apartarle e hice todo lo que estaba en mi mano para liberarme, pero fue inútil. El tipo aterrador era mucho más fuerte que yo. Debía de medir casi dos metros y tenía los antebrazos más gruesos que mis muslos.

— ¡Suéltame! — Juliana también estaba luchando.

— ¡Suéltala! — Su mamá intentó levantarse, pero chocó contra una pared que la empujó hacia atrás y la hizo caer al suelo.

En ningún otro momento de mi vida he estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Su papá se relacionó con hombres muy peligrosos y yo acabé sufriendo las consecuencias.

Forcejeé con todas mis fuerzas e intenté que no me arrastrara, pero fue inútil. Mordí el brazo del tipo mientras yacía allí, y él me dio un puñetazo que me hizo marearme y perder el conocimiento durante unos instantes. Me levantó y me echó al hombro, alejándome de todo lo que conocía y amaba.



Klaus

Capítulo tres

Hoy en día...

Los relámpagos que entraron por la ventana en mitad de la noche me hicieron levantarme y sentarme en la cama. El sonido de la lluvia y el retumbar de los truenos a primera hora de la mañana me pusieron en alerta y me recordaron el accidente.

Mis recuerdos seguían siendo vagos y parecían alejarse cada vez más con el paso de los años. Era casi como si aquella terrible noche hubiera sido solo un mal sueño.

Pero no era tan sencillo...

Perder a Sophia tuvo sus consecuencias, empezando por la gente que aún se atrevía a preguntarme por ella. No sabía si eran idiotas o simplemente querían ver el dolor en mis ojos. Fuera cual fuese el motivo, los odiaba igualmente. Esto me hizo retraerme y aislarme cada vez más.

Siempre estaba ocupado, sobre todo por Amelia, mi ex suegra y la mejor amiga de mi madre. Cuando aparecía, solía sacar temas de los que yo no quería hablar. Como si fuera culpa mía que su hija ya no estuviera aquí, y tal vez lo fuera, pero después de tantos años, aún no había conseguido pensar en una forma de evitar lo que le había ocurrido.

El mantenimiento del barco estaba al día, siempre he sido un buen piloto, pero la tormenta y las rocas no eran variables con las que contaba.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana, corriendo la cortina para que los rayos no invadieran la habitación, pero aún podía verlos brillar a través de los huecos.

Había sobrevivido, no era mi hora, pero seguía sin entender exactamente por qué.

Salí del dormitorio y me dirigí al salón, me serví un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa y di un buen trago.

Estaba oscuro, pero podía moverme bien en el lujoso piso de mi complejo. Tenía casi cien

metros cuadrados, con un dormitorio, un salón, un lujoso cuarto de baño, un balcón privado y un despacho. En el hotel los había aún más grandes para alojar a familias, pero a mí me bastaba con vivir solo, ya que mi madre estaba en otro.

Aquella isla en medio del Mediterráneo era mi hogar, pero también mi prisión, porque no había salido mucho de ella desde lo ocurrido. Tuve uno o dos flirteos, pero nada que pudiera retener o hacer durar.

Acerqué una silla de madera y me tiré en ella, apoyándome en el respaldo de terciopelo. Debería volver a dormirme, pero era difícil con las tormentas. Entonces mi mente divagó. Iba de un lado a otro hasta que se detuvo en la visita de Pedro que había recibido aquel día.

No esperaba encontrarme con el viejo pescador que me había rescatado de la playa cinco años atrás, y mucho menos que me pidiera ese tipo de favor.

Podría haber tenido mi dinero, pero aún así no lo cogió.

— Por eso huyó su hija — me dije.

Aún recordaba vagamente lo precaria que era su vida. Una casita de madera y hojas al borde de la playa, que podía venirse abajo fácilmente con un vendaval. Comían lo que la naturaleza les daba y no tenían muchos recursos económicos para nada.

Fue un milagro que consiguiera sobrevivir tanto tiempo en aquel lugar.

Debería haberlo dejado pasar, pero seguí pensando en ello durante el resto de la noche, hasta que amaneció y los rayos cambiaron al centelleo del sol. Lo que su hija decidiera hacer no era responsabilidad mía, pero aún podía oír el peso de la culpa y la deuda.

Me gustara o no, aquel tipo me había salvado la vida.

Era muy temprano cuando me cambié y pedí que prepararan el helicóptero. Aunque viajar en avión también tiene sus peligros, desde el accidente lo había preferido a coger un barco, y además era más rápido.

No tenía muchos contactos en la policía, pero llamé a un investigador privado que se reuniría conmigo en la isla.

Era muy posible que llegara allí y la chica ya se hubiera ido a casa, pero si ponía de mi

parte, saldaría la deuda que tenía con su padre y me libraría de esta carga para seguir adelante.

Al menos uno de los tormentos podría desaparecer.

Para cuando el helicóptero empezó a descender, el sol estaba en lo alto y el agua del mar cerca de la orilla era vibrante y cristalina, del color de una piedra preciosa. Se trataba de una isla pequeña y poco explorada, pero tan hermosa como muchas otras, incluida la que albergaba mi complejo turístico.

El ruido del helicóptero atrajo la atención de los lugareños y pronto varias personas acudieron a la playa para ver qué pasaba. Bajé las escaleras y me alisé la americana, cogí las gafas de sol que llevaba en el bolsillo y me las puse en la cara.

— Quédate aquí — le dije al piloto mientras mi guardaespaldas se ponía a mi lado.

Di unos pasos más hasta que alguien se atrevió a cruzar el cordón invisible y acercarse a mí. Era una señora de unos sesenta o setenta años, con el pelo canoso y una mirada muy curiosa.

— ¿Qué haces aquí?

— He venido en busca de Pedro.

— ¿Pedro? — Frunció el ceño como si buscara en su memoria.

El tipo nunca me había dicho su apellido y en ese momento me sentí como un idiota por haber ido allí.

El lugar que me rodeaba tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba de mi estancia, como si nada hubiera cambiado.

— ¿Un tipo canoso y bajito?

— Hmm. Tiene una hija. Es padre soltero.

— ¡Ah, Pedro! — La mujer sonrió al recordar. — ¿Por qué alguien como tú ha venido a por Pedro? No está metido en ningún lío, ¿verdad?

— Es algo privado.

Como nadie en la isla parecía recordarme, era muy probable que el hombre que me había

salvado no hubiera comentado su acto de altruismo con los demás.

— ¿Puedes llevarme a su casa?

— Podemos —dijo otro tipo, llamando mi atención. — Pero Pedro se fue y aún no ha vuelto.

— ¿Cuándo?

— La última vez que lo vi fue cuando daba vueltas por la isla preguntando si alguien había visto a Rhea.

— ¿Así que Rhea se ha ido de verdad? — Me rasqué la barbilla donde empezaba a crecerme la barba.

— Nadie la ha visto desde hace unos tres días — respondió uno de los chicos, y todos guardaron silencio durante un largo momento.

Pensé que estaría en casa de algún novio, pero si no era de esa pequeña isla, ¿de dónde iba a ser?

Estaba ensimismado y preguntándome adónde podría haber ido Pedro hasta que oí un gemido que llamó mi atención. Una mujer de al menos cuarenta años se abrió paso entre la multitud y vino llorando hacia mí, pero mi guardaespaldas le impidió tocarme.

— Tienes que hacer algo.

— ¿Eh? — No sabía a dónde quería llegar y me di cuenta de que la situación se me estaba yendo de las manos más rápido de lo que me hubiera gustado.

— Se llevaron a mi hija.

— Mire, señora, creo que necesita llamar a la policía...

— Ella y Rhea...

Quizá el pescador tenía razón.

— Cuando por fin se lo dije a Pedro, se fue tras ellos y aún no ha vuelto...

Agarré a la mujer por el brazo y tiré de ella para acercarla. Sus ojos marrones se abrieron

de par en par cuando la miré fijamente.

— ¿Adónde se los llevaron? — pregunté en voz baja pero firme.

— No sé... — Sollozó y empezó a llorar.

— ¿Quién las ha cogido?

— Mi marido lleva desaparecido mucho tiempo. Pensé que intentaba traer mejor pescado para que pudiéramos vender a los comerciantes, pero parece que se involucró con la gente equivocada.

— ¿Qué gente?

— Delincuentes.

— ¿Qué querían con las chicas?

— Para complacer al jefe porque no encontraron las drogas que debían estar con mi marido.

Le solté el brazo y la mujer cayó de rodillas a mis pies. Sus lágrimas se hicieron aún más intensas y acabé preguntándome por qué había acudido allí.

— Tienes que hacer algo.

Oí el ruido de un barco que se acercaba y, afortunadamente, apartaron su atención de mí para fijarse en quién venía. Era el investigador que había contratado.

Tenía una opción obvia, volver a mi helicóptero y dejar atrás el desastre. Sin embargo, Pedro había dejado muy claro lo que quería de mí por salvarme la vida.

No me involucraría, no me importaba, pero tenía una deuda que debía pagar.



Rhea

Capítulo cuatro

El brazo me dolió aún más cuando uno de esos brutos me agarró con fuerza y me hizo salir por la escotilla del barco, donde Juliana y yo habíamos sido arrojados como si fuéramos carga.

El fuerte olor me revolvía el estómago y me palpitaba la cabeza. Era un milagro que no hubiera vomitado, quizá sólo porque tenía el estómago vacío.

El hambre, el dolor y el malestar me debilitaban cada vez más.

Me pellizqué, lloré y grité, esperando estar viviendo algún tipo de pesadilla.

Sólo quería despertarme.

— ¡Cállate, zorra! — Cuando me abofetearon en la cara y me marearon aún más, supe que no iba a ser tan sencillo.

— Déjanos ir — suplicó Juliana mientras nos empujaban contra la arena y caíamos de manos.

— Quieres irte ¿eh? — se burló uno.

— Quiere irse. — Otro rió aún más fuerte.

— Será mejor que se callen.

— ¡Socorro! — Juliana gritó con fuerza, pero se detuvo inmediatamente cuando la golpearon en la cabeza y cayó inconsciente.

Tragué saliva y guardé silencio. Ver a mi amiga desmayada a mi lado me hizo pensar en lo que podría ocurrirme si intentaba resistirme.

Sólo podía pensar en cómo sería cuando mi padre volviera a casa y no me encontrara allí. Estaría desesperado, pero yo no sabía cómo podría ayudarme, porque ni siquiera sabía dónde estaba.

— ¡Levántate! — Me levantaron brutalmente.

Quería estar segura de que todo iba a salir bien, pero cada vez tenía menos motivos para

estarlo.

Nunca había estado en la isla donde nací y crecí, pero había visto algunas cosas en Internet y la televisión. Edificios altos y grandes construcciones que parecían producto de mi imaginación.

Podrían haberme llevado a cualquier lugar, pero fuera lo que fuera, parecía otro mundo.

Me empujaron por la carretera y me tambaleé hasta que llegamos a una furgoneta. El hombre que llevaba a Juliana la sentó en un banco y me hizo sentar a su lado.

Permanecí en silencio mientras pensaba. No sabía si alguien iba a ayudarme, pero no quería perder el conocimiento sin saber lo que podrían hacerme.

Quería poder huir, pero no tenía ni idea de adónde llegaría y menos aún de cómo volvería a casa. Además, podía haber gente como los que me secuestraron, que me devolverían a esos matones o harían algo peor.

¿Cómo podría escapar?



Klaus

Capítulo cinco

Caminé con mi guardia y el investigador privado hasta la antigua casa de Pedro. Al recorrer el lugar, lo vi exactamente como lo recordaba, como si no hubiera cambiado nada, ni siquiera evolucionado.

Pronto divisé la pequeña y humilde residencia.

La puerta estaba abierta, como si hubiera alguien, pero en cuanto entramos, la pequeña habitación con un viejo sofá y una hamaca estaba completamente vacía.

— ¿Aquí es donde vivían? — preguntó el investigador, que lo escrutaba todo.

— Sí.

Parecía imposible no reconocer el ambiente.

— ¿Ayer vino el padre de la chica y le dijo que había desaparecido?

— Eso es todo — dijo en voz baja y pensativa mientras sus ojos seguían recorriendo el lugar.

— ¿Sabías lo que dijo la mujer?

— Puede que no le haya dado la oportunidad de decírmelo.

— Si realmente se la llevaron los criminales, es posible... — se detuvo a mitad de frase y me hizo girar sobre mis talones para mirarle.

— ¿Qué es posible?

Tragó saliva al ver mi cara.

— No quiero crear malas expectativas, pero en general...

— ¡Habla! — Le agarré por el cuello y toda la estructura vibró.

— Prostitución.

— ¿Crees que llevarán a la hija del hombre a un burdel?

— Es una forma de ganar dinero con ella.

— Es sólo una niña.

— Esto les ocurre a miles de niñas en todo el mundo.

Solté al tipo del suelo y di un paso atrás tambaleándome, todavía absorbiendo la información.

En cierto modo, me sentía responsable de ello y de lo que pudiera pasarle a la niña, aunque no fuera directamente culpa mía. Cuando Pedro me pidió ayuda, no me di cuenta de lo grave que podía ser.

— Tienes que encontrarla.

— Puede ser una auténtica aguja en un pajar.

— ¡Contrólate! — Volví a alzar la voz. — Necesito a la chica aquí antes de que pase algo.

— Haré lo que pueda.

— Espero más que eso. — Resoplé mientras caminaba hacia el interior de la casa y entraba en una pequeña habitación.

La cama era precaria, con un colchón improvisado y un mueble que probablemente se había fabricado en la propia isla.

Había un pequeño marco de fotos que me llamó la atención. Recordaba a una niña, pero habían pasado cinco años y se había convertido en una mujer. Tenía una sonrisa agradable y una mirada que no esperaba para alguien que se había criado en aquel lugar, pero pensar en ello no me correspondía, sólo tenía que recuperarla y saldar mi deuda con su padre.

— ¿Es ella? — Oí la voz del investigador detrás de mí y me giré para mirarle.

— Sí. — Le entregué la foto.

— Una foto me ayudará, pero tendremos que correr contrarreloj para evitar que ocurra lo peor.

— No lo dudes, puedo pagar muy bien.

— DE ACUERDO. Volveré a mi oficina en Atenas y dirigiré todos mis esfuerzos. Tengo algunos contactos en el mundo clandestino que pueden ayudarme a acelerar el proceso.

Asentí y salimos de casa.

Cuanto antes sacara a esa chica del lío, antes podría centrarme en mi propia vida, sin más deudas con el pasado.



Rhea

Capítulo seis

Nos sacaron de la furgoneta y me dolió la rodilla cuando volvieron a tirarme contra el suelo, pero esta vez el suelo de piedra era mucho más incómodo que el de arena. Me desplomé hacia delante, apoyándome en las palmas de las manos abiertas, y el pelo me corría por la cara.

— ¿Quiénes son? — Oí una voz profunda y oscura que me hizo estremecer.

Levanté la cara y el pelo se me echó hacia atrás, permitiéndome ver. Había un hombre trajeado de pie cerca de la ventana, era calvo y truculento. Sostenía un vaso de una bebida oscura, su expresión era aterradora y me produjo escalofríos.

— Saulo desapareció con nuestras drogas. Las recogimos en su casa.

— ¡Ese cabrón! — El hombre apretó el vaso con tanta fuerza que se hizo añicos entre sus dedos, haciendo volar fragmentos y líquido en todas direcciones.

— Aún así vamos a por él.

— Eso espero. O serán ustedes quienes paguen las consecuencias. — La forma en que se dirigió a los hombres me aterrorizó aún más.

El jefe se limpió la mano en un lado del traje y dio unos pasos por el frío suelo, acortó la distancia entre nosotros y me agarró de la barbilla, obligándome a mirarle.

— Eres bastante guapa.

— Pensé que te gustaría — se jactó uno de los bastardos que me secuestraron.

— ¿Cuántos años tienes, preciosa?

Mis labios se apretaron y no me atreví a contestar.

— ¡Responde al jefe! — El grito me hizo dar un respingo del susto.

— Diecinueve... Diecinueve.

— Joven... Hermosa. — Se acercó a mí y me agarró la barbilla, haciéndome levantar la cabeza y mirarle fijamente.

El pavor me consumía por dentro y era difícil no sucumbir a la desesperación total. Ese tipo de miedo era algo que nunca había sentido en mi vida.

— ¿Con cuántos tíos te has acostado?

— ¿Cómo?

— ¿A cuántos les has dado?

— I... Yo no...

— ¿Te ha comido la lengua el gato? — Apretó los dedos contra mis mejillas, haciendo que me dolieran aún más.

Intenté negar con la cabeza.

— Entonces contéstame.

— Ninguna.

— Virgen... — Su sonrisa se ensanchó mientras me analizaba aún más. — Muy interesante. Creo que podría hacer negocios contigo.

— Por favor... — Mi pavor creció aún más y una lágrima corrió por mi mejilla. — Sólo quiero volver a casa.

— ¿En esa isla en medio de la nada?

He dicho que sí.

— Tengo planes mucho más interesantes para ti.

— Después de follártela, me toca a mí. — Uno de los tipos que me había arrastrado hasta allí se rió, y mis ganas de llorar aumentaron aún más.

Sentí que unas manos gruesas me tocaban el pelo, pero antes de que pudiera ponerme un dedo encima, fue reprendido por la mirada firme del jefe.

— No nos divertiremos con ella.

— ¿No?

— Vamos a ganar dinero. ¿Sabes lo difícil que es conseguir una virgen hoy en día y cuánto pueden pagar los millonarios por una?

— ¿La vas a llevar a Red Island?

¿Red qué? Nunca había oído hablar de ella, pero tenía la sensación de que podía ser un lugar terrible donde sentiría aún más miedo del que estaba experimentando allí.

— Los dos. Estoy seguro de que podrían valer las drogas que hemos perdido. Por ahora, cuídalos bien. — Me soltó la cara y me eché un poco hacia atrás, sintiendo que me dolían las mejillas.

Sólo esperaba despertar pronto de aquella terrible pesadilla o que ocurriera un milagro que me sacara de allí. Mientras tanto, me arrastraron del brazo por un pasillo oscuro hasta que me metieron en una habitación con Juliana.

— ¡No! —Corrí hacia la puerta, pero antes de que pudiera escapar, se me cerró en las narices y extendí las manos sobre la superficie. — ¡Ayudadme!

— Es inútil gritar — murmuró Juliana, recuperando el conocimiento.

— ¿Qué nos va a pasar? — Me acerqué a ella y me acomodé en la pequeña cama que había a su lado.

— No lo sé.



Klaus

Capítulo siete

El viejo desapareció y dos días después de ir a la isla no supe nada de él ni de su hija. El investigador la estaba buscando, pero tampoco me dio ninguna información. En el fondo, aunque sabía que se la habían llevado, seguía creyendo que no era exactamente mi problema. Si la chica hubiera sido un poco más lista, quizá no habría ocurrido esto.

Sentado en mi despacho, mirando por la ventana al océano, mi mente iba y venía intentando encontrar una razón para dejar esta historia y no esforzarme más.

Pedro me había salvado la vida, ¿y qué? A veces pensaba que habría sido mejor que me hubiera dejado morir. Entonces probablemente no habría tenido que vivir con esa extraña soledad y la necesidad de alejarme de todo y de todos.

Estaba haciendo lo que mejor sabía hacer, utilizar el dinero a mi favor. El investigador trabajaría en el caso y haría lo necesario para encontrar a la chica. Con suerte ella volvería a casa y eso sería todo.

La vida de todos volvería a la normalidad, incluida la mía. Bueno, al menos lo mejor que pude después del accidente.

Mi atención se centró en uno de los presupuestos que había recibido para la construcción de mi nuevo hotel mientras esperábamos las autorizaciones medioambientales para empezar las obras. El trabajo me sostenía y le prestaría toda mi atención.

Cuando empezó a sonar mi móvil, tardé un rato en darme cuenta y contestar.

— ¿Quién es?

— ¿Sr. Demetriou?

— Sí —continué, con un tono frío y distante — ¿Quién habla?

— Soy el investigador Aristóteles Onassis. He avanzado en mi investigación y he descubierto algo de lo que me gustaría informarle inmediatamente.

— Te escucho.

— Lo siento mucho. — Hizo una breve pausa dramática que me alarmó.

— ¿Por qué? — Insistí en que hablara pronto.

— Desafortunadamente, las noticias no son buenas. Tengo algo trágico...

— Puedes ir directo al grano — le corté para que dejara de dar rodeos. — No tengo todo el tiempo del mundo.

— El pescador fue asesinado.

— ¿Cómo? — Me sobresalté porque no esperaba ese tipo de noticias. — ¿Estás seguro?

— Desgraciadamente, sí. Yo mismo encontré el cuerpo esta mañana en una isla no muy lejos de donde vivía.

— ¿Y cómo murió?

— Parece que se ahogó, imagino que fue arrastrado mar adentro por las fuertes corrientes. Pero… Puede que lo hayan asesinado

— ¿Cómo ha ocurrido?

— Sigo investigando. Estaba tras el hombre y mi suposición es que se acercó bastante a los tipos que se llevaron a su hija e hizo las preguntas equivocadas.

— ¿Lo mataron sólo porque quería recuperar a su hija? No tiene sentido.

— Estos hombres peligrosos matan por mucho menos. No quieren ninguna interrupción en su negocio.

¡Piedad! Me tapé la boca con la mano para contener un gemido de asombro. No podía creer que un hombre con el que llevaba hablando unos días hubiera muerto así.

— Te envío unas fotos que envié antes de que la policía local retirara el cadáver. Sólo para que estés seguro de que es él.

Mi móvil empezó a vibrar y lo aparté de mi cara para mirar las imágenes. El anciano yacía en la arena con la ropa aún más precaria y la piel amoratada. La causa de la muerte podía ser incluso el ahogamiento, pero estaba claro que le habían golpeado.

Fue culpa mía porque sencillamente no creí que necesitara ayuda.

— ¿Rhea también está muerta? — me aventuré a preguntar.

— Todavía no sé dónde está.

— ¡Esfuérzate! Necesito que la encuentres lo antes posible.

— Estoy en ello.

— ¡Trabaja más rápido! No quiero otro cuerpo en la playa.

— Ninguno de nosotros lo quiere, pero estamos tratando con gente muy peligrosa. La policía federal tiene sospechas y lleva mucho tiempo tras estos hombres.

— ¿Estás trabajando con la policía?

— Siempre son buenos aliados en estas situaciones. Cuando se trata de un secuestro o de una muerte, están deseando resolver el caso. También estoy en contacto con colegas y traeré a algunos de ellos a trabajar conmigo.

— Llama a todos los que necesites y corre contra el tiempo.

— Haré lo que pueda.

Colgué la llamada y dejé caer el móvil con fuerza contra la mesa.

— ¡Joder! — mi grito de furia resonó por toda la habitación.

Estaba enfadado conmigo mismo y no podía evitar el peso de la culpa que caía sobre mis hombros. El hombre me había pedido ayuda y yo me había negado, obligándole a ir solo tras los bandidos.

Estaba muerto y su hija seguía desaparecida.

Puede que yo no fuera responsable de lo que le había ocurrido, pero me sentía culpable de otra muerte más.

¿Cuántos tendría en mi cuenta antes de que llegara mi turno?

Sólo esperaba que la niña siguiera viva, porque sentía que se había convertido en mi responsabilidad. Su padre me había pedido que la salvara y se había sacrificado por ello.

Ya tenía dos deudas con él y tenía que esperar que no se convirtiera en una tercera.



Rhea

Capítulo ocho

No me di cuenta de cuánto tiempo había pasado. Juliana y yo estábamos en aquella pequeña habitación, con la ventana cerrada y sin contacto con el mundo exterior. Siempre parecía de noche. El ruido de mi estómago me recordaba que no había comido lo suficiente, empecé a sentirme débil.

— Tenemos que salir de aquí. — Juliana me agarró de la muñeca, haciéndome girar hacia ella.

En la penumbra, era difícil verle bien la cara.

— ¿Cómo?

— No lo sé.

— Si no tenemos cuidado, acabarán matándonos.

— Ya has oído lo que quieren hacernos.

— Sí... — Mi boca sabía amarga.

— Nos van a vender a alguien que...

— Es mejor no pensar en ello.

Me estremecí al pensarlo. En una isla pequeña, donde todos se conocían, nunca me molesté en tener muchas citas. La media docena de chicos disponibles no llamaba mucho mi atención y mi padre se estaba haciendo viejo, necesitando cada vez más cuidados. Cuando murió mi madre, hizo todo lo posible por cuidarme él solo. No podía abandonarle para formar otra familia cuando más me necesitaba.

Era inevitable pensar en él, en si sabía que me habían secuestrado y en cómo reaccionaría. ¿Vendría mi padre a por mí? Me estremecí ante la pregunta. ¿Qué podía hacer un viejo pescador contra todos aquellos bandidos?

— Ah, Rhea. — Juliana cayó sobre mi hombro y empezó a llorar.

Fue difícil evitar que yo hiciera lo mismo.

No creía que fuera a tener un futuro extraordinario, pero el que me esperaba parecía mucho peor que la vida que había llevado mi padre.

Oímos el ruido de la puerta al abrirse y nos revolvimos en la cama. Una luz brillante apareció detrás de una silueta masculina y me hizo cerrar los ojos. Tardé un rato en acostumbrarme a la luz antes de poder distinguir al tipo. En cuanto me di cuenta de que era una de las personas que me habían secuestrado, retrocedí, aunque no tenía adónde ir.

— ¡Déjanos en paz! — le gritó Juliana.

— ¿Quieres otro puñetazo, chica? — gruñó, haciéndola tragar saliva.

— Quédate quieta — le susurré.

— Muy bien. Escucha a tu amiga y mantente al margen.

Ella asintió.

— El jefe ordenó que les trajeran comida. — Entregó una bandeja con pan duro y dos tazas de té frío.

Tenía tanta hambre que no me importó ni pensé mucho antes de atacar. Masticar y tragar todo a la vez para hacer frente al agujero formado en mi estómago.

Juliana finalmente ignoró la presencia del hombre e hizo lo mismo, no era la única hambrienta.

— Alimentaos porque os iréis de aquí por la noche.

— ¿Irme? — Me estremecí con la boca llena de pan.

Por mucho que salir de aquella habitación pareciera una buena alternativa. Algo me decía que en cuanto saliéramos de aquel lugar iríamos a otro aún peor.



Klaus

Capítulo nueve

Estaba acostumbrado a las noches de insomnio que me habían perseguido durante los últimos cinco años, pero aquella en particular era la peor de todas. Era imposible cerrar los ojos y apoyar la cabeza en la almohada sin que la culpa me consumiera.

Pedro había muerto y su hija estaba perdida en alguna parte y podía estar corriendo una suerte aún peor que la de su padre. Empecé a pensar que se trataba de una maldición mía, de llevar la tragedia allá donde iba.

Incluso quería decir que no importaba, y la mayor parte del tiempo era exactamente lo que intentaba hacer. Me había acostumbrado a la soledad y quizá aún más a la culpa, pero eso no significaba que pesara menos.

Saqué el móvil de la mesilla de noche y comprobé las notificaciones. No había rastro del investigador y empezaba a pensar que no la encontraría. Quizá también era demasiado tarde para ella.

Pensé en llamar, pedir noticias, pero no quería parecer desesperada. Si el investigador hubiera conseguido algo, me lo habría dicho él mismo.

¿Y si contrato a otra persona?

Una persona más en el caso podría dar a la chica una mejor oportunidad de ser encontrada antes de que ocurriera lo peor. O no... tal vez no importaba lo que hiciera. Su destino ya estaba sellado.

Tiré el móvil al colchón y respiré hondo. Me froté la frente y me eché el pelo hacia atrás. Me palpitaban las sienes y tenía la impresión de que la presión era tan grande que iba a explotar en cualquier momento.

Recorrí mi habitación en calzoncillos y me acerqué a la enorme ventana de cristal, asomándome a ella y examinando la vista que tenía del horizonte. El mar era azulado y se iba oscureciendo a medida que se alejaba de la costa. Pude ver algunas garzas que sobrevolaban el mar y cantaban al sol.

Lo tenía todo y vivía en aquel paraíso, pero seguía teniendo la sensación de que me faltaba algo. Después de la muerte de mi mujer, quizá siempre faltó algo.

Aislarme había sido mi elección. No me preocupaba por asistir a actos sociales ni por entablar amistades íntimas. A veces me veía obligada a relacionarme con mi madre, pero, aparte de ella, todos mis interlocutores eran subordinados que estaban allí para cumplir mis órdenes.

Me cambié y pedí que me sirvieran el desayuno en la habitación. Luego me dirigí al departamento de administración del complejo y me quedé allí en mi despacho, donde traté con mi secretaria y los demás empleados responsables del mantenimiento del lugar.

Era media tarde y estaba aprobando un presupuesto para el trabajo cuando mi móvil volvió a sonar y vi el número de Aristóteles.

— ¿Alguna novedad? — Fui directo al grano, pero estaba nervioso por la respuesta que pudiera darme.

— La he estado buscando toda la noche. Unos contactos me han dicho que mañana habrá un evento especial en Red Island.

— ¿Red Island?

— Es una isla privada en el mar Egeo que pertenece a un millonario inmobiliario, pero se rumorea que alberga un burdel con casa columpio. Un plato lleno de placeres carnales para quienes puedan permitírselo.

— ¿Irás allí y me traerás a la chica?

— En realidad, de eso quería hablarte. Los que conocen el lugar dicen que no es fácil conseguir una invitación. Es un lugar muy restringido, sobre todo por la investigación de Interpol sobre el tráfico internacional de personas.

— Si saben lo que pasa allí, ¿por qué no detienen a todos y liberan a las chicas?

— Es mucho más complicado.

— ¿Por qué?

— Los rumores no son pruebas.

— ¿Qué esperas de mí?

— Usaré tu nombre para conseguir una invitación.

— No frecuento ese tipo de lugares, Aristóteles —dije con dureza.

— Pero es un multimillonario viudo que no levantará sospechas. Quieres sacar a la chica de ahí, ¿no?

— Quiero... — Dejo escapar un largo y profundo suspiro.

Me sentía responsable de ella y, en cierto modo, culpable por lo que le había ocurrido a su padre. Tenía que rescatarla, aunque el precio no fuera el más alentador.

— Con tu invitación, entraremos en la isla. Fingiré ser tu guardia de seguridad y buscaremos a la chica.

— Si la encontramos, la sacaremos.

— Sí. Ese es el plan.

No parecía tan sencillo como decía el hombre al otro lado de la línea, pero estaba dispuesta a hacer el sacrificio.

La situación podría haber sido más fácil de resolver si hubiera ayudado a Pedro antes, pero de momento no tenía muchas opciones.

Si no conseguía ponerla a salvo, era muy posible que nunca volviera a dormir bien. Además de los recuerdos de la noche del accidente, tendría el peso de la muerte de una familia a mis espaldas atormentándome.

— Haz los preparativos necesarios y avísame.

— No hay problema.

Cuando desconectó la llamada, volví a dejar el móvil sobre la mesa. No tenía ni idea de lo que podía esperarme en aquella isla roja, pero el nombre y lo que me había contado el investigador no presagiaban nada bueno.



Rhea

Capítulo diez

Cuando por fin nos sacaron de la habitación, dos hombres truculentos nos arrastraron de vuelta a un barco y nos metieron en una bodega.

Juliana cayó encima de mí y yo chillé por el dolor del impacto.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó preocupada por mí.

— Eso creo.

El olor a pescado del compartimento seguía siendo nauseabundo, pero todo lo que había pasado en las últimas horas, o incluso días, lo hacía insignificante. Extrañamente, incluso me recordaba a casa.

Ese olor me recordaba días felices y cómo era abrazar a mi padre cuando volvía del trabajo. Me gustaría poder hacer exactamente lo mismo.

Supliqué, lloré y gimoteé, pero aquella pesadilla no terminó.

— ¿Qué te parece si jugamos con ellas antes de entregárselos a la gente de la isla? — oí decir a uno de los hombres y se me heló la sangre de nuevo.

Yo no sabía mucho del mundo ni de la relación entre las personas, pero la intención en su tono de voz me hizo preguntarme qué estaría pasando por su mente.

— Nada de tocar a las chicas — dijo otro, lo que me tranquilizó un poco.

— Sólo será una cáscara.

— El jefe nos matará si valen menos porque decidiste estropear la carga.

— Nadie se dará cuenta de la *puerta de atrás*.

— ¡Ícaro!

— Eres un grano en el culo.

— Van a... — Juliana empezó a hablar, pero antes de que pudiera terminar, le tapé la boca

con el dedo.

— Será mejor que no llamemos la atención.

Ella asintió.

Nos quedamos en silencio y los hombres también dejaron de hablar. Sentía que el barco se movía e incluso el mar chocaba contra el casco.

No quería que ninguno de ellos me tocara, pero sentía que el lugar al que nos llevaban podía ser mucho peor.

Nos sirvieron fideos fríos, casi tirados por encima, y seguimos el viaje hasta llegar a otra isla. Me di cuenta de que el barco había fondeado cuando dejó de moverse.

El tipo, que debía de llamarse Ícaro, bajó al sótano y me agarró del brazo, arrastrándome primero. La zona ya estaba dolorida por los apretones y tirones.

Me arrastró y yo me tambaleé, la única razón por la que no me caí a la arena cuando bajamos de la barca fue porque él mantenía sus dedos firmemente agarrados a mi brazo. El sol seguía brillando con fuerza y supuse que era cerca del mediodía. No reconocí la isla ni el lujoso edificio cercano a la playa.

Parecía una mansión o una especie de palacio con un enorme amarradero y un helipuerto. Sólo alguien muy rico viviría en un lugar así. La fachada, que mezclaba colores blanco y crema, estaba formada por columnas de arquitectura antigua y parecía un templo de culto a los dioses antiguos.

Miré a mi alrededor, pensando en una forma de escapar, de huir, pero el tipo me sujetaba con tanta fuerza que parecía imposible.

— ¿Adónde nos llevan? — gritó Juliana. — ¡Soltadme!

— Quédate quieta, perra.

— Por favor, no le hagas daño. — supliqué cuando vi una mano levantada hacia la cara de mi amiga.

Juliana se quedó callada y no tuvimos más remedio que dejarnos arrastrar hasta una

entrada situada detrás del edificio.

En la puerta había un hombre serio, con gafas de sol, que detuvo a los hombres que nos arrastraban. Llevaba gafas de sol y detuvo a los hombres que nos arrastraban. Por un momento tuve la esperanza de que pudiera ayudarnos, pero pronto se me pasó.

— ¿Qué hacéis aquí? — dije en tono serio.

— Nuestro jefe nos dijo que lleváramos mercancía a su oficina. — Me empujó hacia delante para que el guardia de seguridad pudiera verme mejor.

— Hmm... ¿Dónde conseguiste a esas?

— En una isla pesquera.

— ¿Pobres?

— Sí. Nadie las buscará.

— Pueden pasar. — El hombre asintió y dio un paso a un lado, permitiéndonos entrar. — Encontrarán al traficante dentro.

Seguimos el pasillo bien decorado con techos altos hasta que entramos en una sala con unas cuantas jaulas y mujeres semidesnudas paseando. También había hombres que sólo llevaban corbata y ropa interior diminuta, así como otros tipos mejor vestidos que recibían órdenes de una mujer. Pensé que no podía ser peor hasta que ella se volvió en nuestra dirección.

Rubia, con el pelo recogido en un moño, las uñas largas pintadas de rojo y algo que parecía un animal muerto alrededor del cuello. Me hizo darme cuenta de que Cruela formaba parte de un dibujo animado y que en el mundo en el que yo vivía existían peligros reales.

— Mira lo que tenemos aquí... — Dio unos pasos y se detuvo frente a nosotros.

Ensanché los ojos y contuve la respiración cuando su uña se encontró con la línea de mi mejilla y me hizo levantar la cara.

— Necesitaba sangre fresca para ofrecer a mis clientes.

— Te llevarás bien con estas dos. — El tipo que estaba con mi amiga se rió. — Son vírgenes.

— ¡Ah, sí! — La sonrisa de la mujer se ensanchó aún más.

— Sí.

— Me las quedaré. Sería interesante organizar una subasta mañana.

¿Subasta?

— ¿Y cuál será el pago? — A Ícaro le interesaba el dinero, mientras que yo sólo quería una forma de escapar.

— Te daré dos mil euros por cada una de las chicas. Y un diez por ciento de comisión si ofrecen más de diez mil por sus virginidades.

Todavía no podía creer que pudieran estar diciendo la verdad.

Negué con la cabeza y les vi intercambiar miradas hasta que asintieron, empujándonos hasta que caímos de rodillas al suelo.

— No pueden hacerme esto. — Empecé a llorar y acabé llamando la atención de la mujer.

— No valías nada, chica. Al menos ahora tendrás algunos hombres ricos pagando por ti y un poco de comodidad. Te ha tocado la lotería.

— No ha habido suerte.

— Por tu propio bien, será mejor que cambies de opinión. — La mujer giró sobre sus talones e hizo un gesto a los demás para que se acercaran. — Llevad a estas dos a la ducha. Apestan.

Cogí la mano de Juliana y ella entrelazó sus dedos con los míos, pero nos separaron hasta obligarnos a separarnos. Poco sabía yo del destino que nos aguardaba.



Klaus

Capítulo once

Era de noche cuando mi helicóptero aterrizó en la isla privada en la que Aristóteles me había dicho que se encontraba Rhea. Estaba a mi lado, junto con otro guardaespaldas. Yo parecía visiblemente tenso y jugueteaba con la corbata, intentando ajustármela, pues sentía que me asfixiaba, apretándome cada vez más la zona del cuello.

Por muy incómodo que fuera el lugar a primera vista, tenía que estar allí para encontrar a la chica. Mi misión era rescatarla de allí.

Puede sonar raro, he tenido varias mujeres, pero nunca he tenido que pagar por sexo. Venían buscando ventajas, ya fuera invitándome a copas en un pub u ofreciéndome alojarme en mi hotel. Ese tipo de placer siempre me resultó fácil, sólo tenía que desearlo y estar disponible en un entorno con oferta de mujeres.

Algo como aquel lugar era mi primera experiencia y me incomodaba, sobre todo cuando recordaba que otras mujeres podían estar allí contra su voluntad, como era el caso de la hija del pescador.

Para mí, el sexo siempre fue algo que dependía del consentimiento de ambas partes.

Cuando me acerqué a la entrada, donde había un guardia de seguridad, saqué el móvil del bolsillo y le enseñé el código QR con la invitación que había recibido para estar en la zona restringida. El tipo comprobó mi identificación y me entregó una máscara negra.

— Bienvenido, señor.

— Gracias. — Di un paso adelante y los dos que estaban conmigo me siguieron, pero se detuvieron.

— Sólo el invitado.

— Somos su seguridad — dijo el investigador.

— Estará seguro adentro. Pueden esperar fuera.

— Pero... — Intenté preguntar, pero su expresión permaneció firme.

— Esas son mis órdenes. Sólo puedo dejar entrar a los invitados.

— Estaré bien dentro — le dije a Aristóteles.

— Cuídese, señor.

Por mucho que mis instintos me dijeran que no entrara, me sentía responsable de Rhea y necesitaba sacarla de allí.

Me puse la mascarilla y pasé junto al guardia de seguridad al vestíbulo del edificio.

No era un burdel cualquiera. La estructura del ambiente estaba en consonancia con los millones en las cuentas bancarias de otros hombres como yo.

Las arañas de cristal eran grandes, con varillas de oro y destilaban lujo. El suelo de mármol estaba pulido y casi brillaba como la superficie de un espejo. También había una alfombra roja, flanqueada por altos candelabros que indicaban el camino. La seguí hasta llegar a una gran sala donde había un bar, un pequeño escenario, mesas con una barra de polidance y jaulas sujetas al techo.

— ¿Puedo invitarte a una copa? — Una mujer pasó junto a mí. — Solo llevaba un poco de lencería con liguero y me ofreció un vaso de whisky.

— Gracias. — Olí el líquido y sostuve el vaso en la mano, pero no me atreví a beberlo. No tenía ni idea de si lo habrían mezclado con algo y no me arriesgaba a averiguarlo.

Miré a un lado y a otro, observando a los hombres que habían llegado y también a algunas mujeres, pero en ninguna parte había rastro de la chica que buscaba.

Aún recordaba a la adolescente y si no hubiera sido por la foto que había encontrado en su casa probablemente no la habría reconocido con los cambios que el tiempo había hecho en ella.

Mi atención se desvió por completo hacia el escenario cuando una mujer rubia con una máscara blanca con varias plumas se acercó a un micrófono.

— Damas y caballeros, bienvenidos a la Red Island. Es un gran placer darles la bienvenida a esta noche de lujuria. Aquí todos los placeres pueden ser comprados y todos sus deseos serán satisfechos. Esta noche tenemos una atracción especial: además de las jovencitas que tenemos todos los días, contaremos con dos vírgenes. — El público comenzó a murmurar tras lo que ella

dijo. — Sí, ¡vírgenes! Tendrán la oportunidad de romper un himen.

Cuando la oí hablar, supe inmediatamente que podía estar refiriéndose a Rhea. Tenía que sacarla de allí antes de que la tocaran y mi culpabilidad se hizo aún mayor.

— ¿Cuánto? — me aventuré a preguntar.

— Tenga un poco de paciencia, señor. Disfrute de las atracciones que le ofrecemos. — Soltó una risita y tuve que contenerme para no enfadarme.

Las personas no eran objetos y no se debía comerciar con ellas de ese modo. Una indignación creció en mí y subió como lava caliente al pensar que había monstruos capaces de actuar así.

— ¡Diviértete! — Hizo un gesto y dejó sitio para que otra mujer, semidesnuda como las que andaban por ahí, tomara el micrófono y empezara a cantar.

Me acerqué a una mesa y dejé allí el vaso justo cuando sentí vibrar mi teléfono móvil.

Me senté en la silla para juguetear discretamente con él. Era mejor que aquellos delincuentes no me quitaran el aparato.

Aristóteles:

¿Cómo te va ahí dentro?

Klaus:

Como debe ser un burdel.

Aristóteles:

¿Has visto a la chica?

Klaus:

Todavía no.

Aristóteles:

¿Te imaginas dónde puede estar?

Klaus:

La anfitriona dijo algo sobre una subasta de vírgenes. Imagino que ella podría ser una de ellas.

Aristóteles:

Es posible. Es una práctica habitual.

Klaus:

No puedo seguir jugueteando con mi teléfono.

Aristóteles:

Háganos saber si necesita algo.

Klaus:

De acuerdo.

Guardé mi aparato y volví mi atención a los alrededores, fijándome en la gente y sus actitudes. Los clientes llevaban máscaras para protegerse la cara y mantener el secreto, pero los *objetos* estaban completamente expuestos, con ropa mínima para llamar suficientemente la atención allá por donde pasaban.

— Hola... — Sentí que unos dedos delicados se deslizaban alrededor de mi hombro y, por reflejo, me agarré la muñeca, haciendo que la mujer que se había atrevido a tocarme abriera mucho los ojos.

— ¡Largarte!

— Lo siento, señor.

Estaba allí con un propósito y no iba a perderme en distracciones, aunque algunas de las mujeres semidesnudas eran bastante hermosas.

La solté y se alejó de mí tambaleándose.

No quería llamar la atención, pero sabía que había tipos que iban a sitios así sólo para

mirar. Eso es lo que hice.

En una mesa no muy lejos de la mía, un tipo estaba sentado con una de las prostitutas arrodillada entre sus piernas haciéndole una mamada. Estaban delante de todo el mundo y a él no parecía importarle la exposición. Lo mismo ocurrió con una mujer que estaba no muy lejos, con otra mujer con la cabeza dentro de su falda. Además, había mujeres bailando sobre la mesa de los otros dos, haciendo movimientos sensuales e insinuándose.

También había hombres disponibles y pensé que la anfitriona podría haber dicho la verdad cuando se refirió al hecho de que se podían comprar todos los placeres, para todos los gustos, incluidos los homosexuales.

El tiempo parecía pasar lentamente y ya me estaba impacientando. Pensé en la posibilidad de salir a buscar a Rhea, pero podría acabar delatándome y echando a perder toda mi misión.

No podía fallar y permitir que sufriera el mismo destino que su padre, o peor.



Rhea

Capítulo doce

— Quítate la ropa. — Una mujer entró en la habitación y yo me levanté de la cama con un grito ahogado ante la voz autoritaria.

— No voy a quitarme la ropa. — Me abracé a mí misma.

— ¿Crees que estoy jugando, cariño? — Se colocó un mechón de pelo rojo detrás de la oreja y se echó a reír.

— Tienes que sacarnos de aquí — suplicó Juliana.

— No puedo.

— Por favor.

— ¿Qué crees que es este lugar? — Dio un paso hacia mí y me hizo abrir mucho los ojos. — ¿Una especie de campamento de vacaciones? No te divertirás durante tu estancia y podrás olvidar que has decidido algo. Aquí tienes la misión de satisfacer a los clientes. Ellos piden y tú obedeces, ¿lo entiendes?

— No soy una prostituta. — Apreté los dientes.

— Hasta ayer, tal vez, pero después de hoy serás la puta que tus clientes quieren que seas. Ahora quítate la ropa. Tengo que prepararte para la subasta.

— No... — Juliana hinchó el pecho.

— ¿Crees que conseguirán algo si se lo ponen difícil? — Se rió con una sonrisa macabra. — Te enseñaré lo que puedes conseguir. — Se echó hacia atrás y se levantó el vestido, revelando varias cicatrices que me revolvieron el estómago — Créeme, no querrás recibir los mismos castigos que yo antes de empezar a colaborar.

— ¿A ti también te han secuestrado? — me atreví a preguntar.

— Cada una de nosotros tiene su propia historia. No pienses que la tuya es la más triste, porque siempre habrá una peor.

Tragué con fuerza y las ganas de llorar volvieron con todas mis fuerzas, pero luché por contenerlas.

— ¿Cooperarás o tendré que llamar a los guardias?

Miré a Juliana y ella asintió. Ante todas las amenazas, no teníamos elección.

Nos obligaron a ponernos sensual lencería blanca con liguero. La mujer me había afeitado toda y cuando me puso aquellas bragas finas y transparentes, tuve el impulso de cubrirlas con la mano.

— Todo el mundo verá... — Gemí.

— Esa es la cuestión, cariño. Cuanto más buena estés, más clientes querrán pagar por follarte.

Sollocé, pero ella alargó la mano hacia mi cara y me dio una bofetada, distrayéndome de la sensación de escozor en la mejilla.

— Sin lágrimas o arruinarás tu maquillaje.

Sólo pensar que en algún momento de esa noche podría tener a un hombre desconocido entre mis piernas hacía que mi pavor fuera aún mayor.

— Intenta no parecer una patata cuando lleves tacones.

— Me molesta. — Juliana se quitó el cordón de las bragas, que insistían en permanecer entre sus nalgas.

— No se trata de estar cómoda. Sólo tienes que parecer deseable. — Nos analizó muy bien mientras hablabas. — Creo que te ves presentable. Vámonos.

Dimos dos pasos atrás.

Me di la vuelta y miré hacia la ventana del dormitorio. Estaba a varios metros del suelo. ¿Podría sobrevivir si me arrojaba al vacío y nadaba hasta alguna isla cercana?

Las posibilidades eran escasas, pero parecían mejores que someterme a lo que me esperaba. Sin embargo, antes de que pudiera terminar mi pensamiento, la mujer abrió la puerta y entraron dos guardias de seguridad para llevarnos.

En cuanto uno de ellos me agarró, intenté proteger mis pechos y mi coño de su mirada, pero me pareció imposible. El sujetador sólo trazaba los contornos, dejando asomar mis pezones, y las bragas eran más transparentes que una red de pescar.

Fui la primera en ser arrastrado a una escalera. Intenté darme la vuelta y buscar a mi amiga.

— ¡Juliana!

— ¡Rhea!

— ¡Cállate! — El guardia de seguridad me apretó el hombro y el dolor me detuvo.

Desapareció de mi vista mientras me empujaban escaleras arriba hasta un pequeño escenario donde estaba la mujer a la que me habían vendido los hombres que me habían secuestrado.

— Tenemos la primera virgen de la noche. — En cuanto me señaló, miré al frente y me di cuenta del público que había en la enorme sala.

Había varias mesas con hombres y mujeres enmascarados, todos mirando en mi dirección, viéndome semidesnuda. Intenté encogerme y protegerme, pero lo único que conseguí fueron algunos silbidos y risitas.

— Muéstrate, chica — me murmuró.

— No.

— Si no cooperas cuando salgamos de aquí, te arrepentirás. Tú y tu amiga seréis castigados por vuestra rebelión — me susurró.

— Por favor, no... — Era difícil no llorar.

— Entonces deja que te vean las tetas. ¡Quita la mano de en medio!

Tragué saliva y respiré hondo. Me costó dejar caer las manos mientras pensaba en todo lo que había pasado y podría pasar.

— Es preciosa, ¿no crees? — La mujer me pasó las uñas por los pezones y mi primer impulso fue encogerme de nuevo. — Pechos duros, vagina apretada.

— ¡Déjame ver ese culo! — gritó alguien desde el público.

Di un paso atrás y quise correr, pero uno de los hombres me agarró por los hombros y me dio la vuelta.

La mujer me bajó el cordón de las bragas y me abrió las nalgas, dejándome al descubierto, y una lágrima corrió por mi ojo, arrastrándose por mi mejilla. Estaba asustada y me humillaban delante de todos.

— Ya está bien. — Soltó una risita. — Quien primero compre estas joyas podrá ver y tocar lo que quiera. La puja inicial es de diez mil euros.

Era mucho dinero, nadie pagaría eso por abusar de mí, pero cuando me dieron la vuelta de nuevo y vi que un hombre enmascarado sentado al fondo levantaba la mano, lloré aún más.

— Trágate las lágrimas. — El soldado me apretó los hombros y me vi obligada a contener de nuevo el miedo.

— ¿Me das quince mil?

Otro hombre sentado enfrente también tomó la palabra.

— ¿Veinte? — preguntó la mujer.

— Treinta — dijo el primero en hablar.

— Mira, tenemos un interesado, ¿alguien más? — Sonrió ampliamente como si fuera un juego para ella. — No todos los días hay una mujer hermosa y virginal para que hagáis con ella lo que quieras.

— Treinta y cinco — supe del otro tipo.

— Cuarenta — dijo un tercero.

— Cuarenta y cinco — un cuarto y pronto varios hombres estaban pujando por mí.

— Cincuenta. — Ese vino de una mujer, pero no me tranquilizó en absoluto.

— Doscientos mil euros. — La puja sorprendió a todos.

— ¿Quién da más? — instó el dueño de ese espectáculo de horrores. — ¿Nadie? — Movió

la cabeza de un lado a otro, esperando. — Vendido al caballero del fondo. Una vez que haya pagado, se le dirigirá a una de las salas privadas.

— Vámonos. — El guardia de seguridad empezó a arrastrarme.

— Suéltame.

— Compórtate, puta.

— Suéltame.

Me empujó hacia atrás y luego me llevó a un ascensor oculto que subía a una planta con varias puertas. No le importaron mis protestas, mis gritos ni mis llantos hasta que abrió una de ellas y me arrojó dentro.

— Espera al cliente aquí y compórtate. — Me encerró.

Corrí hacia la ventana y me di cuenta de que estaba abierta. La subí, ansiosa por escapar del terrible destino que me aguardaba. Miré hacia abajo y observé las rocas. Calculé mentalmente mis posibilidades de sobrevivir si saltaba. Parecían escasas, pero tal vez morir fuera mejor que la condena que me esperaba.

Asomé la cabeza y sentí la fresca brisa nocturna tocarme la cara, soplando suavemente y recordándome cómo era cuando solía sentarme en la playa por la noche sólo para ver la luna. Aquel día estaba llena y tenía un aspecto amable. Quizá desde arriba, en toda su magnitud, ni siquiera sabía lo que nos pasaba a los simples mortales de la Tierra.

Dejé de mirarla y volví a fijarme en las rocas que había más abajo.

Respiré hondo mientras intentaba apoyarme y pensar en una forma mejor de saltar. ¿Había alguna forma de caer sin hacerme demasiado daño?

— Yo no haría eso si fuera tú.

Se me aceleró el corazón cuando oí la voz gruesa y masculina que se apoderaba de la habitación. Era firme y aterradora al mismo tiempo. Al oírla me di cuenta de que había tardado demasiado en tomar aquella decisión.

Me volví hacia él y miré al hombre que había entrado en la habitación. Llevaba un

smoking negro y una pajarita de un estilo que sólo había visto en las películas. Tenía los ojos muy abiertos, la barba corta y bien recortada, casi como si se la hubieran dibujado con un pincel. Llevaba el pelo oscuro como la noche más oscura, bien peinado. Llevaba una máscara negra sobre la cara que sólo me permitía ver sus ojos azules, tan profundos como el océano.

Me acurruqué contra la pared, intentando cubrir mi cuerpo aún expuesto mientras temblaba por lo que pudiera ocurrirme.

— No... — supliqué. — No, por favor.

No dijo nada, sólo empezó a desabrocharse la americana y sentí un sabor amargo en la boca. ¿Iba a amenazarme como los responsables de aquel lugar si no hacía exactamente lo que él quería?

Estaba tan asustada que apenas podía moverme. Abrí la boca varias veces, pero no emití ningún sonido.

— Ponte esto. — Me dio la chaqueta y me quedé mirando sin comprender la prenda que había entre nosotros.

Pasaron minutos antes de que insistiera.

— Hazlo.

Estiré las manos temblorosas y cogí la prenda, cubriendo rápidamente mi desnudez con ella. No era lo que esperaba que hiciera, pero sentí un momento de alivio al verme envuelta en la cálida y acogedora tela.

Movió las manos y atrajo mi atención cuando deshizo el lazo que sujetaba la máscara a su rostro. La apartó de su rostro y mi sorpresa fue aún mayor. Casi como un espejismo, aquel era un rostro que había imaginado que no volvería a ver. Era diferente de cómo lo recordaba, más rubicundo, vivo y saludable, pero seguía siendo el mismo hombre.

— Klaus...

Fue una locura tan grande que creí que estaba delirando.

— Vas a... — Se me entrecortaba la voz y ni siquiera podía terminar de hablar al pensar en él haciendo las cosas terribles que se me habían pasado por la cabeza.

— Sacarte de aquí — añadió, dejándome aún más estupefacta.

— ¿Eh?

No podía entender qué hacía aquel hombre allí y cómo iba a llevarme.

Le conocía bien, al menos los detalles de su cuerpo, porque le había visto dormir día y noche durante el tiempo que pasó inconsciente en mi casa. Cuando mi padre rescató a aquel extraño forastero en la playa, no teníamos ni idea de que se trataba de un arrogante ricachón, pero le cuidamos como lo haríamos con cualquier otra persona. En cuanto se marchó, imaginé que no volvería a verle, pero el tipo estaba delante de mí en ese momento.

— ¿Qué haces aquí?

— Tu padre me pidió ayuda cuando desapareciste.

— Ah, ¿sí? — Abrí mucho los ojos.

Me pregunté hasta qué punto mi padre estaría desesperado por acudir a él, porque en repetidas ocasiones me había dicho a mí y a cualquiera que le preguntara que no aceptaría nada de aquel hombre.

— Tenemos que salir pronto de aquí. — Se inclinó hacia delante y me agarró de la muñeca.

Mi corazón se aceleró en cuanto me tocó. Su mano firme y cálida desencadenó efectos que me dejaron aún más paralizada. Mi respiración se volvió superficial y moví ligeramente los ojos hasta que se encontraron con los suyos.

Tenía miedo al mismo tiempo que sentía que no había nadie más en quien pudiera confiar para escapar de allí.

— ¡Vamos! — Me sacudió, haciéndome saltar de mi asiento y volver a pensar con claridad.

— ¿Qué pasará si huyo? ¿Intentarán detenernos? — Mi mente estaba llena de las amenazas que había recibido desde que llegué allí y no podía dejar de pensar en todas las horribles posibilidades.

— Lo he arreglado todo con ellos.

— ¿Es eso cierto? — La forma en que Klaus habló me confundió aún más.

— Les ofrecí un millón de euros para que me dejaran llevarla conmigo y aceptaron mi propuesta.

— ¿Me has comprado? — Estaba tan asombrada que apenas podía creer las palabras que salían de mi boca.

— Lo hice — dije sin demora y la realidad seguía siendo increíble. — ¿Quieres quedarte aquí o nos vamos?

— Vámonos. — Le cogí del brazo y dejé que me arrastrara fuera de la habitación.

Si Klaus no me rescataba de allí, nunca podría escapar.

— ¡Agárrate! — Tiré del dobladillo de su camisa, haciendo que se detuviera en el pasillo y Klaus aprovechó para volver a ponerse la máscara.

— ¿Qué ocurre?

— Tengo una amiga que también fue traída aquí. Tengo que...

— No sé dónde está.

— Tenemos que encontrarla. — Di un paso, pero antes de que pudiera alejarme, tiró de mí hacia atrás, haciéndome chocar contra la rígida pared que era su pecho.

— Vine a sacarte de aquí.

— Pero, ¿y ella? — Se me llenaron los ojos de lágrimas.

— Ahora está con otro hombre.

— Ella...

— Lo siento — dijo en un tono tan frío que me hizo preguntarme si realmente lo sentía.

— ¿Qué le ocurrirá?

— Traeremos a la policía, pero primero tengo que sacarte de aquí. — Me apartó.

Mi corazón estaba apretado y la idea de dejar atrás a Juliana era terrible, pero si me quedaba por ella había una posibilidad de que ninguno de los dos nos fuéramos.

— ¿Prometes enviar a la policía? — Agarré a Klaus por el cuello de la camisa y le obligué a mirarme.

Se limitó a asentir.

Dejé que mis manos se deslizaran y él me rodeó la cintura con sus brazos, conduciéndome por el pasillo hasta una salida lateral. Cruzamos el vestíbulo donde me habían subastado y salimos por la entrada.

Los guardias de seguridad nos vieron pasar, pero no hicieron ninguna objeción. Seguía siendo increíble pensar cuánto había pagado Klaus para sacarme de allí. Ni siquiera diez vidas como pescador podrían haber reunido esa cantidad de dinero.

Mi padre se habría sentido en deuda con él, pero había hecho lo necesario para rescatarme. Seguimos el lateral del edificio hasta acercarnos a un helipuerto. Había algunos helicópteros aparcados, pero nos acercamos a uno con tres hombres. Uno de ellos se acercó en cuanto nos vio.

— ¿Es ella?

Klaus asintió.

— ¿Va todo bien?

— En la medida de lo posible.

— ¿Dónde está mi padre? — Vi a los otros dos, pero eran jóvenes y ninguno me recordaba a una cara conocida.

— Salgamos de la isla. — Klaus me empujó hacia el helicóptero.

Permanecí en silencio y me dejé guiar. Quería escapar de aquella pesadilla, por mucho que se me estrujara el corazón y por muy culpable que me sintiera por haber abandonado a Juliana. Me habían rescatado, pero no sabía qué pasaría con ella.

Sólo esperaba que la policía llegara antes de que pasara lo peor.



Klaus

Capítulo trece

El sol ya coloreaba el horizonte con sus primeros rayos cuando descendimos en el helipuerto privado de mi isla. Mi mente seguía llena de imágenes de la terrible noche. Sólo de pensar en lo que hacían allí esos cerdos se me revolvía el estómago. Comerciaban con hombres y mujeres como si fueran objetos sexuales. Daban precios y aceptaban al mejor postor.

En otras circunstancias no habría pagado ni un céntimo por fomentar aquel crimen, pero sacar a Rhea sana y salva era mi máxima prioridad. No podía sacarla por la fuerza y ofrecer dinero a quien lo valoraba por encima de todo era la mejor alternativa.

Después de lo que le había ocurrido a su padre tras acudir a mí en busca de ayuda, aquella niña se había convertido en mi responsabilidad y pagar por su seguridad era lo menos que podía hacer.

— Contacta con Interpol — Hablé con el investigador cuando bajamos del helicóptero.

— Ya lo he hecho.

Rhea estaba débil y somnolienta y tuve que sostenerla con las manos para que no se cayera. Necesitaba comer y descansar lo antes posible.

— ¿Dónde está mi padre? — Volvió a agarrarme del cuello de la camisa y me obligó a mirarla. — ¿Cuándo voy a verle?

— Lo siento, chica. — No había forma fácil de decirlo y pensé en ir directo al grano. Había pasado por mucho y esto podía ser lo peor de todo.

— ¿Qué es lo que sientes? — Se le humedecieron los ojos y ni siquiera tuve que decirle que empezara a llorar.

— Tu padre está muerto.

— ¿Muerto? ¡No! No puedes...

— Desgraciadamente, esa es la verdad.

— ¡No! — Rompió a llorar mientras arrugaba mi ropa.

Me callé mientras ella lloraba, sollozaba y temblaba, intentando asimilar una noticia aún más terrible.

— ¿Fue en el mar? ¿Tuvo el barco un accidente? Le dije que la vieja carcasa necesitaba mantenimiento.

— No estaba en el barco. Intentó encontrarte por su cuenta.

— ¿Lo mataron?

Me limité a mover la cabeza afirmativamente.

Rhea dejó que sus manos se deslizaran fuera de mi camisa y descendió al suelo a cámara lenta hasta caer de rodillas. Las lágrimas brotaron de sus ojos y su llanto resonó incluso al aire libre.

— No...

— Entremos. — Intenté tocarle el hombro, pero me esquivó.

— Mi padre... Era todo lo que tenía. — Golpeó el suelo con las manos e inclinó la cabeza hacia delante, haciendo que sus rizos se deslizaran hasta cubrirle la cara.

— Yo cuidaré de ti. — Le ofrecí mi mano, esperando que la cogiera.

— ¿Por qué? — Levantó la cara y la acercó a mis ojos.

— Se lo debo a tu padre.

Si no hubiera ahuyentado al viejo cuando vino a verme, tal vez no estaría muerto. Me sentía directamente responsable de lo que le había ocurrido a Pedro y lo menos que podía hacer era proteger a su hija y darle consuelo.

— ¿Tengo que quedarme aquí? — Miró a un lado y a otro.

— Es mi casa y será la tuya por el momento.

— Donde mi padre y yo vivíamos...

— Debes estar en el mismo lugar, pero aquí, cerca de mí, puedo evitar que vuelva a pasar lo que pasó.

Tragó saliva, probablemente pensando en decir algo más, pero luego cambió de opinión y guardó silencio.

Moví la mano, agitándola delante de sus ojos y animándola a que la sostuviera. Rhea tardó un poco más en armarse de valor antes de aceptar mi ayuda y levantarse, dejando que la guiara hasta mi hotel.

Iba a esperar a que se calmara y se recuperara un poco del trauma antes de decidir qué haríamos a continuación.

Una parte de mí esperaba poder convencerla de que fuera a la universidad en el continente. Podría mantenerla en una residencia de estudiantes o incluso en un piso privado mientras estudiaba y trazaba su propio destino. Tendría una gran oportunidad y yo la mantendría alejada, mientras lidiaba con la responsabilidad que tenía hacia ella.

Después de perder a Sophia, mi vida se había vuelto muy solitaria y me había acostumbrado a ella. No quería que cambiara.



Rhea

Capítulo catorce

No podía dormir. Por muy cómodos que fueran el colchón y las almohadas, no hacía más que rodar de un lado a otro, arrugando la suave sábana. ¿Cómo era posible cerrar los ojos después de todo?

Me habían secuestrado, mantenido cautiva, humillado y vendido... Cuando por fin pensé que la terrible pesadilla había terminado, descubrí que mi padre había sido asesinado por los mismos matones que me habían hecho pasar los peores días de mi vida.

Ni siquiera pude enterrarlo.

Estaba solo mientras mi mejor amiga seguía secuestrado por esos monstruos.

Sólo de pensar en Juliana me daban ganas de llorar otra vez. Quería sacarla de allí, pero ni siquiera tenía fuerzas para salir yo. Ni siquiera podía pensar en lo mucho peor que podría haber sido todo si Klaus no me hubiera rescatado.

Klaus...

Recordé el día en que mi padre llegó cargando a un hombre que había encontrado inconsciente en la playa. Estaba malherido y yo misma le había curado las heridas con ungüentos de raíces que había aprendido a hacer con las mujeres mayores de la isla.

Mientras estaba inconsciente, le di agua y sopa, con la esperanza de que se despertara. No era más que un desconocido al que había cuidado lo mejor que había podido. ¿Me cuidaría ahora?

Me levanté de la cama y eché un vistazo a la habitación. Era enorme, con paredes de ladrillo blanco, una puerta que daba al cuarto de baño, un sofá, una nevera pequeña y una mesa redonda con dos sillas. Nadie en la isla donde crecí tenía una casa que pudiera compararse con aquella en la que yo estaba.

Era extraño y me incomodaba.

Me apetecía volver a casa, dormir en mi viejo colchón bajo un techo de hojas de coco. Era

la realidad a la que estaba acostumbrada y, al mismo tiempo, no sabía cómo iba a vivir sin mi padre.

Siempre estábamos los dos solos. Yo cuidaba de la casa mientras él pescaba y nos traía lo mínimo que necesitábamos para sobrevivir. No tenía novio ni ningún otro plan más allá de eso.

Todavía estaba envuelta en la chaqueta de Klaus y olfateé la prenda, sintiendo su aroma y embriagándome momentáneamente por el perfume amaderado. Era fuerte y adictivo. Pensé en quitármela, pero recordé que debajo estaba semidesnuda.

Mis mejillas se sonrojaron al pensar que él y varios hombres y mujeres más me habían visto así. La humillación vino con todo y volvió a incomodarme. Me habían exhibido como un trozo de carne, esperando a ver quién pagaba más.

Oí unos golpes en la puerta que me hicieron dar un respingo del susto.

¿Podría ser él?

Estaba alerta y ansiosa al mismo tiempo. Fue difícil afrontar aquella situación, porque al mismo tiempo que sentía que podía confiar en él, me entraba pánico al pensar en lo que podría ocurrir a partir de aquel momento.

— ¿Señorita? — La voz al otro lado de la puerta era femenina.

— ¿Quién es?

— Me llamo Helena. Soy una de las camareras del hotel. La secretaria del Sr. Demetriou me envió a traerle ropa limpia y algo de comer.

— Ah. — Torpemente, abrí la puerta y dejé entrar a la mujer.

Vestía el uniforme del hotel y tenía una amplia y amable sonrisa. Primero colocó la bandeja en la mesa redonda y luego me entregó una bolsa con un logotipo y dibujos del mar.

— Gracias, señora.

— Compré el vestido en la tienda del centro turístico. Imagino que te quedará bien. También he traído ropa interior. La Sra. Papadakis me dijo que necesitaría de todo, pero que lo arreglaría para ti más tarde.

— Muchas gracias. — Miré dentro de la bolsa y sonreí.

— Si necesita algo, no tiene más que marcar el cinco en el teléfono y decir que es huésped del Sr. Demetriou, y el personal del complejo se encargará de todo.

— Gracias, señora.

Yo seguía tensa y abrazaba la bolsa mientras Helena alternaba su mirada entre la comida y yo antes de darme la espalda y caminar hacia la puerta.

— Que tenga un buen día, señorita.

Ni siquiera tuve tiempo de decir nada más antes de quedarme sola.

Abrí la bolsa y vi que dentro había un vestido blanco largo de una tela cómoda, un conjunto de lencería mucho más adecuado que el que yo llevaba.

Llevé la bolsa conmigo al cuarto de baño y la puse sobre el lavabo de mármol. En ella había un cepillo de dientes sellado, pasta dentífrica, hilo dental y algunos otros frascos que imaginé que eran de champú y acondicionador.

Cerré la puerta con llave y finalmente le quité la chaqueta a Klaus, pero pronto me arrepentí porque la vergüenza me invadió cuando mi imagen se reflejó en el espejo.

Lo más rápido posible, me quité la indecente prenda y me metí bajo la ducha. Dejé escapar un largo suspiro al sentir el agua caliente recorrer mi cuerpo. Era reconfortante y hacía que dejara de sentirme tan sucia. Me lavé con jabón, restregándome para deshacerme de las malas sensaciones.

Después de salir, me puse la toalla suave y esponjosa. Todo era tan cómodo que me sentí como en un pedazo de cielo. Al mismo tiempo, me daba desconfianza, porque no estaba acostumbrada.

Me puse la ropa que me había traído la camarera y me sentí mucho mejor. Aunque el vestido no se parecía en nada a ninguna otra prenda de mi propiedad, era casto y sencillo.

Miré alrededor del cuarto de baño y recogí la lencería que me habían hecho llevar los matones, tirándola a la papelera como si eso bastara para deshacerme de todo. Luego miré la americana de Klaus. Por reflejo la olí. Aún olía a él, pero se había mezclado con la mía.

Necesitaba devolver el artículo, pero no sabía cómo.

Sujetándola, volví al dormitorio y vi la bandeja que me habían dejado. Me rugió el estómago y recordé que tenía hambre. Puse la chaqueta de Klaus en una de las sillas y me senté en la otra.

En la bandeja había comida suficiente para varias personas, uvas, fresas, frambuesas, zumo de naranja, rebanadas de pan tostado y tarros con dos tipos de mermelada, además de un panecillo de forma triangular del que no supe el nombre y yogur.

No sabía por dónde empezar, pero me dejé llevar por el hambre. Al primer bocado, la comida me pareció la más sabrosa del mundo, o quizá la estaba comparando con lo que me habían servido los bandidos.

Incluso me pregunté si no me estaría pasando, pero tenía tanta hambre que me permití comerlo todo.

Cuando terminé, volví a mirar la chaqueta de Klaus y me pregunté dónde estaría.



Klaus

Capítulo quince

Ni siquiera dormí bien. Después de aterrizar en el complejo y alojar a Rhea en una de las habitaciones vacías, me fui a la mía y me duché.

Estaba agotado...

Aquel ambiente bajo y sin escrúpulos me había absorbido. Afortunadamente, había conseguido sacarla de allí. Parte de mi misión estaba cumplida, ahora dependía de mí mantenerla a salvo. No debería ser tan difícil.

Recordé las fotos de Pedro y mi sentimiento de culpa se hizo aún mayor. Al igual que con la muerte de Sofía, no había vuelta atrás. Tenía que organizar un entierro y yo cuidaría de su hija y pensé que eso me daría paz.

Me puse unos pantalones caqui y un polo blanco, porque el verano hacía calor en el complejo. No podía quejarme, pues cada vez atraía a más turistas de todo el mundo, lo que impulsaba mi negocio y aumentaba mi fortuna.

Salí de mi piso y me dirigí al ala de administración.

— Buenos días, Klaus. — Mi secretaria me saludó con una sonrisa y enseguida le hablé de mi invitado especial.

Le pedí a Hannah que cuidara de Rhea, proporcionándole un mínimo de comodidad. Pensé que mantener las distancias la haría sentir más cómoda. También sería mejor para mí.

— Me aseguraré de ello — me aseguró.

— De acuerdo. — Asentí y entré en el despacho.

Abrí la ventana que daba al mar y me acomodé en la silla. En cuanto encendí el ordenador, vi varios correos electrónicos, pero antes de que pudiera empezar a responderlos, mi móvil empezó a vibrar.

Aristóteles:

Tengo noticias.

Klaus:

Adelante.

Aristóteles:

La policía fue al local de la fiesta de anoche, y con mis fotos consiguieron entrar.

Klaus:

¿Hubo algún arresto?

Aristóteles:

Unos pocos, pero nadie importante. Los organizadores consiguieron escapar y muchos de los traficados también fueron llevados a tiempo. Imagino que tienen un contacto en la Interpol que les notifica las redadas.

Klaus:

Es posible.

Aristóteles:

Sólo quería mantenerte informado.

Klaus:

Hiciste lo correcto. ¿Había una Juliana entre las mujeres que sacaron?

Aristóteles:

¿Juliana?

Klaus:

Ese es el nombre que me dio Rhea, parece ser una amiga suya. Fueron llevados juntos y ella también fue intercambiada esa noche.

Aristóteles:

Conseguiré información.

Klaus:

Vale, hazme saber lo que averigües.

Aristóteles:

¿Quieres que siga investigando hasta que encuentre a la otra chica?

Klaus:

Sí.

Aristóteles:

¿Tiene más información sobre ella? ¿Una foto? ¿Descripción física?

Klaus:

Excepto que ella salió de la misma isla que Rhea, así que no quiero hablar con ella sobre eso hasta que tenga información más concreta.

Aristóteles:

Haré lo que pueda.

Klaus:

Cuento con ello.

Aristóteles:

Que tenga un buen día, señor.

Le enviaré por correo electrónico los datos de pago de mi servicio.

Klaus:

De acuerdo.

Dejé de enviar mensajes al investigador y pronto recibí el correo electrónico con su cuenta.

Abrí la cuenta en mi móvil y se la transferí.

Rhea estaba en el complejo bajo mi cuidado y yo podría haber puesto fin a aquello. Sin embargo, tal vez no lo hubiera creído posible, pero aún quedaba un rastro de humanidad en mí que me hizo preocuparme por la otra chica. Probablemente había sido la otra subastada aquella noche. Dudaba que los otros hombres de allí quisieran rescatar a las chicas. Si además conseguía librarla de aquel destino, sería un punto extra para mí y disminuiría el peso sobre mi conciencia, que me martirizaba por lo que le había ocurrido a Pedro.

Mi teléfono empezó a sonar y dispersó mis pensamientos, devolviéndome a mis asuntos.

— Hola.

— ¿Sr. Demetriou?

— ¿Qué pasa, Hannah?

— Uno de los ingenieros medioambientales está al teléfono, ¿puedo transferir la llamada?

— ¡Hazlo pronto!

— Sí. — La llamada quedó en silencio durante unos segundos hasta que la voz femenina cambió a una gruesa voz masculina.

— Buenos días, señor.

— Espero que tengas buenas noticias para mí. — Fui directo al grano.

— No podría ser mejor. El gobierno ya ha tramitado todas las licencias medioambientales y podemos empezar la construcción.

— ¡Maravilloso!

— Podemos concertar una visita mañana con el contratista y el equipo de diseño para iniciar los trabajos.

— Sí.

— Lo arreglaré con todos.

— Perfecto. Allí estaré.

— Bien, señor. Eso es todo. Hasta mañana. Que tenga un buen día.

— Buenos días a ti también.

Colgué la llamada y dejé escapar un suspiro. Al menos una buena noticia.

Mi trabajo iba bien y eso era lo que importaba. El problema de Rhea también se estaba resolviendo y pronto la enviaría a un lugar donde podría construir su futuro, empezar de nuevo y ser lo que quisiera ser.



Rhea

Capítulo dieciséis

Recorrí los pasillos del complejo, aún deslumbrada. Estaban bellamente decorados, con cuadros, luces y lámparas de araña. Caminaba despacio, como si quisiera escrutar cada detalle.

— ¿Se ha perdido, señorita? — Me sobresalté cuando alguien se me acercó.

Por reflejo, apreté la chaqueta de Klaus contra mi pecho.

— I... É... — Tragué saliva.

Observé más de cerca al hombre que me había hablado. Llevaba un uniforme azul oscuro con una placa dorada.

— ¿Tales?

— Así es, soy mozo de equipajes y manitas en mi tiempo libre. — Hizo una mueca que me arrancó una carcajada. — ¿Puedo hacer algo por usted?

— Estoy buscando a Klaus.

— Tu marido... Un novio...

— No, no es nada de eso. — Me apresuré a decirlo, pero tal vez lo hice un poco más complicado.

— ¿Se reunieron?

— Él me trajo aquí.

— Quizá esté en la piscina. O en el casino. A los hombres les encanta perderse allí. — El soltó una risita.

— ¿Crees que se quedaría en esos sitios? — Fruncí el ceño, pensativa.

— Es habitual en los invitados.

— No es un invitado.

— ¡Un momento! — Los ojos del portero se abrieron de par en par. — ¿Se refiere al señor

Klaus Demetriou?

— ¡Él!

— Es el dueño de todo.

— Lo sé.

— No puedo creer que seas su amiga. — Se tapó la boca con la mano para frenar su asombro.

— No sé si puedo decir que somos amigos...

— Ah, traviesa... — Me empujó el hombro, haciéndome sentir incómoda.

— ¿Puede decirme dónde está? — Pensé que era mejor cortar el tema antes de ponerme en ridículo.

— Llevo dos años trabajando aquí y nunca lo he visto. Hay muchos empleados, pero debe de estar en el ala administrativa.

— ¿Dónde está?

— Baje en ascensor hasta la planta baja, cruce el complejo de piscinas y entre en el edificio situado más al este. Tiene forma de media luna.

— Muchas gracias.

— Que tenga un buen día.

— Igualmente.

Saludé a Tales y me dirigí al ascensor. No me di cuenta de que el hotel podía ser tan grande hasta que llegué a las piscinas. Contando rápidamente, había al menos cinco, divididas en círculos y medias lunas. Algunas tenían una estructura de columnas y techos que recordaban a los templos antiguos. Había varias carpas con tumbonas y mesas redondas. Mucha gente estaba allí, tomando algo o simplemente charlando.

A lo lejos se veía el mar, sereno y muy azul, casi como un cuadro.

Seguí caminando hasta que vi el edificio que podría ser el que había mencionado Tales.

Era una estructura más pequeña en comparación con el resto, pero aun así parecía más grande que cualquier cosa de la isla en la que yo había nacido.

Me acerqué a la entrada, pero me detuvo un hombre que estaba en el umbral.

— Señorita, no puede pasar. Este es un edificio exclusivo para los empleados del complejo.

— Lo sé, pero quiero hablar con Klaus.

— ¿Sr. Klaus?

— Eso es. — Sacudí la cabeza y sonreí.

— Lo siento, no está disponible.

— Me han dicho que está allí.

— Es posible, pero el Sr. Demetriou no habla con los huéspedes. Cualquier cosa que necesite, seguro que en recepción o en dirección pueden ayudarle.

— No soy un huésped.

Frunció el ceño.

— Soy amiga de Klaus. — Sonaba tonto decir eso, porque definitivamente no éramos así, pero no se me ocurrió nada mejor.

— ¿Disculpe? ¿Amiga?

— Sí.

— Vine a devolverla. — Me levanté la chaqueta para que el hombre pudiera analizarla mejor.

— ¿Es suya?

He dicho que sí.

— Me la dejó ayer.

El tipo me analizó más detenidamente. Me siguió con la mirada de una forma que me dejó

completamente desconcertado y luego esbozó una pequeña sonrisa.

— Le haré saber que hay una amiga del Sr. Demetriou aquí abajo.

— Gracias, señor.

Esperé mientras veía al tipo entrar en el edificio y coger un teléfono de detrás del mostrador. Tecleó un número y habló brevemente con alguien. No tuve que esperar mucho para que me devolviera la llamada.

— Vienen a verte — me dijo.

— Gracias, señor.

Volví a abrazar la chaqueta mientras esperaba. No sé cuánto tiempo pasó hasta que vi a una mujer pelirroja que me hizo dar un paso atrás, porque me recordaba a la que me había preparado para la subasta.

— Ah, tú debes de ser Rhea. — Me dedicó una sonrisa amistosa que no me relajó.

— Yo...

— Me llamo Hannah. — Me tendió la mano, esperando a que se la estrechara.

— Hola.

— Soy la secretaria del Sr. Demetriou y me ha pedido que cuide de usted para que se sienta a gusto aquí.

— ¿Dónde está? — Estiré el cuello, esperando verle detrás de su hombro, pero el pasillo del interior del edificio parecía vacío.

— En una reunión.

— ¿No va a bajar?

— No por el momento.

— I... — Sentí un sabor amargo en la boca. — Traje la chaqueta que me prestó ayer.

— Ah, lo tengo. — Se ofreció a sostenerla.

— Pero...

— La enviaré a la tintorería.

— ¿No tiene que dársela?

— Yo me encargo de estas cosas, cariño.

Intenté sonreír, pero me sentía terriblemente triste. En los últimos días había pasado por cosas mucho peores que aquel episodio. Mi padre había muerto y yo estaba sola, pero cuando Klaus dijo que cuidaría de mí, imaginé que en esos cinco años se habría convertido en un hombre más amable, pero me había equivocado.

— Toma. — Le entregué la chaqueta a la secretaria.

— He traído esto para ti. — Sacó algo que parecía una cinta verde.

— ¿Qué es? — Seguí analizando.

— Una pulsera que te dará acceso ilimitado a todos los servicios del complejo. Puedes comer lo que quieras en cualquiera de los nueve restaurantes, o preguntar a los camareros.

— Gracias, señorita.

— Dame tu brazo.

Se lo tendí y ella le puso la pulsera alrededor.

— Si necesitas algo, no dudes en pedirlo, ya le he dicho al personal que te traten con prioridad.

Mantuve la sonrisa que debería haberse convertido en ceño fruncido.

— El vestido te queda genial.

— Muchas gracias por enviarlo.

— Sé que necesitarás más ropa y la tienda del complejo está a tu disposición. Puedes llevarte lo que quieras. Hoy estoy un poco ocupada, pero mañana podemos hacer un pedido por Internet de algunas piezas que sean más de tu estilo si no te sientes a gusto con lo que tenemos disponible.

— Estás siendo muy amable.

— Siéntete como en casa. Ahora tengo que volver al trabajo. Disfruta del complejo.

— De acuerdo. — apenas susurré antes de que la mujer me diera la espalda y se alejara.

En cuanto la perdí de vista, me pesaron los ojos. Estaba en un lugar hermoso y lujoso, pero me sentía terriblemente abandonada. Me di la vuelta para que no me viera el guardia de seguridad de la entrada y rompí a llorar.

¿Qué había sido de mi vida?

Di unos pasos hacia delante, caminando por la zona de la piscina y frotándome los ojos con fuerza para mantener a raya las lágrimas.

Tropecé, era como si hubiera algo invisible en el suelo de color crema, aunque no pareciera nada, pero afortunadamente no me caí.

Miré hacia la piscina y seguí caminando hasta que me detuve frente a un banco de piedra cerca de unas palmeras. Me senté en él y me froté los ojos un poco más.

Lo intenté, pero en algún momento dejé de luchar contra las lágrimas y me dejé llevar. Pensé en mi padre y en Juliana y mi tristeza no hizo más que aumentar.

— Chica...

Levanté la cabeza e intenté ocultar las lágrimas cuando me di cuenta de que alguien me hablaba.

Era una mujer rubia de piel bronceada con el pelo discretamente recogido detrás de las orejas. Su sonrisa era amable y aparentaba unos cuarenta años.

— Hola.

— ¿Va todo bien?

Asentí, pero mis ojos hinchados y mis modales delataban mi mentira.

— ¿Puedo sentarme? — Señaló el espacio vacío que había a mi lado en el banco y yo asentí, acercándome un poco para que pudiera sentarse.

— Me pregunto cómo alguien puede estar triste en un lugar como éste. He estado en muchos hoteles de todo el mundo, pero me quedo con este como uno de mis favoritos.

— Es realmente hermoso.

— Siento entrometerme, pero yo también me siento fatal cuando me peleo con mi marido. A veces necesito desahogarme. ¿Viniste con tus padres?

He dicho que no.

— Estoy sola.

— ¿Por eso estás triste? Los viajes en solitario son importantes para descubrir quiénes somos y qué queremos. Recuerdo que cuando tenía tu edad cogí una mochila y me pasé tres meses viajando por Europa. Fue una lucha, pero aprendí mucho.

— Mi padre murió. — Me lancé, abracé al desconocido y me di cuenta de cuánto lo necesitaba.

— Me acarició el pelo con suavidad. — Lo siento mucho. ¡Qué noticia tan terrible! Ahora entiendo tu llanto, mis sentimientos.

— Gracias. — Hundí la cabeza en su hombro, llorando aún más.

— Y tu madre, ¿cómo está?

— Murió cuando yo tenía diez años. Estoy sola.

— ¡Qué tragedia!

Seguí abrazando a la mujer.

— Todo va a salir bien. — Me acarició los hombros.

Ojalá pudiera creerlo, pero cada vez me parecía más imposible.

— ¿Hay algo que pueda hacer? — Se dio la vuelta para mirarme.

Asentí con la cabeza.

— Sólo quería poder irme a casa. — Volví a frotarme los ojos, tratando de recomponerme.

— ¿Dónde vives?

— En una pequeña isla pesquera.

— ¿Por qué no vuelves? — Apretó los ojos mientras me analizaba.

— Ni siquiera sé cómo ir. Um... Un amigo me dejó aquí y se fue a trabajar, ahora no tengo ni idea de cómo salir de este lugar.

— ¿Eres amiga de algún empleado?

— Sí.

Era mejor que explicar mi problemática relación con el dueño de aquel paraíso.

— Bueno, creo que puedo ayudarte.

— ¿Ayudarme? — alcé las cejas.

— Nuestro piloto vino con nosotros, así que puedo pedirle que te lleve a tu isla. Si no está demasiado lejos, por supuesto.

— No creo que lo sea.

— ¿Puedes esperar aquí? — Se levantó. — Hablaré con mi marido y veré qué puedo hacer.

Asentí con la cabeza.

Se me revolvía el estómago y tenía miedo. Al mismo tiempo, imaginé que podría estar mucho mejor en el lugar donde había crecido. Aunque mi padre ya no estuviera allí.



Klaus

Capítulo diecisiete

A media tarde tomé un helicóptero hacia la isla que albergaría mi nuevo complejo turístico. Aquel proyecto de ampliación me iba a costar varios millones, pero cuando por fin estuviera terminado y en funcionamiento me reportaría aún más dinero.

— Empezaremos por remover la tierra de esa zona. — indicó uno de los ingenieros mientras caminábamos por la costa de la isla.

— No olvidemos que necesitamos tantas habitaciones con vistas al mar como sea posible. Eso atrae a los turistas.

— Seguiremos al pie de la letra el diseño de los arquitectos para optimizar el espacio.

— Bien hecho. Este nuevo complejo será aún más grande que el que tengo actualmente. Tengo previsto triplicar mis ingresos cuando acabe la obra dentro de dos años, así que necesito que todo salga según lo previsto.

— Estamos trabajando para lo mejor, señor.

— Eso es lo que espero. — Me ajusté la patilla de las gafas de sol y miré al horizonte. Había una colina que terminaba en un precipicio con una caída de varios metros hasta el mar.

En aquel momento sólo veía hierba verde, árboles y un cielo muy azul, pero pronto aquella isla desierta albergaría otro de los enormes complejos turísticos de Grecia para turistas llegados de todo el mundo para admirar la belleza local.

En cierto modo, verlo materializado me hizo feliz porque con el trabajo tenía un proyecto, algo en lo que centrarme y hacia lo que dirigir todos mis esfuerzos.

— Manténgame informado — le pedí al ingeniero.

— Cuente conmigo, señor.

Asentí y me di la vuelta, dirigiéndome hacia donde estaba mi helicóptero.

— ¿Listo para salir? — preguntó mi piloto, que estaba a mano.

— Sí.

Quería volver antes de que fuera demasiado tarde.

A la mañana siguiente había una reunión con el contable para ultimar algunos gastos del hotel, pero el resto del día lo tendría libre.

En cuanto me acomodé en mi asiento y me quité los tapones para los oídos, recordé la noche anterior y lo que había hecho para sacar a Rhea de las garras de aquellos matones. Me sentía responsable de la chica, sobre todo después de lo que le había pasado.

Cuando llegara, iba a darme una ducha e invitarla a cenar. Por mucho que hubiera preferido estar solo, sería el momento de definir su destino. Hablaría del funeral de su padre, en cuanto consiguiera que la policía entregara el cadáver, le ofrecería una buena universidad y utilizaría mi dinero para asegurarme de que la aceptaran. Rhea podría ir a donde quisiera. Incluso a América. Me aseguraría de que tuviera los recursos y las oportunidades para convertirse en lo que quisiera.

Eso es lo que podía hacer por ella, al menos así me convenció.

Bajé del helicóptero y recorrí el complejo hasta llegar al edificio que albergaba mi apartamento privado. Me quité el traje y entré a darme una ducha.

Tenía el pelo un poco más largo de lo habitual y tuve que decirle a mi secretaria que llamara a un peluquero.

Tras afeitarme y ponerme unos vaqueros y un polo gris, cogí el teléfono y llamé a la suite donde había alojado a Rhea. Esperaba hablar con ella e invitarla a reunirse conmigo en la marisquería de la planta baja del edificio principal.

Sonó el teléfono y no contestó. Me pregunté si estaría en el baño y decidí volver a llamar, pero no contestó.

El hotel era lo suficientemente grande como para que estuviera en varios sitios y lamenté no haberle dado un teléfono móvil.

Salí de mi piso y me dirigí a la zona de la piscina. Miré a mi alrededor, observando a la gente que se divertía, charlando y tomando copas, pero Rhea no era ninguno de ellos. Pensé que

la chica estaría en la discoteca, porque pronto empezarían los espectáculos nocturnos, pero allí tampoco había rastro de ella.

Antes de ir a cada uno de los nueve restaurantes que componían el complejo, fui directamente al centro de seguridad. Pensé que sería más fácil encontrarla a través de las cámaras, a veces alguno de los guardias de seguridad podría haberla visto y me ahorraría la búsqueda.

— ¡Maldita sea! — Ya estaba murmurando en voz baja.

En mi primer día a cargo, la chica desapareció. Definitivamente, cada vez estaba más claro que yo no podía ser responsable de nadie, porque siempre metía la pata.

Llamé a la puerta de seguridad y uno de los hombres vino a abrirme.

— ¿Sr. Demetriou? — Abrió los ojos cuando me vio en el pasillo.

— Necesito encontrar a una invitada.

— ¿Encontrar? — Frunció el ceño.

Negué con la cabeza, haciéndole un gesto para que me dejara pasar y el guardia de seguridad retrocedió, abriéndome paso.

— Es morena y tiene la piel bronceada. Tiene los ojos marrones y el pelo castaño. Aún no ha cumplido los veinte.

— ¿Esa? — Señalaron a una que se paseaba entre las máquinas tragaperras del casino.

— No. Tiene rizos, gruesos y voluminosos.

— No he visto a nadie así en cámara hoy.

— No está en la habitación, debe haber pasado las cámaras en algún momento.

Me pregunté si no sería mejor que yo mismo fuera a la habitación y abriera la puerta para comprobarlo, por mucho que supiera que podía molestarla invadir su entorno, pero era una consecuencia de que no contestara al teléfono.

— ¿Pelo rizado?

— Así es.

— Hoy he visto una con un vestido blanco junto a la piscina, pero ha sido antes de comer.

— Enséñamela. — le exigí, haciéndole retroceder las cintas.

— Por aquí. — El guardia de seguridad señaló la imagen de la pantalla y vi llegar a Rhea por el camino que llevaba a la sala de juntas. — La recuerdo porque estuvo llorando en el banco durante mucho tiempo.

Mientras hablaba, la observaba acomodarse en la estructura de piedra.

Pensé que estaría cómoda en mi lujoso complejo, pero las lágrimas me demostraron lo contrario.

Observé la grabación hasta que vi que otra huésped se acercaba a ella. Charlaron, se abrazaron y la mujer se marchó, regresando casi una hora después en compañía de un hombre. Charlaron con Rhea y la chica se levantó para unirse a ellos.

— ¿Adónde fueron? — pregunté cuando dejaron la cámara.

— Creo que al fondeadero.

Continué siguiéndola a través del visor de otras cámaras hasta que se subió a uno de los muchos yates que pertenecían a los huéspedes y se sentó en nuestro muelle. En helicóptero o en barco eran las formas de llegar a mi isla y muchos de mis clientes venían en sus propias embarcaciones.

— ¿Por qué entró ahí? — Era una pregunta para mí mismo, pero acabó saliendo en voz alta.

— No lo sé, señor — dijo el guardia de seguridad, que también estaba viendo las imágenes.

— ¿De quién es este yate?

— Podemos ver en los registros quién ocupa el asiento treinta y cuatro. — Cambió las imágenes por otras más recientes y me mostró que el barco ya estaba de vuelta.

— ¿Rhea salió del barco?

— No, señor, sólo el piloto.

— ¿Dónde está?

Los guardias de seguridad me miraron fijamente y estaba claro que no tenían una respuesta para mí.

Bajé la cabeza y me presioné las sienes, sintiéndolas palpitar.

¿Dónde has ido, chica?

¿Cómo podía protegerla si se había escapado del lugar donde la mantenía a salvo?

— ¿Necesita más imágenes, señor?

— No.

Miré a los hombres antes de darme la vuelta y salir de la habitación. Resoplaba mientras caminaba hacia el puerto. Miré los distintos barcos amarrados en el puente de madera hasta que divisé el del vídeo.

Había un hombre distraído en la popa, fumando un cigarrillo y mirando a las estrellas como si no hubiera nada de qué preocuparse.

Salté al yate y agarré al tipo por el cuello.

— ¿Dónde la llevaste?

Ensanchó los ojos sorprendido por mi repentino movimiento e intentó apartarme.

— ¿Estás loco?

— Rhea, ¿dónde está? — jadeé, en una mezcla de rabia y descontrol que me volvió inestable.

— ¿Rhea?

— La chica que secuestraste.

— Oye, yo no secuestré a nadie.

— ¿Adónde se la llevaron?

— Espera, ¿estás hablando de la chica que la mujer del jefe me pidió que llevara a casa?

— ¿Llevarla a casa? — Solté el cuello del hombre y di un paso atrás, confuso por la información.

— Sí. Debe tener veinte años y el pelo rizado.

— Esa es...

— Ah, la llevé a una isla pesquera a unas tres horas de distancia. Dijo que vivía allí y que necesitaba que la llevaran. Si mis jefes me lo dicen, lo haré. ¿Cómo iba a saber que era tu novia y que estaba huyendo?

— Ella no... — Me detuve a mitad de la frase, sin molestarme en responder.

Bajé del barco y dejé al hombre mirándome con una expresión interrogante en la cara. Tras darme cuenta de que Rhea había vuelto a la isla donde creció, me bastó para saber que no necesitaba seguir peleándome con él.



Rhea

Capítulo dieciocho

Estaba oscuro mientras caminaba por las habitaciones de mi pequeña casa. Hacía unas horas que había llegado gracias a que una persona amable me había llevado y me imaginaba que estar allí haría que se me pasaran todos los tormentos y las ganas de llorar, pero no era tan sencillo.

Mi padre solía pasar largas temporadas en el mar intentando pescar lo mejor, o al menos lo suficiente para llegar a fin de mes. Era habitual que me quedara sola en aquella casa, me sentía bien por ello, pero me parecía imposible reaccionar de la misma manera sabiendo que él nunca volvería.

Por muy natural que fuera la muerte, ninguno de nosotros estaba preparado para afrontarla y la sensación de vacío que dominaba nuestro pecho era uno de los peores sentimientos del mundo.

Salí de casa justo cuando se ponía el sol y caminé hasta donde solía dejar amarrada su barca. El vehículo tampoco estaba allí. Mi padre siempre decía que lo conservaría hasta el último día de su vida y parecía que se lo había tomado a pecho.

— ¡Rhea! — Oí que alguien gritaba mi nombre y me di la vuelta por reflejo.

En el horizonte vi acercarse a la madre de Juliana. La mujer estaba tan desesperada que tropezó en medio de la carretera y no me vio por poco.

— ¡Ah, cariño! — Me envolvió en un fuerte abrazo que casi me asfixió. — Me alegro tanto de verte.

— Hola, Sra. Catarina.

— Has vuelto.

Tragué saliva cuando se apartó para mirarme. Sonrió satisfecha mientras sus dedos temblaban alrededor de mi cara.

— ¿Dónde está mi hija? — Movió la cabeza de un lado a otro, buscando a Juliana.

— No lo sé. — Sentí una opresión al recordar a mi amiga y el terrible lugar donde la había dejado.

— ¿Cómo que no lo sabes?

— Nos separamos. — Era la mejor respuesta que podía dar, pero seguía sintiéndome una persona terrible.

— Pero está bien, ¿no?

Asentí y empecé a llorar, provocando el pánico de la mujer. Sus manos se soltaron de mí hasta que cayó de rodillas.

— ¿Está muerta? — El llanto de la mujer era desesperado.

— No lo sé.

Dio un grito agudo, golpeando la arena con las manos y llorando de desesperación.

— Lo siento...

— Mi marido no debería haberse involucrado con ese tipo de persona.

Negué con la cabeza.

— Tu padre... — Sollozaba. — Te estaba buscando...

En cuanto me recordó a mi padre, me puse a llorar.

— ¿Ha pasado algo? — Levantó la cabeza para mirarme.

Asentí mientras me tapaba la boca para no gritar.

Se levantó para abrazarme de nuevo y mis lágrimas se hicieron aún más pesadas.

— Se ha ido...

— Lo siento.

Nos abrazamos mientras llorábamos. Yo por mi padre y ella por su hija, cuyo destino desconocía. Quería imaginar que Juliana había escapado de aquel lugar, aunque las posibilidades eran escasas.

— Ojalá pudiera salvarla.

— No es culpa tuya. — Catherine me acarició suavemente la mejilla. — Siento lo de tu padre.

— Gracias...

— Si mi marido no se hubiera involucrado con la gente equivocada, esto no habría pasado. No se habrían llevado a Juliana y a ti y Pedro seguiría aquí.

Me tragué las lágrimas al pensar en la verdad de sus palabras. Era un hecho, pero por desgracia no era posible retroceder en el tiempo y arreglar las cosas.

— ¿Dónde está?

— Hace años que no aparece. Así que probablemente también esté muerto.

Me aparté de ella sin dejar de mirarla. No tenía nada que decir. Lo que había ocurrido era devastador.

— Lo siento.

— Gracias, cariño. — Me acarició la mejilla. — Eres bienvenida a quedarte con nosotros.

— Gracias, pero voy a quedarme en casa por ahora.

— Lo que tú quieras. — Me acarició la mejilla cariñosamente y se alejó unos pasos de mí.

Observé cómo Catherine se dirigía a casa mientras yo seguía de pie en la arena, observando el horizonte.

Recordé cuando era pequeña y permanecía en ese mismo lugar durante horas hasta que el barco de mi padre aparecía, cruzaba la línea y se acercaba a la playa. Por un momento tuve la esperanza de que ocurriera, sólo tenía que tener paciencia, pero la racionalidad volvió a mí y me di cuenta de que no tenía sentido hacerme ilusiones.

Di media vuelta y tomé el camino de vuelta a casa. Caminé despacio, como si me pesaran mucho los hombros. Cuando llegué, me acomodé en una vieja hamaca donde solía estar mi padre.

La vieja tela aún olía a él y le traía buenos recuerdos.

Todavía no sabía qué iba a hacer, pero de momento sólo quería que dejara de dolerme el pecho.

En algún momento entre la noche y los minutos que pasaron, acabé quedándome dormida. Era tan profundo que podía soñar. Podía ver a mi padre jugando conmigo en la playa cuando aún era una niña, nos reíamos el uno del otro mientras mi madre preparaba bebidas dulces hechas con agua de coco.

Éramos una familia feliz...

Un fuerte ruido, casi ensordecedor, de hélices hizo que me despertara y me incorporara rápidamente. Miré fuera y vi que un helicóptero había aterrizado en la playa.

Era un vehículo inusual en un pueblo formado por gente pobre, pero lo había visto más veces de las que creía posible.

— Klaus... — Susurré suavemente.

¿Qué hacía él aquí?

Salí de la hamaca y me dirigí a la playa en cuanto le vi apagar el helicóptero. No encontraba al piloto de la noche anterior y me di cuenta de que había venido solo. El hombre se quitó las orejeras y caminó hacia mí.

Estaba oscuro, la noche ya había avanzado, pero la luz de la luna me bastaba para verle perfectamente. Su pelo oscuro se mecía con el viento y su postura parecía más imponente que nunca mientras dejaba huellas en la arena mientras caminaba hacia mí.

— ¿Qué haces aquí?

— Soy yo quien pregunta. — Me miró con tono firme mientras se detenía frente a mí y se metía las manos en los bolsillos. — Tenías que quedarte en el hotel.

— ¿Tenía?

— Te dejé allí.

— Me dejaste, literalmente. — Apreté los dientes al recordar lo mal que me había sentido

cuando había intentado hablar con él y la secretaria me había despachado como si nada.

Mi padre tenía razón cuando decía que la gente como nosotros no debía involucrarse con tipos como él. Éramos demasiado diferentes. Podía ser precisamente por hombres como Klaus por lo que existían las islas rojas, porque la gente pensaba que podía pagar por los demás.

— ¿De qué estás hablando? — Frunció el ceño como si no lo entendiera.

— Me dejaste en una habitación.

— Te di todas las comodidades, mucho mejor que lo que tienes aquí. — Señaló mi casa y me hizo gruñir.

— Estoy bien aquí, gracias.

— Mira este lugar, ni siquiera tiene las condiciones básicas. — Resoplé. Ofender a la casa en la que me había criado sólo hacía que me enfadara aún más con él.

— Como si te importara.

— ¿De qué estás hablando?

— Vuelve a tu castillo, no te necesito.

— No puedo dejarte aquí.

— ¿Por qué no? Esta es mi casa.

— Tengo que cuidar de ti. Se lo debo a tu padre.

— Lo hiciste muy bien —ironicé al sentirme terriblemente abandonada ante él — Me has comprado a los bandidos. Te lo agradezco. — hinché el pecho. — Que tengas un buen día, Klaus Demetriou.

Me puse de puntillas y volví a entrar en casa, pero antes de que pudiera perderlo de vista, Klaus me agarró de la muñeca y me detuvo en seco. Me di la vuelta y fui incapaz de reaccionar.

Mi corazón se aceleró en cuanto mis ojos se cruzaron con los suyos. Era como si la luz brillara justo sobre él. Su cálido tacto irradiaba por todo mi cuerpo como un veneno paralizante que me impedía moverme o incluso correr. Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir ningún

sonido.

Yo era una adolescente cuando le vi por primera vez. Era el hombre más guapo del mundo. Quizá por eso me gustaba tanto cuidarle. Habían pasado cinco años, me había convertido en una mujer, pero él seguía siendo el mismo. La cara cuadrada, los labios perfectos, la nariz pronunciada y las cejas espesas. A Apolo le molestaría la presencia de aquel mortal.

Aunque lo encontraron en mi playa, durmió en mi cama y lo cuidaron mis manos, era tan inalcanzable como un dios olímpico.

Me humedecí los labios cuando la cercanía se convirtió en un reto. Pensé que sería mejor que me dejara llevar, mientras todas mis fantasías de adolescente soñadora me abrumaban.

Nunca sentí nada por los chicos de la isla porque todo mi amor platónico iba dirigido hacia aquel chico. No podía involucrarme con él, pero mi corazón había creado muchos escenarios y había perdido la cuenta de las innumerables veces que había soñado con aquellos ojos azules. Sabía que no se había vuelto a casar, pero eso no significaba nada.

Era doce años mayor que yo. Era dueño de un complejo turístico y pensaba que todo en la vida podía resolverse con dinero.

— Vas a volver conmigo, Rhea. — Tiró de mi brazo con un tono algo más imponente y una expresión tensa.

— ¿Y si no quiero? — bromeé.

— Tiene que volver. — Parecía impertérrito.

— ¿Porque me compraste?

Mis palabras hicieron que sus ojos se abrieran de par en par y su boca se entreabriera. Su mano me soltó y mi muñeca cayó por su propio peso.

— No me refiero a eso.

— Quiero quedarme aquí. — Alargué la mano y le toqué el pecho, pero no tuve fuerzas para empujarlo hacia atrás. Mi presión sólo me hizo sentir su corazón en la palma de mi mano.

Iba a toda velocidad, quizá tanto como la mía, y eso me desestabilizó aún más.

Podría achacarlo a la pena, a la rabia o quizá a la necesidad de no sentirme tan sola, pero en el fondo sabía que estaba haciendo mis cosas.

No sabía cómo sería después, y no me preocupé cuando me puse de puntillas y levanté mi cuerpo para acercar mi boca a la suya. Hacía cinco años que quería hacer esto y estaba haciendo realidad uno de mis mayores deseos.

Sentí sus labios, un poco más ásperos de lo que había imaginado. Las sensaciones que me invadieron con el simple roce me hicieron sentir increíble y por un momento olvidé los trágicos derroteros que había tomado mi vida.

No me había atrevido a hacerlo mientras estaba inconsciente a mi cuidado, pero esta vez tenía todos sus sentidos y podía elegir no volver a mirarme.

Cualquiera que fuera la deuda que creía tener con mi padre, había sido pagada con creces con el millón de euros que había dado a los bandidos por mí.

Ese beso fue una despedida y un cierre para poder estar completamente segura de que Klaus no formaba parte de mi vida.

— ¡Adiós! — Me aparté de él y corrí hacia la casa.

El corazón me latía con fuerza y temía que se me saliera por la boca. Temía la reacción de Klaus, pero al mismo tiempo no me arrepentía de lo que había hecho.

Me dirigí al fondo de mi pequeña habitación con la esperanza de oír el ruido del helicóptero al partir. De cara a la pared, lo que oí en realidad fueron pasos que se acercaban.

Su mano me tocó la cintura y me hizo girar, poniéndome de nuevo frente a él.

En la oscuridad era casi imposible verle bien, pero la proximidad de su respiración acelerada me hizo darme cuenta de que su boca se acercaba a la mía. Esta vez fue él quien me besó y fue muy diferente al beso que yo le había dado.

Sus labios tomaron los míos con una presión aplastante y su lengua se abrió paso, invadiendo mi boca y buscando la mía mientras sus manos se apretaban alrededor de mi cintura.

Siempre había creído que besarle sería bueno, pero no estaba preparada para ello. El aire se me escapaba de los pulmones, pero sentía una necesidad imperiosa de seguir. Era caliente, dulce

y adictivo.

Tenía sed, como si se me hubiera secado la boca y tuviera los labios entumecidos, pero lo único que hice fue seguir el impulso de mover la cabeza para que me quedara mejor.

Me subió una mano por la espalda y me agarró del pelo, haciendo que el beso fuera aún más intenso.

Le pasé la mano por los hombros y rodeé los torneados músculos de sus brazos para sentirlo mejor.

Klaus me apretó contra la pared y yo jadeé contra sus labios, pero sin interrumpir el beso.



Klaus

Capítulo diecinueve

Mi lengua se hundió en su boca mientras le apretaba el pelo y bajaba la otra mano hacia su culo. Había cedido a impulsos que ni siquiera sabía que tenía y estaba en un camino muy peligroso.

Después de Sophia tuve otras mujeres, incluso relaciones que duraron unas semanas, pero nada que realmente despegara. Pensé que estar solo era lo mejor para mí y lo llevé bien...

No entendía lo que estaba haciendo y me estremecí desde dentro al darme cuenta antes de que mi mano agarrara el culo de Rhea y lo frotara contra mí, alentando mi erección.

¿En qué estaba pensando cuando corrí tras ella?

Me di la vuelta al recordar a la niña asustada en la habitación donde la había llevado.

Siempre lo hacía todo mal.

— Lo siento. — Di varios pasos hacia atrás, completamente desconcertado. — No debería haber hecho eso.

— Empecé yo. — Jadeaba como si hubiera corrido una maratón y se hubiera alisado el pelo, que yo había estropeado.

— No está bien.

— Pero... — Ni siquiera le dejé continuar.

Estaba seguro de que besarla no era la mejor manera de protegerla.

— Tienes razón. Es mejor quedarse aquí. Debería haberte traído a casa antes. Has pasado por muchas cosas y este es tu hogar. — Busqué mi cartera en el bolsillo y saqué una tarjeta para dársela. — Aquí tienes mi número personal. Puedes llamarme si necesitas algo.

— Debe haber un teléfono que puedas usar en la isla.

— Sí...

No debería haberme sorprendido que no tuviera teléfono móvil, pero no era un detalle en

el que tuviera que fijarme en ese momento.

— Ya sabes dónde encontrarme.

— Tan ocupado como esta mañana.

— ¿Hoy?

— Fui a devolverle la chaqueta y su secretaria bajó a hablar conmigo.

— ¿Hannah te intimidó?

— No, fue muy amable. Incluso me dio esto. — Levantó el brazo, mostrándome la pulsera de *todo incluido del* complejo.

— Siento todo por lo que has pasado.

— Gracias, Klaus.

Le di la espalda y volví a la playa. Me di cuenta de que venía detrás de mí, pero no me volví para mirarla. No lo hice hasta que estuve de pie junto a mi helicóptero. Miré a Rhea y la vi de pie en la puerta, analizándome.

Sentí la necesidad de decir algo, pero no tenía palabras.

Subí a la aeronave y arranqué el motor. No había subido a un barco desde el accidente y prefería no pilotar el helicóptero, pero en mi noche libre de piloto no tenía otra opción.

Una parte de mí incluso me dijo que insistiera, que lo mejor sería dejar a Rhea en el complejo, pero tenerla cerca podría no ser muy seguro, sobre todo después de aquel beso.

Me largué y ella me observó desde la playa hasta que estuvo demasiado lejos y demasiado oscuro para que pudiera seguir viéndola.

En el camino de vuelta me convencí de que lo mejor para ella era alejarse de mí. Pensé que debía protegerla, pero tal vez fuera lo mejor.



Rhea

Capítulo veinte

Entré tambaleándome en la casa mientras su helicóptero desaparecía de mi vista.

Tenía todos los motivos del mundo para echarme a llorar, pero en ese momento lo único que me quedaba era la conmoción.

Había soñado muchas veces con cómo sería besarle y la realidad superó mis expectativas. Todavía podía saborearlo en mi boca y quería más. No importaba lo loco que pareciera.

Hice girar su tarjeta entre mis dedos y quise llamarle enseguida, buscando una excusa para convencerle de que volviera y se quedara conmigo. Sabía que, en el resort, donde Klaus era el dueño de todo, era inalcanzable, pero allí en la isla, experimentando un poco de mi mundo, podía tocarlo.

Odiaba las razones que nos habían unido, pero ese hombre era todo a lo que quería aferrarme.

Volví a entrar en casa y me tumbé en la cama. Los ojos se me fueron poniendo pesados y pronto volví a un recuerdo.

— ¿Se despertará? — Ayudé a mi padre a acomodar al hombre en mi cama.

Estaba sucio, lleno de arena y con profundas magulladuras.

— Su respiración es débil, pero esperemos que sí. — Mi padre levantó la cabeza del hombre mientras yo le ponía una almohada debajo.

A pesar de estar muy magullado, parecía joven y tenía un rostro tan apuesto que podría pasarme horas mirándolo.

— Cuida de él. — Mi padre salió de la habitación.

— ¿Adónde vas?

— Llamaré al médico del pueblo.

— Pero...

— Limpia sus heridas.

Asentí mientras mi padre desaparecía de mi vista.

Miré al hombre que seguía tumbado en mi cama. Su respiración era tan superficial que dudé de que estuviera realmente vivo.

— Todo va a ir bien. — Era una promesa vacía mientras le cogía la mano con dedos largos.

Salí de la habitación y me dirigí a un lavabo con agua potable que había fuera de la casa. Llené un cubo y cogí un trozo de tela.

Volví al dormitorio y me senté en el borde de la cama. Mojé el paño y empecé a pasármelo por la cara bien dibujada. Al quitarme la arena, pude ver que las heridas no eran tan terribles como parecían, aunque eran muchas.

— Hola — intenté hablarle, pero no recibí respuesta.

Cuando el médico llegó a verle, el pronóstico no era el mejor, sin el equipo adecuado. Lo único que pudo hacer fue hacer suposiciones, mantenerlo hidratado y esperar a que despertara.

Pensé que sería pronto, hasta que empezaron a pasar los días y me imaginé que sólo tendría a un hombre hermoso durmiendo en mi cama para siempre.

Entonces vi esos ojos azules cuando se despertó...

Después de eso nunca pude sacármelos de la cabeza. Sabía que tal vez no podría.



Klaus

Capítulo veintiuno

Ya debería haberme acostumbrado a dar vueltas toda la noche, porque estos episodios empezaban a ser bastante habituales.

Se suponía que debía llevar una vida tranquila en una isla paradisíaca, disfrutando de la fortuna y las posesiones que habían pertenecido a mi familia durante generaciones, pero el caos parecía amarme hasta el punto de perseguirme a menudo.

Después de sacar a Rhea de las garras de los traficantes de personas, pensé que ya nada podría sacudirme, así que me besó...

Aún recordaba la chica que era cuando me desperté después del accidente. Imaginaba que no debía verla de otra manera. Incluso me esforcé por no fijarme en su cuerpo cuando estaba expuesto en la isla roja, y otros habrían hecho lo contrario.

Creía que involucrarse físicamente con ella no era la mejor manera de protegerla. Dejarla en la isla y cuidarla desde lejos podía ser la alternativa.

Me giré hacia un lado y estaba a punto de levantarme cuando mi teléfono móvil empezó a vibrar. Lo saqué de la mesilla de noche y vi un mensaje del investigador.

Aristóteles:

Buenos días, Sr. Demetriou.

Klaus:

Buenos dias.

Aristóteles:

Tengo noticias de la otra chica.

Ese mensaje me animó. Devolverle la amiga amiga a Rhea podría ser una forma de

resarcirse tras el beso.

Klaus:

¡Genial! ¿Dónde está ella? Podemos ofrecer a los criminales una suma de dinero y negociar su libertad como hice con Rhea.

Son ladrones, pero lo único que quieren es dinero.

Aristóteles:

Lo siento, pero no es tan sencillo.

Klaus:

¿Cómo podrían no hacerlo? Dudo que se resistan a una oferta similar.

Aristóteles:

Si fueran los mismos bandidos sería más fácil, pero desde aquella noche he estado siguiéndole la pista y un testigo me ha dicho que la subastaron a un italiano.

Klaus:

¿Se la llevó?

Aristóteles:

Aún no tengo esa información, pero fue la última persona con la que se la vio.

Klaus:

Sólo es un gilipollas rico que fue allí y pagó por violar a una chica inocente.

Me pongo enfermo sólo de pensarlo.

Aristóteles:

Es más que un tipo rico. Si la información que tengo es cierta, la chica estaba con uno de los mafiosos más peligrosos de Italia.

Klaus:

¿Mafiosos?

Aristóteles:

Podría estar con alguien mucho más peligroso que los hombres que se las llevaron a ambas.

Klaus:

¿Pero no estás seguro?

Aristóteles:

Continuaré mi investigación.

Klaus:

Sí.

Aristóteles:

Le mantendré informado.

Klaus:

¿Y el cuerpo de Pedro?

Aristóteles:

Será llevado a la isla.

Klaus:

Entiendo.

Cuando dejamos de mensajearnos, no dejaba de pensar en el destino que Rhea podría haber sufrido si yo no la hubiera rescatado, y también en lo que afligía a miles de mujeres que

pasaban por la misma situación.

Su amiga podría estar enfrentándose a algo en lo que ni siquiera me gustaba pensar. Sólo esperaba que Aristóteles pudiera encontrarla. Aunque no me sentía tan responsable de ella como de Rhea, podía aportar mi granito de arena para ayudarla.

Me levanté de la cama, pero antes de que pudiera alejarme de mi teléfono móvil empezó a sonar.

Respiré hondo cuando vi el nombre de mi madre en el identificador de llamadas. Llevaba meses fuera desde su último viaje y, en cierto modo, lo prefería así. No quería escucharla decirme lo importante que era para mí salir, hacer nuevos amigos y encontrar otra novia.

Ya conocía bien el discurso: *Aún eres tan joven, hijo mío. Tienes tanto de la vida para disfrutar*.

— Hola. — Respondí a la llamada sin ninguna emoción.

— Klaus, ¿sigues dormido?

— Te he contestado, así que supongo que eso responde a tu pregunta.

— Fingiré que no estás de mal humor.

— ¡Como quieras!

— Baja a desayunar conmigo. Estoy en el restaurante junto a la piscina. El sol es tan hermoso hoy.

— ¿Has vuelto?

No era algo con lo que contara, sobre todo después de mis peores días desde el accidente.

— ¡Claro que sí! Echaba de menos a mi hijo.

— Mamá, yo...

— No me digas que tienes que trabajar. Eres dueño de este lugar, no hay manera de que no puedas permitirte desayunar conmigo.

— De acuerdo.

— ¿Vas a bajar?

— Sí, sólo dame algo de tiempo para prepararme.

— Te espero aquí.

En cuanto terminó de hablar, solté un largo y profundo suspiro. Quizá si mi madre hubiera tenido más hijos o incluso si mi padre siguiera vivo no se habría preocupado tanto por mí, pero no era algo que pudiera solucionar fácilmente.

Era una parte de mi vida con la que tenía que lidiar y tenía que admitir que ni siquiera era la peor.

Fui al baño, me preparé para el día y me puse un traje más formal antes de dirigirme al restaurante donde ella me esperaba. En cuanto me acerqué a unas mesas, la vi saludándome con un enorme sombrero blanco. La mesa estaba repleta de comida y supuse que ya me esperaba allí antes de bajar a su encuentro.

— ¡Klaus!

En cuanto me acerqué, se levantó para abrazarme, envolviéndome con sus brazos, apretándome y permaneciendo así hasta que le correspondí.

— ¡Me alegro de verte, hijo mío!

— Yo también me alegro de verte, mamá. — Me aparté de ella y acerqué una silla frente a ella para acomodarme en ella.

— Tienes buen aspecto, te has afeitado...

— Ayer.

— Así parecerás aún más joven.

— No sé si eso es bueno...

— Claro que es bueno, de hecho, es genial. Sólo tienes treinta años, sigues siendo mi chico...

— Treinta y uno...

— Compruébalo.

— Mamá, mi edad es insignificante.

— Daría lo que fuera por volver a los treinta, pero aún se puede disfrutar.

— Tengo mucho trabajo aquí. — Miré a un lado y a otro intentando convencerla de que su estilo de vida no iba conmigo.

— Y mucho personal para hacerlo por ti.

— No es... — Antes de que pudiera decir cualquier excusa que se me ocurriera, ella me interrumpió.

— Espero que no te enfades conmigo, pero he traído a algunas amigas que hice durante mi estancia en Londres.

— Este también es tu lugar, mamá.

— Me encantaría que las conocieras.

— ¡Mamá!

Hizo un gesto con la mano, sonriendo, y yo miré en la misma dirección para ver a tres mujeres que se levantaban de una mesa y caminaban hacia nosotros. Dos de ellas eran mayores, pero la otra no tendría más de veinticinco años. Era pelirroja, tenía los ojos verdes y caminaba como una modelo. Guapa, pero yo conocía esa historia, así había sido con Sophia...

— Este es mi hijo.

— Hola. — Les sonreí torpemente.

— Klaus, saluda.

Me levanté de la mesa, sonreí y les di un beso en la mejilla a cada una, deseoso de salir de allí cuanto antes.

— Esta es Sabrina. Estudia psicología en la Universidad de Oxford.

— Estoy haciendo el máster — corrigió la chica. — Eres aún más guapo de lo que decía tu madre.

— Gracias —murmuré torpemente, mirando a mi madre torcidamente, reprochándole la trampa.

Cuando mi teléfono móvil empezó a sonar, vi una luz al final del túnel. Saqué el aparato y no reconocí el número, pero aproveché la excusa para alejarme. Las mujeres asintieron y no me importó que mi madre frunciera el ceño. No me gustaba nada lo que había hecho, pero ese era un tema para otro momento.

— ¿Quién es? — Me acerco el auricular a la oreja.

— Klaus...

— ¿Rhea? — Me quedé completamente sorprendido al oír la voz de la chica al otro lado de la línea. — ¿Eres tú?

— Sí. Me diste tu número, pensé que podría llamarte.

— Claro que puedes. ¿Pasó algo? — Me preocupaba la verdadera razón de la llamada.

— I... — Tartamudeó, pareciendo contener la respiración.

— Sí... — Insistí en que hablara.

— Bueno, no importa... No quiero entrometerme. Imagino que estás muy ocupado. No debería haber llamado.

Mientras hablaba, miré hacia la mesita donde estaban sentadas mi madre y sus amigas. Sí, tenía trabajo, pero estando en el complejo sería difícil perderlas para poder estar tranquila.

— Hoy es un día más tranquilo, puedo escaparme.

— ¿En serio? — Su tono de voz cambió y vi emoción.

— Sí. ¿Qué necesitas?

— Quería que vinieras... Es difícil...

— ¿Qué es difícil?

— Estar sola después de que mi padre se fuera. Sé que solía pasar largos periodos sin él, pero ahora que sé que se ha ido para siempre es muy diferente.

No dejaba de pensar en ello. Quería alejarme de ella como de todos los demás, sobre todo después de aquel beso, pero...

— Pronto llevarán el cuerpo de tu padre.

— Gracias, Klaus.

Se hizo el silencio mientras mi mente se arremolinaba entre la necesidad de protegerla y las extrañas sensaciones provocadas por el beso.

— ¡Klaus! — Oí que mi madre me llamaba y temí que viniera hacia mí con esas desconocidas.

— Estaré allí lo antes posible.

— Gracias. — oí murmurar a Rhea antes de colgar la llamada.

— Hijo mío — mi madre se acercó a mí y se detuvo frente a mí — vuelve a la mesa. Ni siquiera has comido.

— Tendrás que dejarlo para otro día. — Le acaricié el hombro con rabia. — Tengo un asunto muy urgente que tratar ahora mismo. Diles a tus amigas que esta noche hay un concierto con uno de los DJ americanos más famosos. Espero que se lo pasen bien.

— ¡Klaus!

— Hasta luego, mamá. — Le besé la mejilla. — Te quiero, mamá.

Me aparté de su vista antes de que pudiera discutir y me dirigí a la cocina del restaurante. No había tomado café y tenía hambre, pero pedí que me prepararan algo de comida para llevármela en mi escapada.

Tenía miedo de lo que pudiera pasar en mi momento con Rhea, pero pensé que era mejor enfrentarme a ella que a las citas a ciegas que mi madre solía organizarme.

Llamé a Hannah para decirle que iba a ausentarme del complejo durante un tiempo y que resolviera los problemas que pudieran surgir durante el día sin mí.

— Tenga, señor. — Uno de los ayudantes de cocina me entregó unas bolsas.

Asentí con la cabeza y salí del local, dirigiéndome directamente al helipuerto.

Además de darme un poco más de seguridad tras el accidente, ese medio de transporte era mucho más rápido y reducía a menos de una hora el trayecto hasta la isla pesquera donde vivía Rhea.

Miré a los controladores y pensé en llamar a mi piloto. Aún me costaba tomar el control, pero al estar solo, sólo estaba en juego mi vida.

Me abroché el cinturón y me puse los tapones antes de arrancar el avión. Las palas empezaron a moverse y pronto estaba volando lejos de mi centro turístico.

Mi padre era un gran aficionado a los helicópteros, coleccionaba algunos modelos y me hizo aprender a volar cuando era muy joven. Reconozco que en otros momentos de mi vida me encantaba esa libertad. Estar en el aire y poder ir donde quisiera.

Pero la misma libertad que una vez se me había concedido parecía habérseme arrebatado la noche en que murió Sophia.

Y pensar que la había conocido en una cita a ciegas propuesta por mi madre, pero era diferente a las demás. Tenía una sonrisa que me cautivó y estar cerca de ella fue agradable desde el primer momento.

En cuanto volví de la universidad en Estados Unidos y me hice cargo del negocio tras la muerte de mi padre, me centré en mi trabajo y no dediqué mucho tiempo a ligar. Sin embargo, ella fue como un rayo de sol que pronto se apagó.

Últimamente era difícil no pensar que atraía esto a la gente que me rodeaba. Primero mi padre, que murió de un derrame cerebral antes de tiempo, luego Sofía, Pedro... ¿Quién más podría ser?

Cuando me vino a la mente la cara de Rhea pensé en sujetar los mandos y darme la vuelta.

Aquella chica ya había sufrido bastante, había pasado días terribles y humillantes a manos de los peores matones, no necesitaba ser otra víctima de una extraña maldición que parecía cernirse sobre mí.

Miré la comida que había en el banco de al lado. Podía dejársela y luego volver al

complejo.

Sin su padre ni el barco pesquero que mantenía a la familia, era posible que le costara volver a ponerse en pie, pero no entraba en mis planes dejarla en la indigencia.

Aterricé el helicóptero cerca de la playa y me di cuenta de que algunos lugareños habían venido a ver qué era aquello. Tenían curiosidad, y no me extraña. El ruido y la estructura llamaban mucho la atención.

Me quité los tapones, cogí mi comida y salí del vehículo.

Caminaba por la playa cuando la vi salir de casa. Con un vestido ligero de flores y el pelo rizado suelto, Rhea estaba radiante. Ni siquiera parecía haber pasado por todo el trauma de los últimos días.

Sonrió cuando sus ojos marrones se encontraron con los míos y fue involuntario devolverle la sonrisa.

Su rostro me atrajo y sus labios me trajeron recuerdos del beso que no debía cultivar. Rhea era una chica a la que debía proteger y no pensar en lo mucho más hermosa que era con la luz del sol brillando en su rostro.

— Has venido. — Se detuvo frente a mí, cruzando los brazos detrás del cuerpo.

— He traído comida. — Levanté la bolsa con un poco de torpeza y volví a preguntarme qué hacía allí.

Ese lío me estaba volviendo loco.

— Gracias. — Me cogió la mano. — Creo que nos ahorrará la molestia de probar las viejas cañas de pescar de mi padre.

Su tono bromista no impidió que me preocupara.

— ¿Qué tienes para comer los próximos días?

— No te preocupes. — Me cogió de la mano y empezó a tirar de mí hacia la casa. — Siempre nos ayudamos mutuamente.

Aunque había pasado mucho tiempo bajo su cuidado y el de papá, aquella realidad seguía

siendo muy distinta a la que estaba acostumbrada desde niña. Había crecido en el complejo pudiendo comer lo que quisiera cuando quisiera, no había escasez ni hambre.

— Lo pondré aquí. — Dejó la comida sobre una pequeña mesa de madera hecha a mano.

— ¡Rhea! — La agarré del brazo e hice que me mirara. Aceleró un poco y se detuvo cuando mis ojos se encontraron con los suyos. — No quiero que pases ningún tipo de necesidad.

— Estaré bien. ¡Relájate!

— Sé que dependías de tu padre...

— Ya has hecho mucho por mí, Klaus. Me alegro de que estés aquí.

— No quiero que pases necesidad.

— No tienes que pensar que soy tu responsabilidad sólo porque te cuidamos después del accidente.

— Es lo menos que puedo hacer.

— Me sacaste de ese lugar. — Tragó saliva y sus ojos se entristecieron. — Era mucho más de lo que podía haber pedido. Mi amiga no tuvo tanta suerte. — Bajó la cabeza y me di cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas.

— Le pedí al investigador que te encontró que la buscara.

— ¿Es grave? — Se volvió hacia mí con cara de esperanza.

He dicho que sí.

— ¿Vas a sacarla?

— Por desgracia, ya no está con los mismos sinvergüenzas. — Me dio pena decirlo, pero al final pensé que era mejor que Rhea entrara en razón.

— ¿Es eso bueno?

He dicho que no.

— Pobre Juliana. — Rhea se acercó más a mí y hundió la cara en mi pecho, llorando.

— Lo siento mucho. — Le acaricié el pelo.

— Hiciste lo que se pudo. — Sollozaba mientras rodeaba mi cintura con sus delgados brazos.

Probablemente..., pero era como si siempre fuera la portadora de malas noticias, por mucho que intentara actuar.

Oí rugir su estómago y me di la vuelta. No era la única que tenía hambre.

— Vamos a comer.

Rhea asintió y empezó a recoger los recipientes de plástico y espuma de poliestireno que contenían fruta, mermelada, cruasanes y otros componentes de un copioso desayuno.

— Hay tanto...

— Puedes guardar las sobras para más tarde.

— Gracias, Klaus.

Aparté una de las dos sillas de la mesa y Rhea se acomodó en la otra. Nos pusimos frente a frente y recordé la primera comida que hice en aquel lugar tras despertar del accidente. Aún me dolía la cabeza y apenas podía hablar mientras me esforzaba por beber la sopa de pescado. La comida era sencilla, pero muy sabrosa.

— ¿Seguro que quieres quedarte aquí?

Dejó de masticar un cruasán y levantó los ojos para mirarme.

— Es mi hogar.

— Lo sé, pero ¿qué quieres hacer? ¿Hacerte pescadora como tu padre?

— Va a ser difícil sin barco, pero puedo ayudar a las otras familias, me encontrarán un sitio.

— Sabes que puedo ofrecerte más.

— ¿Ofrecerme más? — repitió con tono de incredulidad. — Llévame al complejo y déjame en una habitación donde estaré inútil y sola.

— Rhea...

— Ni siquiera pude hablarle mientras estuve allí. — Sollozaba y sentí que podría haber tocado algo que la lastimó. — Ese lugar sólo me recuerda lo diferentes que somos.

— No del todo...

— ¿No?

— Estabas bien cuidada y segura.

— Aquí también me siento bien atendida. Todo el mundo se ha ayudado siempre.

— Pero puedes tener más.

— ¿Qué más? — Frunció el ceño, desafiándome con la mirada.

— Pensé en matricularla en una universidad. Pasé una temporada en Estados Unidos cuando tenía tu edad y fue una experiencia única. Puedes aprender el área que quieras y seguir una carrera. Puede tener una vida mucho mejor que aquí.

— Al final, es lo mismo. — Dejó escapar un largo suspiro.

— ¿A qué te refieres?

— Me va a llevar a un sitio caro y me va a dejar allí donde la gente me tratará como si no fuera nada y al final me quedaré sola.

— Ves la situación desde el lado equivocado.

— ¿Es así? — Suelta la comida. — Parece que sólo quieres dejarme en algún sitio y lidiar con el peso de tu propia conciencia.

Abrí la boca, quería decirle que estaba equivocada, pero era verdad. Pensé que ofrecerle dinero y oportunidades era lo mejor que podía hacer.

— He perdido a mi padre, a mi amigo y sé que las personas de esta isla son las únicas que se preocupan por mí.

— I... — Toqué su mano, sintiendo que el corazón me pesaba, e hice que Rhea me mirara. Había un terrible peligro en decir eso, pero continué la frase de todos modos. — Me preocupo

por ti.

— ¿De verdad?

— Aquí estoy.

— Podría ser...

Tiré de la silla hacia delante y me acerqué a ella. Le sujeté la cara y la obligué a mirarme. La presión en mi pecho aumentó y no pude apartar la mirada. Aquella cercanía podía ser peligrosa, sobre todo cuando me venían a la cabeza flashes del beso.

Parecía inmoral sentir ese tipo de deseo por ella al mismo tiempo que se hacía cada vez más latente.

— ¿Qué quieres de mí? — Esa pregunta era muy arriesgada, pero esperaba una respuesta que implicara cualquier cantidad de dinero.

— Quiero que no me dejes sola.

— No soy buena compañía para nadie, Rhea.

— Creo que soy yo quien debe definir eso... — Se acercó un poco más y su rodilla rozó la mía, aumentando aún más las ya fuertes pulsaciones de mi cuerpo.

— Sólo eres una niña. Lo que pasó ayer estuvo mal.

— Ya no soy una niña.

Darme cuenta de que me deseaba me produjo una sensación de pavor y un extraño sentimiento que no supe cómo afrontar, porque ella también me atraía, mucho más de lo que me gustaría admitir.

— Sólo te tengo a ti, Klaus...

— Por eso no puedes dejar que tus sentimientos se mezclen.

— Te he deseado desde la primera vez que te vi.

— No sabes de lo que hablas. — Mi tono se volvió un poco más áspero. Me esforcé por no dejar que mi corazón acelerado me delatara. — Es sólo una niña.

— Tienes razón. — Agachó la cabeza. — Siempre supe que nunca serías para mí. Ni siquiera sé por qué estoy diciendo esto ahora. No debería haber llamado. Gracias por la comida. Puedes volver al resort, no te molestaré más.

— Yo aceptaría la oferta de estudiar en el extranjero si estuviera en tu lugar.

— Me alegro de que no sea así. — Fue firme y con una mirada desafiante que no se correspondía en absoluto con la niña que aún tenía en mi memoria. — Soy adulta, puedo arreglármelas. Ya has hecho mucho por mí.

— La elección es tuya.

— Sí...

Me dirigí hacia la puerta con la cabeza palpitante. Aquel extraño dolor no sólo estaba en mis sienes, sino en parte de mi pecho. Me había acostumbrado a una vida solitaria y juraba que era lo mejor.

Probablemente para ella también.

Creía que Rhea era mi responsabilidad, pero también me correspondía a mí dejarla decidir sobre su propia vida.



Rhea

Capítulo veintidós

Aún temblaba cuando le vi caminar hacia la puerta y me pregunté por qué en algún momento pensé que podría ser diferente. Me consumía una tonta esperanza cuando utilicé el teléfono comunitario de la isla para llamarle por la mañana. Después de habernos besado había imaginado que existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de que aquel hombre quisiera estar conmigo. Sin embargo, había estado lejos los últimos cinco años por una buena razón.

Klaus me había rescatado de aquella pesadilla y eso era mucho más de lo que podía pedir, ahora tenía que enfrentarme a mi vida yo sola. Por mucho que otros vecinos dijeran lo contrario, papá siempre decía que no debíamos aceptar nada de él. Éramos como el agua y el aceite y cualquier favor a uno de los dos podía desembocar en una deuda impagable.

Cuando salió de mi casa me levanté y fui tras él, aunque no debí seguir ese impulso, era imposible.

Me apoyé en el marco de la puerta mientras le veía ir hacia el helicóptero. Seguía esperando que Klaus mirara hacia atrás, que al menos me saludara con la mano, pero eso no ocurrió. En cierto modo, sentí que, tras el momento de cercanía, me abandonaba como había hecho cinco años atrás y como haría siempre.

Él volvería a su paraíso y yo continuaría con mi vida sencilla.

Cuando el helicóptero despegó y desapareció sobre el mar, pensé que no volvería a verlo. Quizá fuera lo mejor.

Alimentar esa necesidad de un hombre inalcanzable sólo me haría daño.

— Es el hombre de la playa, ¿verdad? — Un vecino se me acercó, se fijó en mi cara y luego miró al horizonte, que parecía cualquier otro día soleado de verano.

— Me froté los ojos para asegurarme de que no había lágrimas.

La gente de la isla había apodado a Klaus «el hombre de la playa» por la forma en que lo encontró mi padre. Mucha gente hablaba de él, pero al final pasó el tiempo y casi se convirtió en una leyenda entre los lugareños. El ricachón fue encontrado casi muerto y cuidado por una

familia de pescadores.

— ¿Sabe que tu padre está muerto?

Asentí con la cabeza.

— Sabía que solo una tragedia podría traer de vuelta a este hombre.

— Sí, pero no va a volver.

— Pensé que te ayudaría. Pobrecita, ahora está sola en el mundo...

— Me ayudó. — Dejé escapar un suspiro al interrumpir a la mujer. — Pero ahora depende de mí.

Me quedé mirando al cielo un rato hasta que acepté que ése era mi destino y empecé a pensar en formas de sobrevivir.

— Sra. Hera. — Giré sobre mis talones para ver mejor a la mujer. — ¿Sigue haciendo hamacas, cestas y otras artesanías que sus hijos venden en las islas vecinas?

— Sí, las hago, querida.

— Me preguntaba si podría ayudar. Mi padre y el barco se han ido, necesito encontrar otras alternativas.

— No me dan mucho dinero...

— Está bien. Por ahora sólo necesito algo de comer. Luego veremos qué podemos hacer.

— No se preocupe, señorita. — Me rodeó los hombros con los brazos y tiró de mí. — Cuidaremos de usted.

— Muchas gracias. — Apoyé la cabeza en el hombro de la mujer.

Tendría que lidiar con la falta de mi padre, pero podría encontrar una nueva forma de sobrevivir junto a la gente con la que había crecido.



Klaus

Capítulo veintitrés

Apoyé la barbilla en una mano mientras en la otra agitaba la pluma de oro que había heredado de mi padre.

Sabía que el orgullo era un sentimiento muy fuerte, pero no podía entender hasta qué punto llegaba hasta el punto de que no aceptara mi ayuda. Rhea podría haberme pedido muchas cosas, empezando por construirle una casa mejor y asegurarme de que no le faltara de nada para sobrevivir. Sin embargo, ella quería precisamente lo que yo no parecía dispuesto a ofrecerle.

La soledad tenía su lado positivo; si yo me había acostumbrado a ella, Rhea también podría hacerlo.

Había pasado una semana desde la última vez que la vi y la chica había cumplido su promesa: no había vuelto a llamarme. Estaba preocupado y durante varios momentos consideré la posibilidad de pedir a mi piloto que trajera comida y otros artículos de subsistencia. Podría hacer más, pero ella no quería...

Intenté desviar mis pensamientos cuando me di cuenta de que no podía concentrarme en nada más.

Yo había hecho mi parte, al menos intenté engañarme a mí mismo de esa manera.

Las obras del nuevo complejo ya habían comenzado y necesitaban toda mi atención. Esta empresa era mi mayor inversión y podía ser un gran legado.

— ¡Déjenme pasar! — oí una voz antes de que se abriera la puerta de mi despacho.

— Buenos días, Klaus. — Mi madre se detuvo delante de mi mesa con las manos en la cadera y mirándome con expresión seria.

— Lo siento, señor... — Hannah apareció detrás de ella con una media sonrisa y aire de torpeza por no haber podido evitar su brusca entrada.

— No pasa nada. — Sacudí la cabeza. — Puede dejarnos. — Hice un gesto y mi secretaria asintió, saliendo del despacho y dejándome a solas con mi madre.

— ¿Has venido a decirme que te vas de viaje otra vez? — Volví a dejar el bolígrafo sobre la mesa para no mostrarle mi preocupación.

— Vine porque quería estar contigo, pero no te has esforzado, hijo mío.

— He estado ocupado. Trabajando en el nuevo complejo...

— Te conozco bien, no tiene sentido decirlo. — Acercó una silla frente a mí, demostrando que iba a quedarse.

— ¿Cuándo fue la última vez que viste a amigos, viajaste, conociste gente nueva, tuviste sexo?

— ¡Mamá! — Apreté los dientes con rabia. — No tengo tiempo para tu discurso.

— El tiempo es una variable que ajustamos a lo que realmente nos importa.

— El complejo es importante. El dinero es lo que mantiene tus lujos...

— Tenemos mucho dinero, pero no es lo único que importa.

— ¿De verdad quieres decir que hay cosas más importantes mientras gastas decenas de miles cada mes en las facturas de tu tarjeta de crédito?

— No se trata de cuánto gastamos, sino de lo que nos aporta.

— Vale, mamá.

— Klaus, Sophia se ha ido.

— Ya lo sé. — Apreté los dientes, enfadándome aún más porque no quería tocar el tema. — Nadie lo sabe mejor que yo.

— Pero tú no.

— Mamá, si crees que puedes venir aquí con otra hermosa mujer y la historia se repetirá, te equivocas.

— Fue un accidente que no volverá a ocurrir.

— La verdad es que no. — Volví a coger el bolígrafo y empecé a apretarlo entre los dedos.

— Aún puedes ser feliz.

— Estoy contento. — Me encogí de hombros, tratando de zanjar el tema de una vez por todas. — Me encantaría tener una réplica de la pirámide de Guiza, pero no hay por qué apresurarse, puedes explorar Egipto todo lo que quieras antes de volver aquí.

— Deberías gastar menos energía en apartar a todo el mundo de ti. — Ella bajó los ojos como si estuviera molesta, pero era mi vida y yo tomaba las decisiones sobre qué hacer y cómo quería actuar. — Klaus...

— ¡Mamá, ya basta! Soy adulto y lo que haga con mi vida son mis decisiones, deja de pensar que puedes tomarlas por mí. Todavía era un niño cuando me presentaste a Sophia, pero muchas cosas han cambiado.

— De acuerdo. — Finalmente se dio cuenta de que sería mejor no insistir. — Estaré en mi habitación si quieres hablar conmigo.

— ¡Estupendo!

— Que tengas un buen día, hijo mío.

— Tú también.

Mi madre volvió al pasillo y yo me hundí en mi sillón de cuero.

Para mí era más fácil quedarme así. No quería arriesgarme a perder a nadie más. No podía prescindir de lo que no me pertenecía.



Rhea

Capítulo veinticuatro

Después del funeral de mi padre, de todo el llanto y el luto, pasaron los días y acepté que mi vida había cambiado. Afortunadamente, la gente de la isla no me dejó tan sola.

Corté unas patatas y las cociné en la pequeña cocina de leña de mi vecino. Hacía un mes que había pedido ayuda a la señora Hera y ella y su familia me habían acogido, al igual que los demás aldeanos. Catarina, la madre de Juliana, esperaba que su hija volviera a casa como yo, pero el tema era tan delicado que nadie quería tocarlo.

Agradecí no tener que hablar. Dejar salir el miedo, el trauma y la humillación abriría heridas dolorosas y también me haría pensar en Klaus. Aunque no podía evitar pensar en él en un momento u otro.

Así era mi vida. Había rechazado la oferta de irme a un lugar lejano y empezar de cero. Aunque en la isla todo era muy humilde, las familias me acogieron bien. Quizá podría interesarme por uno de los chicos de allí y tener la vida que había tenido mi madre.

— ¡Rhea! — Salí de mis pensamientos cuando oí que alguien me llamaba y me di la vuelta, viendo a uno de los hijos de Hera entrar en la pequeña casa cargando un conejo muerto.

— Pobrecito.

— Lo traje para nuestro almuerzo, logré atraparlo en el bosque cerca de la capilla. Me lo puso difícil, pero soy rápido — me sonrió.

— Fue cruel.

— Ya no soporto comer pescado. — Se encogió de hombros mientras colocaba el animal sobre el fregadero de la cocina. — Te sentará bien con la sopa.

— Mmm...

— ¿Te encuentras bien? — Se acercó, analizándome, y yo forcé una sonrisa.

Moví la cabeza afirmativamente.

— Todos echamos de menos a tu padre, pero me imagino lo difícil que es para ti.

— Hizo todo lo que pudo para intentar rescatarme.

— La policía tuvo que poner fin a estos matones. Pobre Juliana.

— Espero que ella también pueda volver a casa.

— Todos rezamos por ello.

— Ya que has traído el conejo, al menos puedes limpiármelo. No creo que pueda.

— ¡Déjamelo a mí!

— Gracias, Heitor.

— La verdad es que no. — Se encogió de hombros en tono de broma, puedes *echarle un ojo* a tus patatas.

El tema había terminado y me alegré. Aunque sabía que era algo que siempre me perseguiría.



Klaus

Capítulo veinticinco

Me serví un trago de whisky mientras recorría la habitación. Me acerqué a la ventana y vi un rayo cruzar el horizonte sobre el mar. Odiaba las tormentas porque me recordaban mi mayor trauma.

Cerré la ventana en previsión de la lluvia que podía caer y encendí la radio para distraerme de los ruidos.

Recordaba a Rhea por mucho que hubiera luchado por apartar su imagen de mi mente durante los últimos días. Luchaba contra el impulso porque no me creía digno, no sólo porque era mucho mayor que ella.

Si no se había vuelto hacia mí en todo ese tiempo, era porque estaba bien. No podía dudar de su capacidad de supervivencia porque había pasado toda su vida en aquella isla.

Fui a mi habitación y busqué mi teléfono móvil, que había dejado sobre la cama. Hacía mucho tiempo que el investigador no me enviaba un mensaje y eso no era buena señal.

Por mucho que intentara distanciarme de todo y de todos, había vivido aquel infierno durante un breve periodo de tiempo, lo que me bastaba para aterrorizarme y compadecerme de las personas que lo vivían.

Klaus:

¿Noticias?

Aristóteles:

Lo siento, pero no puedo hacer nada más.

Klaus:

¿Por qué no? Es tu trabajo.

Aristóteles:

Me capturaron. Fue un milagro que saliera vivo.

Klaus:

¿Quién?

Aristóteles:

Sé que tienes buenas intenciones, pero es mejor no involucrarse.

Klaus:

No puedes rendirte sin más.

Aristóteles:

Lo siento, señor, pero puede que ya no esté viva.

Intenté llamar, pero el investigador no contestó. Sabía que había delincuentes muy peligrosos, pero quienquiera que fuese, había dado un susto de muerte al hombre.

No quería abandonar a la amiga de Rhea, pero tampoco podía hacer mucho por mi cuenta.

Eso es lo que siempre pasaba, la gente moría...

Volví a mi vaso de whisky y me lo bebí de un trago, sintiendo cómo el líquido me quemaba en la garganta hasta asentarse en el estómago. Mi madre se había marchado a otro viaje y yo podía sentarme en mi típica soledad.

Me tiré en el mullido sofá y giré el vaso entre los dedos, viendo mi reflejo en la superficie de cristal. Mis ojos parecían pesados y mi pelo estaba ligeramente despeinado.

Sólo quería que todo ese peso pasara, pero ya debería haber aceptado que formaría parte de mí para siempre.



Rhea

Capítulo veintiséis

La mañana después de la lluvia me desperté con un fuerte sonido y apenas podía creer que fuera un helicóptero. Había aceptado que nunca volvería y cuando se trataba de él era así, Klaus siempre me apartaba, pero aquel sonido llenó mi corazón de esperanza.

Salté de la cama, me alisé el pelo, que debía de estar despeinado, y corrí a la playa. Quizá debería haberme arreglado un poco mejor, pero estaba tan ansiosa que no pude evitarlo.

Me quedé mirando el lugar en la arena donde Klaus solía parar el helicóptero, pero estaba vacío. Caminé un poco más hasta encontrar la aeronave que me había despertado. Era muy diferente y un poco más grande. De él descendieron siete hombres y...

— ¡Juliana!

En cuanto vi a mi amiga, me invadió una inmensa felicidad. Tuve la sensación de que podría tratarse de un espejismo después de todo este tiempo y de todo lo que pensé que podría haberle ocurrido.

— Estás bien — dije entre sollozos mientras la abrazaba.

— Tú también lo estás. — Me acarició el pelo como si estuviera feliz de verme. — Pensé...

— Klaus me sacó.

— ¿El hombre de la playa?

Asentí y retrocedí un poco para verla mejor. Su aspecto era tan diferente que, si no la conociera tan bien, ni siquiera la reconocería. Llevaba ropa cara y el pelo bien cortado y brillante. Tenía una sonrisa alegre que me hizo preguntarme si realmente habíamos vivido el infierno.

— Klaus dijo que tú...

— Estoy bien — me interrumpió — Os he echado de menos, pero estoy bien.

La vi sonreír cuando sus ojos se cruzaron con los de un hombre que la acompañaba. El tipo

era alto y tenía una expresión aterradora.

— Tiago, esa es Rhea.

— Hola. — Su voz también sonaba amenazadora.

Intenté no pensar en ello, dado lo que estaba viendo de Juliana, pero era difícil no preguntarse si estaría realmente bien.

— Ve a ver a tu madre — le dije. — No tengo mucho tiempo. Tengo que volver a Roma.

— ¿De vuelta a Roma? — me atreví a preguntar. — ¿No te quedas con nosotros?

— Vamos a casa de mis padres. — Juliana me rodeó con el brazo y me llevó a la casa donde se había criado.

— ¿Por qué no te quedas aquí? — insistí y ella levantó la mano, dejándome boquiabierto.

De todas las cosas que podía imaginar que le pasaran a mi mejor amiga, ésta era sin duda la menos probable.

— ¡¿No nos hemos visto en dos meses y ya estás casada?!

— Pasaron muchas cosas.

— Realmente lo parece.

— Te lo contaré más despacio. — Me rodeó los hombros con el brazo. — Me alegra mucho ver que a ti también te va bien.

— No mejor que tú. — Me reí, pero nuestro momento de relajación se interrumpió cuando Catherine apareció en la puerta.

— ¡Juliana!

— Hola, mamá.



Klaus

Capítulo veintisiete

Esa noche en concreto íbamos a dar un concierto con un artista pop que estaba en auge en ese momento y el evento había atraído a invitados de todo el mundo. Nuestras habitaciones estaban prácticamente llenas y los ingresos habían compensado la tarifa.

El escenario se había montado cerca del complejo de piscinas para que la gente pudiera bañarse mientras veía el espectáculo. Me paseé por la estructura, charlando con los técnicos y asegurándome de que todo estaba en orden para que empezara en unos instantes. Mientras tanto, los invitados ya se amontonaban ansiosos.

Iba a volver a mi piso antes de que empezara el follón, aunque sabía que lo oiría desde allí. Me pasé la mano por el pelo, echándolo hacia atrás, y consulté la hora en mi reloj de pulsera.

— En diez minutos habremos terminado la prueba de sonido y estaremos listos para empezar — dijo uno de los miembros del equipo.

— De acuerdo. — Sacudí la cabeza mientras me alejaba del escenario.

Bajé una pequeña escalera y salí a la multitud. Distraído por mis propios pensamientos, intentaba encontrar el camino de vuelta al edificio cuando vi lo que parecía una figura.

— ¡Rhea!

Por imposible que pareciera, volví la cabeza y la busqué entre la multitud. El vestido blanco que llevaba, que se movía con sus pasos, me dio la sensación de que era producto de mi imaginación.

Evitaba tanto pensar en ella que mi propio cerebro me empujaba hacia atrás con imágenes aún más vívidas.

Aunque no creía que fuera realmente ella, pasé por delante de la gente, pidiendo permiso para abrirme paso, y la seguí hasta la playa.

La luna llena se reflejaba en el mar cuando la vi de espaldas, mirando al océano y casi me arriesgué a acercarme demasiado para asegurarme de que era real.

— Rea....

— ¡Hola, Klaus! — Se giró para mirarme y me di cuenta de que era realmente ella.

Pensé que estaba soñando, pero era real.

—Estás ocupado…

— Hoy hay un concierto importante. — Me metí las manos en los bolsillos del pantalón mientras seguía mirándola.

— No quiero estorbar. — Se frotó las manos, mostrando lo tensa que estaba.

— ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

— Juliana me ayudó con un aventón

— Espera, Juliana, ¿esa amiga tuya? — Me quedé de piedra ante otra sorpresa de la noche.

— Sí.

— Ella...

— Vale, pero es una larga historia.

— Me alegro. ¿Es eso lo que tenías que decirme, que tu amiga está bien?

— Bien... — Esbozó una sonrisa forzada y parecía completamente fuera de sí. — No creo que hoy sea un buen momento. De hecho, ni siquiera sé por qué he venido. Es que... no importa. — Sacudió la cabeza, confusa. — Buen espectáculo. — Saludó y empezó a caminar por la playa.

La miré mientras se alejaba, su vestido blanco ondeaba con sus movimientos y estaba más guapa que nunca.

Mi corazón se aceleró y sentí un extraño sabor amargo en la lengua.

— ¡Rhea! — la llamé, haciendo que se girara hacia mí.

— ¿Qué ocurre?

Sentí una sensación de tensión y, aunque estábamos al aire libre, el ambiente parecía más pesado que nunca.

— ¿Cómo volverás a casa?

— No te preocupes. — Ella esbozó una sonrisa que más bien parecía una mueca y se encogió de hombros. — Me las arreglaré.

— Puedo preguntarle a mi piloto...

— Estará más interesado en el espectáculo. — Me saludó de nuevo. — Nos vemos cualquier día.



Rhea

Capítulo veintiocho

Cuando Juliana se ofreció a llevarme a la isla turística de Klaus, debería haber pensado inmediatamente que era la peor idea del mundo. Le echaba de menos, pero ese era un sentimiento que debía guardarme para mí, encerrarlo con los demás dolores que tenía en mi vida.

Me di la vuelta, dándole la espalda. No quería volver a mirarle, porque estaba conteniendo las lágrimas e intentando por todos los medios no romper a llorar ante una situación que sabía perfectamente cómo iba a acabar.

Esta vez tuve que aceptar los hechos de una vez por todas y dejar de fantasear.

Siempre había transportistas que llevaban a la gente de una isla a otra. Quizá pudiera convencer a uno de ellos para que me llevara de vuelta a casa a cambio de limpieza o algún otro servicio.

Dio pasos medidos sobre la arena, pensando en lo que iba a hacer. Sin embargo, era difícil pensar con el corazón apretado.

¡No debería haber venido! Luché conmigo mismo en mis pensamientos.

— ¡Rhea! — Oí a Klaus llamándome y su voz estaba demasiado cerca.

Cuando me di la vuelta, me sobresalté al darme cuenta de que estaba a escasos centímetros de mí. Su respiración agitada terminó por acelerar aún más la mía.

— ¡Quédate!

— Yo no...

Mi discurso quedó completamente anulado por el peso de sus labios y la presión de sus brazos envolviéndome con fuerza. Cuando me apretó contra su pecho, no quise decir ni una palabra más. Cualquier reticencia se disolvió sobre su boca. Hundió su lengua en la mía y me quedé completamente paralizada cuando me agarró del pelo y me dominó de tal manera que no pude pensar en nada más.

Tras el susto inicial, subí las manos por sus hombros y le rodeé el cuello, acercando mi

lengua a la suya para devolverle el beso. Klaus me agarró con más fuerza y me di cuenta de que apretaba la tela de mi vestido mientras me subía la mano por la espalda y luego la bajaba hasta la cintura, provocándome escalofríos.

Se apartó unos segundos, sujetándome la cara con las manos mientras los dos nos quedábamos sin aliento. Mientras sus ojos azules me miraban fijamente a la luz de la luna, sentí que no podía desear nada más.

— Quédate a ver el espectáculo conmigo.

Asentí rápidamente, sin importarme lo poco razonable que estaba siendo.

Klaus me echó la cara hacia atrás y solté un gemido bajo cuando me mordisqueó el labio inferior antes de volver a besarme. Cada vez lo hacía con más urgencia. Sentía que me iba a volver loca y, al mismo tiempo, le rogaba que no parara.

Se movía buscando el mejor ajuste mientras me apretaba de una forma que me hacía desear más. Mientras sus manos recorrían mis contornos, dejando mi cuerpo caliente y haciéndome anhelar más.

Eché la cabeza hacia atrás en busca de aire cuando mi respiración se agotó por completo y Klaus me mordisqueó el cuello, haciendo que mis ojos se entornaran y yo soltara un gemido ahogado mientras mordisqueaba y chupaba mi sensible piel.

Era maravilloso estar entre sus brazos, la presión moderada, las caricias intensas y los besos casi hambrientos.

Me moví para que mi boca volviera a estar en el lugar correcto.

Klaus apretó más mi cuerpo contra el suyo. Deslizó las manos hasta mi culo y presionó, arrancándome otro gemido y haciendo aún más intenso el palpitar entre mis piernas.

Le pasé las manos por la nuca y enredé los dedos en su suave pelo, intensificando el beso que no quería parar nunca. Cuanto más íntima e intensamente me tocaba, más lo deseaba.

— ¡Klaus! — susurré contra sus labios mientras me frotaba contra sus manos, que seguían en mis nalgas.

— Estoy yendo demasiado lejos. — Jadeaba cuando apartó la cara para mirarme a la luz

de la luna, pero sus manos seguían rodeándome.

— No... — Tiré un poco más fuerte de su pelo mientras aspiraba aire para llenar mis pulmones y casi me atraganto. — Sigue... Quiero hacerlo.

No tuve que volver a hablar para que él volviera a tomar mi boca con avidez. Hundió su lengua en la mía y exploró cada rincón. Seguí mis instintos, moviéndome en busca del ajuste perfecto mientras sus manos delimitaban mi cuerpo, apretándome el culo y dibujando mis contornos.

Mi corazón se aceleró y me quedé sin aliento y sedienta cuando deslizó una de sus piernas entre las mías, estirando la tela de mi vestido. Era maravillosa la forma en que me tocaba y me hacía sentir como en el cielo al mismo tiempo que experimentaba todo el calor del infierno.

Sentí su erección, que al principio me asustó un poco, pero pronto aumentó aún más mi deseo y pensé en todo lo que podía experimentar más allá de lo que ya estaba sintiendo.

Mientras seguía besándome, Klaus apartó una de sus manos de mi trasero y la movió hacia delante, sacando su pierna de entre mis piernas.

Me subió la falda lo suficiente para meterme la mano entre los muslos y jadeé contra sus labios cuando sentí que me tocaba las bragas. Las pulsaciones se hicieron más fuertes y me di cuenta de que la tela estaba completamente mojada. Deslizó su dedo sobre la fina capa que protegía mi coño y me volví loca.

Fuera lo que fuera lo que pretendía hacer, no quería que se detuviera, pero entonces Klaus apartó la mano y me sujetó por la cintura para que no me cayera.

Solté un gritito de protesta y él apoyó su frente en la mía para mirarme.

— Mira lo que estoy haciendo... — Parecía estar castigándose mentalmente mientras decía esas palabras.

— Está bien... — Todavía estaba lleno de deseo y no podía pensar con claridad.

— Rhea, nosotros no...

— ¿Por qué no? — No podía entender su reticencia, no había ninguna razón clara por la que no pudiéramos involucrarnos así.

Yo ya era una mujer y él un viudo que podía seguir con su vida.

— Tú... — Antes de que pudiera decir algo con lo que no estuviera de acuerdo, le puse el dedo en el labio y le hice callar.

— Te quiero a ti.

Me apartó la mano y me sujetó la cara, apoyando las palmas de las manos en mis mejillas y volvió a besarme, esta vez un poco más castamente, pero no con menos intensidad. De todas las cosas que había probado en mi vida, aún no había experimentado un sabor mejor que el de aquellos labios.

Klaus volvió a interrumpir el beso y me acarició, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

— Quiero que te quedes.

— ¿Aquí?

Asintió con la cabeza.

— ¿No va a dejarme ir para que tus empleados puedan vigilarme? — Entrecerré un poco los ojos mientras lo analizaba.

Una vida solitaria en la isla sin mi padre era mejor que quedarme allí sintiendo que no se preocupaba por mí.

— Te prometo que seré yo quien cuide de ti.

— Si es así, me quedaré. — Sonreí mientras tiraba de su cara y le obligaba a besarme de nuevo.

Estar allí, en brazos de Klaus, me envolvió en una pequeña burbuja de felicidad en medio de toda la tragedia por la que ya había pasado.

Sólo quería que ese momento no acabara nunca.

Me llevó de vuelta a la piscina, donde el espectáculo ya había comenzado.



Klaus

Capítulo veintinueve

Después del accidente, de casi morir y de empezar a ver la vida de otra manera, pensé que no debía acercarme a la gente y, con el tiempo, empecé a sentir que sólo hacía daño a todos los que me rodeaban. Me daba pavor y alejaba a todo el mundo, pero ya no podía alejar a Rhea.

¿Y lo necesitaba?

Quizá mi madre tenía razón y podía permitirme involucrarme de nuevo. Experimentar una nueva relación. Rhea me hacía sentir bien y vivo, y valoraba mi mera presencia más de lo que yo podría ofrecer.

La música retumbaba y los cuerpos de los invitados se agitaban al compás cuando llegué con Rhea cerca del escenario.

Había mucha gente y yo suelo evitar a toda costa los ambientes concurridos, pero ella parecía estar disfrutando, bailando conmigo, y me dejé involucrar. Poco a poco me fui soltando, abandonando todo mi retraimiento para permitirme un nuevo tipo de diversión.

No dejaba de mirar cómo brillaba, cómo las luces del escenario se reflejaban en su vestido y lo hacían parecer multicolor. Rhea había pasado por cosas terribles, había sido víctima de la trata de personas, había perdido a su padre, pero aun así era capaz de sonreír y darse cuenta de las cosas buenas. Probablemente fue una buena lección para mí, que había pasado mucho tiempo de luto.

Me cogió la mano y me hizo moverla de un lado a otro. Le sonreí, lo que hizo que ella sonriera aún más mientras me ponía las manos en los hombros y las frotaba contra mi cuerpo.

La chica era preciosa y mentiría mucho si dijera que no me sentía atraído por ella cada vez que estábamos juntos. Casi la masturbé en el muelle, donde cualquiera podía vernos.

Sentí que tenía que controlarme, pero al mismo tiempo ella parecía abierta a cada uno de mis avances.

— No bailas tan mal. — Me sonrió.

— ¿Intentas complacerme?

— Siempre.

Bordeé su cara con la punta de los dedos y la acerqué para besarla. Desde mi matrimonio, mis empleadas no me habían visto con nadie. En los raros momentos en que me dejaba involucrar con otra mujer, trataba de ser discreto. De alguna manera pensaba que podría ser juzgado. Con Rhea, sin embargo, no parecía preocuparme demasiado.

Mientras bailábamos, empecé a darme cuenta de que era posible permitirme ser. Siempre había creído que podía haber una razón por la que había sobrevivido al accidente. Pensaba que era mucho más oscura y punitiva, pero quizá fue gracias a ella.

Si yo no hubiera estado vivo, si no nos hubiéramos conocido y si no me hubiera sentido responsable, puede que Rhea nunca hubiera sido rescatada de aquellos bandidos.

El ritmo de la música se hizo más intenso y ella empezó a saltar, haciéndome mover con ella.

No recordaba la última vez que había disfrutado de una fiesta y había sudado sólo de bailar.

Cuando el ruido se hizo un poco más tranquilo, extendí la mano y pedí al camarero que nos trajera una copa. Dirigí a Rhea a una de las mesitas auxiliares y la hice sentarse un rato mientras yo me recomponía.

— Sabes cómo divertirte. — Se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás y resaltando los rizos que la hacían aún más bella y espontánea.

— Me alegro de que pienses así.

— Modesto.

— Creo que eres la única que me ve así.

— Cuando está conmigo sin ningún empleado. — Miró a un lado y a otro como si buscara a alguien y, al no encontrar a nadie, puso la mano sobre la mesa, cubriendo la mía.

— Siento todo lo que has pasado.

— No pasa nada. — Se encogió de hombros y me acarició el dorso de la mano con cariño, haciéndome fijarme en sus ojos marrones, que tenían un brillo que me encantaba cada vez más.

Había una parte de mí que tenía miedo de dejarlo pasar. Había experimentado la pérdida una vez y no quería repetirla, pero al mismo tiempo hacía años que no me sentía tan bien y esa ligereza y alegría me tentaban demasiado como para seguir luchando.

Me incliné sobre la mesa y estaba a punto de besarla en los labios cuando se acercó el camarero, haciéndome apartarme. Puso las bebidas sobre la mesa y asintió.

— Gracias, Rhea. — Rhea sonrió.

— En absoluto.

Cogió el vaso y bebió un sorbo, aparentemente divertida por el paraguas de papel en el borde.

— Siempre me ha hecho gracia.

— Es sólo para decorar.

— Sigue siendo genial.

— Ja. — Le sonreí, liberándome de las ataduras que me impedían disfrutar más del momento.

Cuando terminamos nuestras copas, Rhea me sacó a la pista de baile para que volviera al ritmo de la música.

Miró al cielo cuando nos dimos cuenta de que empezaba a amanecer.

— Creo que tengo que irme. — Se pasó una mano por el pelo y se colocó un mechón detrás de la oreja.

— ¿Irte?

— Pronto saldrá el sol y probablemente necesites descansar para ir a trabajar dentro de unas horas y...

— ¿Hay algo que hacer en la isla?

— No acordé nada, pero...

— Entonces quédate aquí —la interrumpí de nuevo.

— Pero estarás ocupado.

— Puedo posponer mis citas y pasar el día contigo.

— ¿Y tú? — Le brillaron los ojos.

— Sí. — Alargué la mano para acariciarle la mejilla con la punta de los dedos.

Iba a decir algo, pero acabó bostezando.

— ¿Tienes sueño?

— Sólo un poco.

— Entremos en el hotel.

— ¿Vas a volver a ponerme en una habitación de invitados? — Frunció los labios y me pregunté por qué le molestaba, pero pronto me di cuenta de que era obvio que quería estar cerca y no había razón para apartarla.

— El hotel está lleno debido al espectáculo.

— ¡Ah!

— ¿Te importaría quedarte en mi piso conmigo?

— No. — Esbozó una sutil sonrisa y se me revolvió el estómago de expectación.

No quería cruzar la línea con ella, pero al mismo tiempo los deseos eran inevitables.

— Venga, vamos. — Le tendí la mano y la llevé por el hotel hasta mi piso.

Rhea no dudó, siguiéndome a cada paso hasta que llegamos a mi puerta. La desbloqueé con mi huella dactilar y la hice pasar.

— Hay bebidas en la nevera... — señalé mientras encendía la luz. — Siéntete como en casa.

— Gracias. — Se encogió, frotándose las manos.

— Voy a darme una ducha. — Estaba todo sudado después de haberla atendido toda la noche y necesitaba lavarme antes de acostarme. — Puedes dormir en mi cama, yo me arreglaré aquí en el sofá.

El sofá era muy cómodo y ya me había quedado en él unas cuantas veces porque me daba pereza levantarme. No sería ningún sacrificio pasar la noche allí.

— Klaus... — Me agarró de la muñeca y me hizo mirarla.

Sentí que el corazón se me aceleraba al recorrer sus ojos de pupilas dilatadas y labios entreabiertos como si me pidiera más besos. Podía estar delirando, pero oía palabras que no se pronunciaban, o tal vez era mi simple necesidad de tener más de ella.

— Rhea... — Le toqué la cara con la mano libre y ella asintió.

Tiré de ella por la barbilla y acerqué su boca a la mía, embriagándome con su dulce sabor mientras mi lengua buscaba la suya.

Cuando Rhea me soltó la muñeca, rodeé su cintura con los brazos, recorriendo su delicado cuerpo y envolviéndola en mí.

Mis deseos rugían, latían salvajemente y mi deseo de poseerla se hacía aún más intenso.

Desplacé mi boca por el lateral de su cara hasta su oreja y mordisqueé el lóbulo, haciendo que se retorciera entre mis brazos.

— Klaus... — Dejó escapar un gemido ahogado mientras me apretaba los hombros con las uñas.

Me excitaba, cada vez me moría más por tenerla en mi cama, pero mi racionalidad aún era lo bastante fuerte como para impedirme ceder a mis impulsos más salvajes.

— No voy a hacer nada que no quieras — le susurré al oído.

— Quiero...

Rhea quizás no entendió el peligro de esas palabras.

— No hay vol... — Empecé a hablar, pero ella me tapó la boca con la suya, silenciándome, y cualquier noble intención se disolvió.

Le pasé las manos por la espalda, a lo largo de la nuca y le agarré el pelo rizado, arrancándole un sutil suspiro mientras echaba la cabeza hacia atrás y le acariciaba el cuello, haciendo que apretara aún más los dedos en torno a mis hombros.

Tenía sed de ella al mismo tiempo que tenía que contenerme al recordar que Rhea era virgen.

Vi cómo sus pechos empezaban a subir y bajar con más agilidad mientras mi boca descendía hasta su escote. Lamí el valle entre sus pechos y ella dejó escapar un fuerte sonido inconexo. Mi mano se soltó de su pelo y tiró del tirante de su vestido. Chupé el pezón que acababa de dejar al descubierto. Era dulce y se puso cada vez más rígido bajo el contacto de mi lengua.

— Klaus... — susurró mi nombre suavemente y parecía completamente rendida a lo que estaba a punto de hacer.

Mi polla palpitaba con más fuerza dentro de mis pantalones, abultando la tela hasta el punto de apretarme demasiado.

La apreté contra la puerta, chupando con más fuerza y haciendo que Rhea emitiera aún más gemidos y sonidos inconexos. Tiré de la otra correa y dejé ambos pechos al aire, haciéndolos rebotar ante mis ojos. No eran excesivamente grandes, pero tenían un satisfactorio tamaño natural que me hizo salivar y me hizo desear chuparlos aún más.

Hundí mi boca en ellos, embriagado por el olor del océano en su piel. Los rodeé con la lengua, chupando y mordisqueando, dándome cuenta de los efectos que cada una de mis caricias tenía en ella.

La rodeé por la cintura y abrí el lazo que sujetaba el vestido a su espalda, aflojándolo para poder tirar de él hasta el suelo. Dejándola sólo en bragas.

Retrocedí para observar su cuerpo, esta vez permitiéndome ser más lujurioso que cuando la había rescatado de Red Island. No tuve que contener mis deseos, que se intensificaron a medida que escudriñaba cada una de sus curvas hasta llegar a sus bragas de algodón.

— Eres preciosa... — murmuré antes de besarla de nuevo.



Rhea

Capítulo treinta

Klaus ya me había visto semidesnuda antes, pero esta vez me sentía mucho más cómoda y consciente de lo que iba a hacerme. Estaba preparada para el sexo y lo deseaba.

Tal vez nunca se lo admitiría, pero había soñado con ese momento varias veces, esperando descubrir cómo sería cuando por fin me tomara entre sus brazos. Su boca explorando cada parte de mi cuerpo solo me hacía desear más y me hacía palpitar de deseo.

Con cada trozo de mi piel que cubría con sus labios, el otro sentía celos y esperaba ansioso su turno.

Deslizó los dedos por el lateral de mis bragas y levantó la cabeza, buscando mi mirada mientras se burlaba de mí, moviéndose de lado a lado, tirando del elástico.

— ¡Quítamelo! — pedí, sintiendo que la tela se humedecía cada vez más y que el palpitar entre mis muslos se volvía desenfrenado.

Aún no podía entender cómo el deseo de sentir algo dentro de mí podía ser tan fuerte, pero Klaus estaba a punto de demostrármelo.

— ¿Es eso lo que quieres? — Me miró fijamente mientras sus dedos tiraban del elástico.

Me limité a sacudir la cabeza, asintiendo, con los labios entreabiertos donde sólo podía emitir ruidos irreconocibles.

Me bajó las bragas, haciendo que resbalaran hasta el suelo, cayendo sobre mi vestido. Pensé que mi primer impulso sería cerrar las piernas, pero las separé un poco más, permitiéndole el acceso.

Klaus me miró sin contemplaciones y me pasó la mano por el interior del muslo, acelerando mis palpitaciones hasta que me tocó directamente. Eché la cabeza hacia atrás y gemí en el instante en que su dedo entró en mí.

Yo estaba cada vez más mojada mientras él deslizaba su dedo dentro y fuera de mí. No podía dejar de gemir por la sensación, pero había necesidad de más, como si un dedo no fuera

suficiente.

Klaus apartó su mano de mí y me hizo chillar en señal de protesta.

— Creo que voy demasiado vestida por el momento.

— Sí. — Me recompuse, cogí el dobladillo de su polo y tiré de él hacia arriba.

Cuando la prenda cayó al suelo, pude examinar su cuerpo, los músculos bien definidos y la piel bronceada mientras Klaus se deshacía de la parte inferior de su ropa, dejándola en el suelo junto con mi vestido.

— Ven a la cama. — Me tiró de la cintura y me llevó a su dormitorio.

Estaba completamente entumecida cuando me tumbó sobre las suaves almohadas y se acomodó entre mis piernas.

Klaus me sujetó la cara y me mordisqueó el labio inferior antes de volver a besarme. Su lengua hizo que mi deseo volviera a hervir mientras su otra mano se deslizaba por mi muslo, sus dedos presionando mi piel. Cedí fácilmente al impulso de frotarme contra él, suplicándole más, salvo que él estaba siendo mucho más paciente que yo.

Se retorció un poco y sentí que su miembro rozaba mi entrada, sólo que se quedaba fuera, sin penetrar. Mi deseo se volvió desesperado y solté un gemido agudo, apretando su espalda mientras él empezaba a moverse, frotándose.

— ¡Klaus! — Rodeé su cintura con mis piernas en un movimiento completamente involuntario.

— ¿Es así? — Dejó de besarme para morderme la oreja.

Completamente a merced de los efectos, lo único que pude hacer fue mover la cabeza afirmativamente.

Las pulsaciones y los latidos crecían a medida que se frotaba. Yo sudaba cada vez más y me moría por sentir más. Hasta que mi cuerpo explotó, la creciente tensión se disipó, apoderándose de cada una de mis venas.

Empecé a gemir más fuerte y él me animó.

Había sido maravilloso, pero sentía y esperaba que nuestra velada no acabara ahí.

— Ahora vuelvo. — Se bajó de mí cuando aún me estaba recuperando del torbellino y le vi acercarse a uno de los muebles y coger algo.

No era tan ingenua como para no saber lo que era un preservativo. Miré hasta que se lo puso en su polla y volví a la cama.

Klaus volvió a acomodarse sobre mí y tiró de mi barbilla. Disfruté del sabor casi mágico de su boca mientras volvía a sentir su roce contra mí. Sólo que esta vez estaba muy cerca de la entrada. Una nueva oleada de ansiedad me recorrió cuando apretó el gatillo.

Grité del dolor que no esperaba y Klaus se detuvo.

— Te va a doler. — Me advirtió con voz seria. — Puede que no te quite la virginidad si no quieres. Hay demasiado que hacer sin que te penetre.

— Quiero hacerlo. — Era mi turno de sostener su cara. — Siempre quise que fuera contigo.

— Voy despacio. Si duele demasiado, paro.

Asentí con la cabeza. Sabía que el dolor era sólo de la primera vez y que podría soportarlo para tener otras noches de placer con él.

— Vamos... — Supliqué, jadeando.

Klaus me penetró a la fuerza y yo arqueé la espalda cuando por fin desgarró mi virginidad. Contuve el grito de dolor para no asustarle e intenté acostumbrarme a la sensación de tenerle dentro.

Se colocó sobre mí y volvió a besarme. Su lengua bailando con la mía me hizo relajarme. Hasta que empezó a moverse de nuevo. El dolor seguía ahí, pero se hizo menos significativo a medida que volvía el placer.

En medio de sus besos, volvió a acariciarme el cuerpo, a apretarme los muslos y los pechos y pronto me vi de nuevo envuelta en el momento y disfrutando de él. Su cuerpo moviéndose contra el mío era delicioso.

Mis pezones estaban sensibles por la cantidad de estimulación que habían recibido, y cuando entraron en contacto con su pecho, me dieron más placer. Con el tiempo, el ardor de mi canal no me impidió sentirme bien.

Klaus apoyó una mano en la cama y me tocó directamente el clítoris con la otra. Cuando empezó a estimularlo, solté un fuerte gemido y el dolor desapareció momentáneamente. Sus embestidas dentro y fuera de mí, unidas al movimiento de sus dedos, me llevaron a un nuevo clímax.

Se dio cuenta, pero siguió avanzando. Pronto me di cuenta, por su expresión, de que él también se había corrido.

Permaneció de pie junto a mí unos minutos hasta que se levantó y atravesó una puerta que imaginé que era el cuarto de baño. Me desplomé sobre la cama. Estaba tan indefensa como si me hubiera atropellado un camión, pero al mismo tiempo era la mejor sensación del mundo.

Cuando Klaus regresó. Se tumbó a mi lado y me estrechó entre sus brazos.

Estaba tan agotada y el día ya había amanecido que pronto me dormí sin darme cuenta.



Klaus

Capítulo treinta y uno

Cuando oí un ruido, abrí los ojos lentamente y tardé un rato en darme cuenta de que era mi teléfono móvil.

Rhea seguía en mis brazos y me estiré para recoger el aparato antes de despertarla.

— ¿Qué me pasa? — murmuré, aún somnoliento.

Estaba agotado por el baile, el sexo, pero completamente dispuesto a volver a hacerlo.

— Señor...

— ¿Hannah? — Tardé un rato en reconocer la voz de mi secretaria.

— Aún no te has presentado a trabajar, pensé que algo podría ir mal. ¿Tienes la voz rara, te encuentras mal?

— Estoy muy bien. — *Agotado, pero genial*, añadí pensativo.

Busqué el rostro de Rhea y me di cuenta de que me estaba mirando. Sonrió discretamente y me incliné para darle un beso rápido.

— ¿Vienes ya a la oficina? — preguntó Hannah al otro lado de la línea, recordándome que estaba allí.

— Hoy no.

— ¡No! — Pude ver la conmoción en su voz.

— Cancela mis citas, hoy no voy a trabajar.

— Pero...

— Tengo otros planes, Hannah.

— ¿Estás seguro de que el trabajo...

— Imagino que podré solucionar lo que me surja y, si no puedo, lo dejaré para mañana.

— Nunca haces eso, bueno nunca desde...

No la dejé terminar la frase. No quería hablar de Sophia ni de su muerte, sobre todo cuando era feliz después de tanto tiempo.

— Ya está, luego hablamos. — Desconecté la llamada sin esperar su respuesta.

— ¿De verdad no vas a trabajar? — me preguntó Rhea cuando me estiré para dejar el móvil en la mesilla de noche.

— Cumplo mis promesas.

— Eso me gusta. — Sonrió mientras se estiraba.

Habíamos dormido muy poco, pero no me di cuenta de que volveríamos tras el inesperado despertador.

— Necesito coger mi vestido. — Intentó levantarse de la cama, pero tiré de ella.

— ¿Por qué?

— Yo... — Sus mejillas se sonrojaron.

— Nada que no me guste ver. — Le lamí el cuello, haciendo que se estremeciera.

— ¿Quieres pasar todo el día en la cama conmigo?

— ¿Tan buena idea es? — Torcí los labios mientras mis ojos bajaban, recorriendo la línea de su cuello, la parte exterior de su cuerpo hasta encontrar sus pechos.

Los pezones ya no estaban tan erectos como por la noche, pero eso podía arreglarlo.

No había imaginado que tener sexo con ella me haría sentir tan vivo. Era como si volviera a mis veinte años, sin traumas, preocupaciones ni dolor, simplemente disfrutando de todo lo mejor que la vida podía ofrecerme.

— No, no es... — Deslizó la mano por mi pecho y me agarró del cuello, tirando de mí hacia ella y besándome.

Esa boca delicada, suave y sabrosa era algo que sin duda quería disfrutar durante el resto del día.

A Rhea le rugió el estómago y se encogió.

— Creo que tienes hambre.

— Lo siento. — Estaba avergonzada.

— No tienes que disculparte por eso. Traeré algo de comer. — Descolgué el teléfono e hice una llamada a la cocina, pidiendo que me sirvieran el desayuno en mi habitación.

— Eso está bien. — Se rió entre dientes.

— Comodidades de vivir en un hotel.

— É...

Me levanté de la cama y Rhea giró en redondo, siguiendo mi mirada.

— ¿Adónde vas? La comida no llegará tan rápido.

— Voy a prepararnos un baño. — Entré en el cuarto de baño y encendí la bañera, haciendo que se llenara de agua caliente mientras me ponía una bata.

No tardé en oír que alguien llamaba a la puerta. Entré en el salón y me encontré con un hombre que empujaba un carrito con un gran desayuno.

— ¿Necesita algo más, señor?

— No, gracias. — Asentí y volvió al pasillo.

Cerré la puerta y empujé el carrito conmigo, pasando por delante de la habitación donde Rhea estaba sentada a la mesa.

— ¡Vaya, eso es mucha comida!

— Ya no te rugirá la barriga — bromeé.

Frunció el ceño, pero al mismo tiempo se echó a reír.

— Gracias. — Jugueteó con su pelo, que estaba un poco revuelto, intentando alisarlo. — ¿Comemos antes o después de la ducha?

— ¿Y durante?

— ¿Durante? — Frunció el ceño.

— Sí. Dejaré el cochecito cerca de nosotros. Venga conmigo. — Le hice un gesto para que me siguiera.

En cuanto hube acomodado nuestra comida junto a la bañera redonda y espaciosa, le ofrecí mi mano y ayudé a Rhea a ponerse cómoda conmigo mientras nos envolvía el agua cálida y relajante.

Me encantaría quedarme allí hasta que se me arrugaran los dedos, pero hacía tiempo que no tenía una compañía agradable.

Sonreí al verla divertirse con la espuma.

— Huele bien.

— Me gustan estas sales y esencias.

— ¿Te agrada? — Sostuvo un puñado de espuma entre las manos y olfateó.

Me sequé las manos en una toalla en el borde de la bañera y cogí un vaso de zumo, dándoselo a Rhea y otro a mí.

Bebió un largo sorbo antes de dejarlo a un lado y señalar las tortitas del carrito.

— ¿Puedo?

— Son para nosotros. — Le di la toalla y dejé que se secara la mano para coger la comida.

Rhea lo llenó de mermelada y se lo comió con gusto.

Sabía que la vida que llevaba con su padre era difícil, porque yo ya la había experimentado durante un breve periodo hasta que recuperé la memoria y regresé a casa. El orgullo de Pedro nunca me permitió ayudarles, pero después de involucrarnos así, esperaba poder darle una vida mejor.

Cogí un racimo de uvas y empecé a masticar mientras la miraba fijamente.

Tan hermosa, tan joven...

Era difícil imaginar todo por lo que había pasado.

Probablemente por eso me sentía mucho más atraído por ella que por la idea de cualquier

pretendiente que mi madre pudiera ofrecerme. Rhea había compartido conmigo momentos difíciles, me había cuidado cuando ni siquiera sabía quién era y me había ofrecido lo mejor de sí misma.

Yo también la había rescatado.

A todas luces, sentía que había una fuerte conexión entre nosotros, más intensa de la que podía compartir con otras mujeres. Me había resistido porque creía que necesitaba estar sola, pero quizá no fuera así.

Rhea dio otro sorbo a su zumo y cuando apartó el vaso vi que tenía un poco de mermelada en la comisura de los labios.

Me incliné hacia ella y le pasé el dedo por el lateral de los labios, haciendo que abriera los ojos y los mantuviera fijos en mí.

— Estaba sucio.

— Gracias.

Me quedé mirándolas, delicadas y a la vez muy seductoras, hasta que me entraron ganas de besarla y no pude resistirme. La agarré de la cara y acabé con la distancia entre nuestras bocas.

Rhea se rindió al momento, acercó su lengua a la mía y me hizo intensificar el contacto hasta que hundí las manos en el agua y tiré de ella hacia mi regazo. Me rodeó el cuello con los brazos y siguió besándome.

Intensifiqué mi búsqueda de ella, esperando más de sus reacciones y la deliciosa fricción de tener su cuerpo sobre el mío.

Era imposible no empalmarse con ella desnuda en mi regazo. Luché contra cada reacción, cada impulso, hasta que me di cuenta de que era inútil. Hundí una de mis manos en su pelo, que ya estaba bastante mojado, y el beso se convirtió en una peligrosa mezcla de deseo y anhelo.

Se retorció en mi regazo mientras mi polla palpitaba bajo ella y mi deseo se hacía aún más fuerte.

Nuestras bocas se separaron brevemente en busca de aire y Rhea se atrevió a besarme el cuello. Cuando me mordió la garganta, por reflejo le tiré del pelo, pero la animé a continuar.

Así que me parecía completamente imposible mantenerme a raya y no ceder demasiado al deseo. Podía haberme aislado, evitado todo y a todos durante mucho tiempo, pero eso nunca significó que fuera una santa.

— Te quiero otra vez. — Tiré de su cabeza y acerqué mi boca a su oreja.

— Yo también lo quiero. — Se frota con más fuerza contra mí, agitando el agua a nuestro alrededor y animándome más de la cuenta.

Debería haber sido racional, haber actuado adecuadamente, llevábamos una noche de sexo, pero mis impulsos no me permitieron levantarla de mi regazo y dejar la bañera tras el preservativo más cercano.

Sin mucha ceremonia esa vez, moví mi mano, levanté un poco su cintura y me deslicé dentro de ella.

Rhea chilló y me apretó.

— ¿Te duele? — Me preocupaba haber sido demasiado atrevido.

— Sólo un poco. — Inclinó su cuerpo sobre el mío y se quedó quieta.

La agarré por la cintura y estuve a punto de quitármela de encima. No pretendía hacerle daño, pero detuve mis manos allí mismo cuando ella empezó a moverse lentamente. Sentir su canal apretándome y envolviéndome cada vez que subía y bajaba era maravilloso.

Apoyé la espalda en el borde de la bañera y me permití gemir con ella.

Ver sus pechos moverse, envueltos en espuma, la hacía aún más sexy y aumentaba mi excitación. No me atreví a guiarla, por mucho que quisiera ir aún más rápido, dejé que Rhea dictara la velocidad, moviéndose arriba y abajo sobre mí.

Puso los ojos en blanco, señal de que también sentía placer. Empecé a acariciarla, envolviendo su culo, las curvas de su cintura hasta apretar sus pechos, resbaladizos por las sales.

Sus gemidos aumentaban mi placer y me envolvían con cada sonido ahogado.

Le alboroté aún más el pelo espumoso mientras tiraba de ella para besarla. No tuve tanta paciencia con mi boca, devorándola mientras Rhea respondía y se frotaba más contra mí.

Me contuve todo lo que pude, quería hacer que se corriera antes que yo, pero cuando sus músculos me apretaron con más fuerza fue casi imposible, haciendo que me vaciara dentro de ella.

Se dio cuenta y dejó de moverse.

— Tú...

— Ahora te toca a ti. — Le solté el pelo y la hice caer hacia atrás.

Rhea seguía empotrada en mí cuando metí la mano en el agua y busqué su clítoris. Gimió más fuerte cuando empecé a estimularla y rodó de nuevo sobre mí. Aprovechó mi erección mientras encontraba su propio placer.

Después de correrse, sólo no se desplomó hacia atrás porque la sujeté y la acerqué de nuevo a mi pecho, sosteniéndola.

— ¿Siempre tienes tanta hambre? — se atrevió a preguntar con aire juguetón.

— Tal vez sea completamente culpa tuya.

— Creo que me gusta ese tipo de culpa. — Jadeaba con la cabeza apoyada en mi hombro, respirando agitadamente mientras se recuperaba de nuestro sexo matutino.



Rhea

Capítulo treinta y dos

Aquel fue sin duda el mejor desayuno que he tomado nunca, no sólo por el festín que nos sirvieron, sino porque estaba en brazos de Klaus.

Mi vagina ardía ligeramente, pero era la prueba de todo lo que habíamos hecho la noche anterior y aquella mañana. Si ser pareja significaba despertarse juntos y compartir nuestros cuerpos de aquella manera, deseaba aún más a Klaus para mí.

Me dio una bata y me la puso sobre los hombros cuando salimos de la ducha después de quitarme toda la espuma.

En el fondo, me aterrorizaba que este sueño se acabara, pero al mismo tiempo sabía que serían los mejores recuerdos que tendría jamás. No había ninguna certeza ni promesa de que nos convirtiéramos en pareja, pero sabía que no me arrepentiría.

Podría haber perdido mi virginidad con cualquier chico de la isla sólo para experimentar el sexo, pero dudaba que hubiera sido mejor que aquella noche. Mis sentimientos por Klaus habían hecho que todo fuera aún más intenso y habían dado sentido al momento.

— Creo que es hora de vestirse.

— Ah — tragué saliva.

Hay un dicho que debería recordar bien: *todo lo bueno dura poco.*

Klaus me había invitado a pasar la noche, pero probablemente me devolvería a la isla donde había nacido. Sabía que era mejor estar entre la gente que había conocido desde pequeña que abandonada en una de aquellas habitaciones.

— ¿Qué es lo que pasa? — Klaus atrajo mi cara y mi atención hacia él.

— ¿Me llevas de vuelta a la isla?

— ¿Quieres volver?

Su pregunta me sorprendió y me desanimó.

— No, pero tampoco quiero quedarme aquí sola.

— Te dije que hoy era nuestro día, ¿no?

Asentí con la cabeza.

— Pensé en llevarte a Atenas. ¿Qué te parece si damos un paseo juntos?

— ¿En el continente?

— Hace tiempo que no voy.

— Bueno, nunca he estado...

— ¿Nunca? — Frunció el ceño como sorprendido.

— He salido de la isla varias veces, pero nunca tan lejos. Se tardan muchas horas en barco.

— Vamos en helicóptero.

— Va a ser genial.

— Seguro que sí.

No esperaba que Klaus programara el día conmigo, pero la sorpresa fue muy agradable. Que los dos hiciéramos algo juntos me hizo muy feliz.

Había cierto temor a encariñarse con la idea de *la unión*, pero al mismo tiempo era todo lo que yo quería.

— Mi vestido...

— No tienes que volver a ponértelo.

— Pero no tengo nada más. — Me puse de puntillas para mirarle.

— La ropa que había elegido en la tienda del hotel sigue aquí. Iba a llevártela, pero se me olvidó. — Fue al armario, sacó una bolsa y volvió con ella, entregándomela.

— Gracias.

— En lo absoluto.

Mientras él se cambiaba, yo hice lo mismo. Elegí unos vaqueros y una camiseta blanca. Luego entré en el cuarto de baño y me peiné los rizos. Tuve que hacer un pequeño esfuerzo para dejarlos en su sitio, pero me gustaba llevarlos así.

Cuando volví a entrar en la habitación, vi a Klaus vestido con unos pantalones grises y una camiseta azul que resaltaba aún más el color de sus ojos. Llevaba el pelo negro en su sitio y estaba aún más guapo que nunca.

Me humedecí los labios y sentí que podía mirarlo durante horas.

— ¿Vamos? — Klaus me tendió la mano.

Sonreí mientras me dejaba guiar por él.



Klaus

Capítulo treinta y tres

Sabía que aquel complejo, aquella isla e incluso la otra que había comprado recientemente no eran los únicos lugares del mundo. Pero me permití creerlo durante mucho tiempo. Evitar salir, evitar divertirme o incluso explorar otros lugares me parecía parte de mi castigo.

Todo ocurrió cuando simplemente quería disfrutar de un día...

Alejé esos pensamientos. No necesitaba castigar a Rhea por lo que me había pasado, ni arrastrarla a mi propio dolor y trauma. Sentía que con ella podría superar todo esto y eso era bueno.

Nos dirigimos al helipuerto, donde ya nos esperaba mi piloto. Descruzó los brazos por detrás de su cuerpo y nos saludó con una inclinación de cabeza.

— Buenos días, señor.

— Buenos días, Adonis.

— Señorita.

Rhea le saludó torpemente.

— ¿Atenas? — Se volvió hacia mí.

— Así es.

Adonis abrió la puerta del helicóptero y me indicó el asiento del copiloto. Ayudé a Rhea a subir y me acomodé a su lado. Le di un tapón para los oídos antes de ajustarme los míos.

En cuanto estuvimos bien instalados, mi piloto despegó y pronto sobrevolamos el mar camino de la capital de Grecia.

— Todo es tan hermoso desde aquí arriba. — Rhea se acercó a la ventana del helicóptero, mirando hacia abajo.

El mar era muy azul y, con la luz del sol de aquel día, parecía brillar más que nunca. Después del accidente había adquirido algunos traumas, pero afortunadamente la altura no era

uno de ellos, de lo contrario me habría resultado muy difícil hacer muchas cosas.

Rhea tenía razón, mirar el mar desde arriba era realmente hermoso y encantador.

Se volvió hacia mí con una amplia sonrisa y los ojos brillantes. Su entusiasmo era tan grande que me contagió fácilmente. Había olvidado lo agradable que era estar al lado de alguien que me hacía sentir bien y no tenía más intereses que mi compañía.

— ¡Mira esa isla! — Señaló.

— ¿Qué le pasa? — Incliné la cabeza hacia ella para verla mejor.

— Parece tan pequeña.

— Todo es pequeño desde aquí arriba.

— Ya veo. — Se rió a carcajadas mientras se echaba hacia atrás y se apoyaba en mi hombro.

Me di cuenta de que había analizado cada detalle del viaje hasta que aterrizamos en un helipuerto de la ciudad.

Nada más bajar del helicóptero, había un conductor parado no muy lejos, junto a un descapotable con espacio para dos personas. Era empleado de una empresa de alquiler cuyos servicios siempre solicitaba cuando estaba en la ciudad.

— Sr. Demetriou.

— Hola.

— Aquí está. — Me entregó la llave.

— Gracias. — Abrí el coche y escuché el tono de la alarma.

Asintió y se marchó, dejándome el coche. Giré sobre mis talones y me volví hacia mi chófer. Te avisaré cuando volvamos.

— Sí, señor.

Normalmente le decía que no se alejara demasiado, porque siempre que arreglaba mis asuntos estaba ansioso por volver. Sin embargo, esta vez estaba allí por ocio y en compañía de

Rhea, no tenía intención de salir corriendo.

— ¿Vamos? — Me volví hacia ella.

— ¿Lo habías planeado todo? — Parecía deslumbrada e incluso quise decir que sí, pero fingí modestia.

— Sólo hice unas pocas llamadas.

Asintió con la cabeza, se rió y dio la vuelta al coche, abriendo la puerta del vagón y entrando en él.

— ¿Adónde vamos? — Se abrochó el cinturón antes de volver a mirarme.

— Pensé en la calle Voukourestiou. Quiero darte cosas nuevas.

— He oído hablar de ella. — Se encogió en su asiento.

— ¿Cuál es el problema?

— Es donde están las tiendas de lujo, ¿no? Esas marcas de las que sólo has oído hablar.

— Bueno, frecuento el lugar bastante a menudo...

— ¿Sabes dónde me gustaría ir de verdad? — me interrumpió, antes de que mi discurso subrayara aún más la diferencia de educación entre nosotros dos.

— ¿A dónde?

—Al Mercado de Monastiraki. Dicen que lleva ahí desde 1910 y está en la lista de cosas que hacer en Atenas.

— También estará lleno de turistas. — Torcí los labios. — Más aún en esta época del año.

— Como si no estuvieras acostumbrado a un lugar lleno de turistas.

— Ahí me has pillado. — Hice una mueca y ella se rió.

— ¿Podemos ir allí?

Era difícil resistirse a esos ojos brillantes.

Moví la cabeza afirmativamente y vibró mientras arrancaba el coche, conduciendo hacia

una de las zonas más turísticas de la ciudad.

Con el pelo rizado suelto sobre el capó del descapotable, Rhea disfrutaba del momento y, al igual que había hecho durante el vuelo, observaba cada detalle, deteniéndose en algunos de los edificios y fachadas que conformaban la arquitectura tradicional de la ciudad. Estábamos en la cuna del mundo moderno y, de alguna manera, ella se daba perfecta cuenta de ello.

— Me encantan esos tejados redondos.

Doblé una esquina después de pasar un semáforo y ella siguió mirándolo todo, incluso cuando aceleré un poco más para que fuéramos más rápido.

Me detuve en un aparcamiento de pago a unas manzanas del mercado porque sabía que sería imposible dejar el coche más cerca y salí del vehículo, dándome la vuelta para coger a Rhea de la mano.

— ¿Hemos llegado ya? — Movió la cabeza, mirando las paredes grises y los postes indicadores.

— Todavía no.

— ¡Ah!

— ¿Te importaría dar un paseo?

— En absoluto. — Su sonrisa se amplió.

Antes de entrelazar mis dedos con los suyos, saqué el móvil y envié un mensaje para reservar un sitio al que ir más tarde.



Rhea

Capítulo treinta y cuatro

Salimos del aparcamiento y Klaus y yo caminamos por la calle. Podía sentir el aire y el movimiento de la gente que iba de un sitio a otro. Era la primera vez que estaba en Atenas y no podía evitar darme cuenta de que estaba en una gran ciudad.

El pueblo de la isla donde yo vivía no tenía más de mil habitantes y por un momento pensé que podría haber más que eso sólo en esa calle, yendo de un lado a otro. Pasaban muchos coches, algunas motos y mucha gente con prisa.

A pesar de ser griega, me veía como una turista porque todo era tan nuevo. Por suerte, Klaus estaba conmigo y no parecía tan deslumbrado.

— Crucemos la carretera. — Me llevó hasta un semáforo y me cogió de la mano para que no me saliera de mi carril y me pusiera delante de un coche antes de que llegara la hora de cruzar.

Había tantos edificios, tantos coches y tanta gente que parecía imposible no perderse en las distracciones.

— ¡Cuidado! — me murmuró un tipo cuando casi choco con él.

— Lo siento. — Me acobarde.

— No pasa nada. — Klaus sonrió y tiró de mí para acercarme.

— Parece que todo el mundo tiene prisa.

— Tú que no has visto otros sitios.

— ¿Hay lugares más concurridos que éste? — Levanté la ceja para mirarle.

Había visto mucho en películas y series, pero era completamente diferente medirlo en persona.

— Puede apostar por ello.

— ¡Vaya! — Me quedé de piedra.

— Un día te llevaré a verlo.

Sonreí ante su promesa, que me hizo aún más ilusión, no sólo por la oportunidad de conocer otros lugares, sino también por estar con él más a menudo.

— Me va a encantar.

— ¡Qué bonito! — Me besó el dorso de la mano antes de acercarme con él a una plaza.

Había tanto movimiento que era difícil estar seguro de mi ubicación, pero a diferencia de mí, Klaus no parecía perdido en absoluto.

Cuando se reveló ante nosotros un edificio con tiendas y puestos, imaginé que habíamos llegado al mercado.

La primera tienda que vi parecía una tienda de antigüedades, con muchas vajillas, esculturas, cuadros, otros objetos decorativos, lámparas e incluso mesas.

— ¿Es un perro? — Me acerqué, tirando de él conmigo.

— Creo que es un Anubis.

— ¿De la mitología egipcia?

— Sí.

— Qué gracioso. — Me reí. Como estábamos en Grecia, esperaba más referencias a nuestra propia mitología.

— ¿Le interesa, señorita? — El vendedor se acercó.

— Sólo estoy mirando.

— Este vino directamente de Egipto, de la tumba de un faraón. Quedará perfecta en su salón. — Mientras hablaba, el vendedor gesticulaba, señalando detalles de la pieza que involuntariamente atrajeron mi atención.

— No creo que haya mucho sitio para eso en mi casa.

Hice una mueca y Klaus se rió.

— Vamos a otra tienda. — Me puso la mano en el centro de la espalda y empezó a

guiarme.

— Espere, tengo otros objetos que enseñarle — empezó el vendedor, pero Klaus no parecía muy interesado.

— Pobrecillo — murmuré en voz baja.

— Harán lo que sea para vender algo.

— Bueno, ese es su trabajo.

— Pero, ¿te ha gustado?

Negué con la cabeza.

Seguimos caminando. Me di cuenta de que realmente estaba dispuesto a comprarme algo, sólo que no quería parecer que estaba abusando de él de alguna manera. Ya había gastado tanto en mí para rescatarme de esos hombres terribles.

No había nada que deseara más de aquel hombre que su simple compañía.

El mero hecho de estar entre sus brazos, de sentir cómo me rodeaba con los suyos y me besaba, me bastaba para experimentar la felicidad en muchos sentidos.

Había sentido que le quería, desde que le cuidé la primera vez que apareció en mi vida y no sabía nada de él, aparte de que estaba entre la vida y la muerte. Me había enamorado de su rostro la primera vez que lo vi y cultivaba ese sentimiento cada día que pasaba junto a su cuerpo convaleciente.

Estar allí juntos, después de la noche que habíamos pasado, empezaba a hacerme creer que el mundo podía tener mucha más esperanza de la que yo creía posible.

— ¡Ven aquí! — Me distraje cuando me arrastró delante de una tienda.

— ¿Qué es lo que pasa? — Parpadeé, tratando de identificar lo que tenía que mostrarme.

— ¡Mira ahí!

Mis ojos siguieron la dirección que señalaba y divisé un escaparate con montones de joyas. Había collares, pendientes y anillos, desde los más delicados hasta los más extravagantes.

— ¿Qué ocurre?

— Creo que ese te quedará perfecto.

— Klaus...

— Pruébalo.

— De acuerdo. — Terminé rindiéndome.

Nos acercamos a la tienda y él charló con la dependienta, que sacó el conjunto del escaparate y me lo entregó para que me lo probara.

Las piezas eran de plata con piedras azules que más tarde descubrí que eran zafiros. Estaban talladas de forma pequeña y delicada, casi como pequeñas hojas.

— Sujétale el pelo. — Klaus se acercó por detrás y yo accedí de inmediato a su petición, levantándome los rizos para que pudiera abrocharme el collar.

Antes de que pudiera preguntar, la dependienta sacó un espejo de mano y me lo entregó. Examiné la joya alrededor de mi cuello, las pequeñas piedras descendiendo como una cascada de hojas, muy delicadamente hacia mi escote. No pude evitar el impulso de tocarla con la punta de los dedos, casi como si así pudiera analizarla mejor.

— Ahí está el par de pendientes. — La vendedora me los tendió.

Le devolví el espejo y la mujer me los puso delante de los ojos para que pudiera ponérmelos.

— ¿Qué te ha parecido? — me preguntó mientras me analizaba frente al espejo.

— Son preciosas.

— Te quedan perfectos. — No sé si decía la verdad o sólo intentaba vender las piezas, pero no tenía dinero para pagarlas.

— Gracias, Klaus. — Sacudí la cabeza para quitarme los pendientes, pero Klaus puso su mano sobre la mía.

— Quédate con ellos.

— Pero...

— Quédate — insistió en un tono ligeramente más firme. — Tiene razón, te quedan perfectos.

— Klaus...

Me dedicó una sonrisa que me impidió protestar cuando abrió la cartera y sacó una tarjeta de crédito para pagar las joyas.

— Gracias. — Me encogí de hombros torpemente.

— Adelante. — Me guiñó un ojo.

Seguimos paseando por el mercado y los regalos que me hizo no acabaron ahí. En cuanto entramos en una tienda de vestidos, elegimos otros tres modelos que me quedaban perfectos y tenían un estilo que me gustaba.

Normalmente mi padre me traía ropa después de sus viajes a otras islas o recibía donaciones que ya no les servían a otras mujeres de la zona. No estaba acostumbrada a comprarme ropa, pero me sentía bien.

No sabía cuánto tiempo llevábamos en el mercado, pero supuse que bastante, porque ya me dolía el estómago de hambre.

Se me escapó un ronquido que me dejó desconcertada porque me di cuenta de que Klaus lo había oído incluso con toda la gente que pasaba.

— Creo que es hora de que almorcemos.

— É... — Sacudí las bolsas con torpeza.

— Está bien, Rhea. Yo también tengo hambre.

— Creo que pasamos por un puesto de barbacoa griega.

Torció los labios.

— ¿No te gusta?

— Pensé que podríamos ir a un restaurante y comer otra cosa.

— La barbacoa debería ser más barata.

— No se trata de eso... — Sacudió la cabeza, pero dejó de hablar cuando le arrastré unos puestos más atrás, donde había visto a un tipo cortando tiras de cerdo.

— ¡Quiero dos! — Salté delante de él.

— ¿Dos? — El tipo me miró y luego a Klaus, que no estaba tan emocionado.

— É... Dos latas de refresco también, por favor.

— De acuerdo. — El hombre empezó a preparar el pedido mientras Klaus sacaba un billete de su cartera para pagar la comida.

Las tiras de cerdo se servían en un sándwich de pan de pita que estaba caliente por haberse calentado en la plancha.

Desde luego, Klaus no estaba acostumbrado a sentarse entre tanta gente y a comer comida barata, pero hizo un esfuerzo por complacerme mientras daba pequeños mordiscos a su pan.

— Está delicioso — le comenté.

— No está tan mal.

— ¡Exigente!

— Sólo un poco.

Comí con gusto mientras sorbía mi refresco.

Cuando terminamos de comer, volvimos al mercado y compré algunas bolsas más. Además de ropa, joyas y tiendas de antigüedades, también vi varios regalos, recuerdos e incluso ollas y otros objetos domésticos. Tenía la ligera sospecha de que allí podríamos encontrar de todo.



Klaus

Capítulo treinta y cinco

Rhea estaba feliz y yo también. Hacía años que no me sentía así, ni siquiera cuando me atrevía a salir con mi madre. Tendía a ponerme en situaciones incómodas o simplemente a hacerme preguntas que no estaba preparada para responder. Con ella podía ser yo misma y no olvidaba todo lo que había pasado. No esperaba ni me obligaba a actuar de otra manera.

Poco a poco me di cuenta de que no necesitaba apartarla como hacía con todo y con todos. Tenerla en mi vida podía alimentar las esperanzas de un nuevo comienzo que en el fondo realmente necesitaba. Sólo quería que fuera a mi manera, con mis condiciones.

Después de visitar el mercado, volvimos al coche y metimos las bolsas en el maletero.

La tarde ya avanzaba cuando salimos del aparcamiento y la llevé a un centro comercial. Rhea no tenía móvil, algo crucial hoy en día, y pensé que debía comprarle uno, sobre todo si decidía volver a la isla. Tener un móvil propio, sin depender de la comunidad, nos facilitaría la comunicación.

— ¿Un centro comercial? — Se giró mirando a un lado y a otro mientras salíamos de un ascensor después de que yo hubiera dejado el coche en el aparcamiento.

— Así es.

— Es enorme, pero imagino que los hay más grandes", dijo antes de que yo pudiera decir nada.

— Sí. — Me he reído. — Vayamos por ahí. — Le puse las manos en la espalda y la dirigí hacia la escalera mecánica que nos llevaría un piso más arriba.

La gente que paseaba no parecía tan deslumbrada como Rhea, pero tampoco le hacían ascos. De donde ella había venido, edificios como aquel eran inusuales, pero si por mí fuera, aún quedaba mucho por ver.

— Toma.

Entramos en una tienda de electrónica con televisores a la entrada, ordenadores y varios

teléfonos.

— Demasiado.

— Hay muchos modelos diferentes.

— Hola, bienvenidos. — Un vendedor uniformado se acercó a nosotros.

Me fijé en la placa de su pecho que decía su nombre y volví a mirarle a los ojos.

— ¿Qué puedo hacer por usted?

— Hemos venido a comprar un teléfono móvil, pero quiero un modelo más moderno que funcione vía satélite. Rhea vive en una isla pesquera y allí no hay antena de las principales compañías.

— ¿Quieres un smartphone?

— Así es.

— Tengo algunos modelos para mostrarte.

Seguimos al dependiente hasta un mostrador al fondo de la tienda. Yo tenía un aparato en mente, mi propio móvil, pero dejé que nos enseñara los otros que había disponibles y Rhea eligió el que más le gustó.

— Es uno de los más vendidos. — Señaló a uno. — Tiene todas las funciones de un Android normal y funciona en toda Grecia, incluso en el mar.

Dejé que Rhea examinara el aparato y no dije nada antes de que la dependienta le mostrara el siguiente.

— ¡Qué pesado! — dijo Rhea del segundo.

— Es por la antena.

— ¿Y el otro no?

— Está incorporado.

— Me gusta más la primera.

— Ve a ver a los demás antes de decidirte", le sugerí.

Rhea asintió y analizó cada una de las opciones que le mostraban.

— Se parece al tuyo. — Se volvió hacia mí mientras me mostraba el último aparato.

— Es el mismo que el mío.

— ¿Es bueno?

— Satisface mis necesidades. — Evité cualquier respuesta grosera o demasiado jactanciosa.

— ¿Puede ser uno de esos? — Miró el precio, como si tuviera miedo, y luego volvió a mirarme.

— Si es lo que más te ha gustado.

— Es ligero y hermoso.

— ¿Ya está? — preguntó el vendedor.

— Sí.

— Lo envolveré y tomaré nota.

— Gracias. — Rhea se dio la vuelta y me miró con aire de gratitud.

Quería hacerla feliz después de todo lo que había pasado y en aquel día juntos imaginé que podría estar consiguiéndolo. Por otra parte, también me estaba contagiando, disfrutando del momento y quizá redescubriendo sensaciones que hacía tiempo parecían dormidas en mí.



Rhea

Capítulo treinta y seis

Cuando volvimos al coche ya era tarde y, mientras Klaus maniobraba para salir del aparcamiento del centro comercial, pensé que era hora de volver y que nuestro día mágico había terminado.

De todos los recuerdos que tenía, aquellos serían sin duda los mejores y guardaría cada uno de ellos en lo más profundo de mi pecho. Cuando recordara los malos tiempos o incluso me sintiera solo o triste por la muerte de mi padre, me aferraría a aquel día como a una semilla de esperanza.

— ¿Volvemos ahora? — me atreví a preguntar mientras me frotaba las manos, un poco angustiada.

— ¿Quieres volver? — Giró brevemente la cabeza para mirarme antes de volver a centrar su atención en el tráfico.

— No, pero...

— Todavía queda una visita reservada para hoy.

— ¿Un paseo? — Fruncí el ceño sin dejar de mirarle.

— Sí, a menos que no quieras.

— Por supuesto que sí.

— Entonces vamos. — Aceleró un poco más.

No tenía ni idea de adónde íbamos, pero dejé que nos guiara hasta que nos acercamos a un campo. Había una estructura metálica muy alta, tan alejada del suelo que ni siquiera creía poder ver la parte superior.

— ¿Qué es eso? — Incliné la cabeza para verlo más de cerca.

— Un restaurante.

— ¿Restaurante? — Yo estaba aún más sorprendido

— Sí.

— No es el tipo de lugar que esperaba que fuera un restaurante.

— Te gustará.

No sabía exactamente lo que Klaus podría haber planeado, pero sentí aún más curiosidad.

Salimos del coche y nos acercamos, había un solar y unas cabinas como norias sujetas a barras de hierro suspendidas.

— Sr. Demetriou. — Un hombre se acercó a nosotros.

— Buenas tardes — Klaus le saludó.

— ¿Una cabaña entera sólo para vosotros dos?

— Así es.

— ¿Por qué pregunta eso? — Me aventuré a preguntarle a Klaus.

— Suele haber mesas para veintidós personas y yo quiero una cena más privada.

— ¡Ah! — fue todo el sonido que pude emitir porque no sabía si sentirme desconcertada o si me gustaba la idea de que estuviéramos los dos solos ahí arriba.

— Síganme, por favor. — El hombre nos hizo un gesto para que le siguiéramos y caminamos hasta uno de los andenes donde había una cabina.

Nos indicaron que nos sentáramos en una de las sillas y nos pusimos uno al lado del otro mientras sujetaban unos cinturones a una estructura parecida a las que había visto en las fotos de los parques de atracciones. Comprobaron que ambos estábamos bien sujetos y vi que un hombre y una mujer vestidos con ropa de cocina entraban con nosotros antes de que la estructura empezara a elevarse.

Me aferré a la parte metálica que me sujetaba y me tensé momentáneamente.

— ¿Va todo bien? — Klaus me sonrió.

Respiré hondo y asentí.

Había montado en helicóptero con él varias veces y no tenía motivos para tener miedo a

las alturas, por inesperado que fuera que nuestra cena tuviera lugar en tales circunstancias.

— ¿Hasta dónde subiremos? — me aventuré a preguntar.

— Cuarenta metros.

— ¡Vaya!

— Pronto tendrá una vista de toda la ciudad, incluida la Acrópolis.

— ¿Has estado aquí antes?

— Se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

— Con... — No me dejó terminar la pregunta ni mencionar el nombre de su difunta esposa. Me di cuenta de que, en medio de la felicidad de nuestro día, era mejor no abrir viejas heridas.

— Con mi madre.

— Ah.

— Quizá te parezca divertida.

— ¿La conoceré alguna vez?

— Probablemente, pero yo no tendría prisa si fuera tú.

Klaus dejó de hablar cuando el armazón metálico dio una sacudida y volví a aferrarme a él. Se rió y volvió a cogerme de la mano, disipando mis temores.

Había una mesa en el centro donde las personas que nos acompañaban empezaron a preparar los platos y el olor de la comida atrajo mi atención y me hizo sentir un poco más relajada. Para alguien que estaba acostumbrado a comer animales pequeños y pescado, sería una gran experiencia probar algo diferente y tan exquisito.

Me atreví a mirar a mi alrededor, la ciudad estaba a nuestros pies y en el horizonte, a lo lejos, la Acrópolis, ruinas de la antigua Grecia. Aquella tarde, el cielo ya se teñía de naranja, lo que lo hacía cada vez más hermoso. El sol era pequeño y delicado, casi como una canica, y bajaba poco a poco, ocultándose tras la Acrópolis.

No sabía qué se traían entre manos los chefs, pero sólo por las vistas ya era una experiencia increíble estar allí.

Me sirvieron una copa de vino blanco y otra de agua para acompañar el entrante, que parecía una ensalada con algo más que no reconocí.

Estaba entrecerrando los ojos, examinando el plato, cuando Klaus se dio cuenta de mi vergüenza.

— ¿Va todo bien?

— ¿Qué hay aquí?

— Rábanos, vieiras, gambas, queso fresco y finas hierbas — me respondió amablemente la mujer.

— Gracias, señora.

— En absoluto, señorita. ¡Buen provecho!

Miré todos los cubiertos que había sobre la mesa y volví a sentirme incómoda.

— Es éste. — Klaus señaló.

— Siento haberte avergonzado.

— ¡Eh! — Dejó caer los cubiertos y se volvió hacia mí. — No me avergüenzas. — Me acarició la mejilla y me hizo suspirar.

— ¡Gracias, Klaus!

— Son sólo cubiertos y con el tiempo te acostumbras a ellos.

— Bien. — Cogí el tenedor que me había dado y lo clavé en el langostino.

Estaba muy sabroso y no había nada con lo que pudiera compararlo.

— ¿Está rico? — me preguntó Klaus antes de dar unos sorbos a su vino.

— Mucho.

— Es sólo el primer plato.

Mientras disfrutaba de mi entrada, me di cuenta de que el sol había bajado un poco y el cielo se oscurecía cada vez más. En la colina, la Acrópolis se iluminaba poco a poco hasta que las luces la dejaban ver incluso en la oscuridad de la noche.

Las vistas y la comida hicieron que el lugar fuera mágico.

Pasamos de plato en plato, con Klaus señalando los cubiertos. Cuando llegamos al postre, estaba llena, pero tenía tan buena pinta y sonaba tan delicioso que era imposible negarse.

Me volví hacia Klaus y él se echó un poco hacia atrás en su silla para darme un beso. No pareció importarle que hubiera dos personas con nosotros, ni siquiera cuando me lamió la comisura de los labios.

— ¡Hey! — Estaba un poco avergonzada.

— Tenías un poco de chocolate en la boca.

Desconcertada, pero contenta por la forma en que había actuado, di otro sorbo a mi agua y vi que la mujer me sonreía, como si fuéramos confidentes en aquel momento romántico en el que me encontraba.

Cuando la estructura empezó a bajar, supe que nuestra cena había terminado.

— Gracias. — Di las gracias a los cocineros que me habían proporcionado aquel maravilloso festín.

— Es un placer. Regrese pronto.

Klaus les hizo un gesto con la cabeza y volvimos al coche.

— ¿Te ha gustado?

— Me ha encantado. Nunca pensé que pudieran existir restaurantes así.

— Bueno, hay muchas cosas que ni siquiera yo sé que son posibles. — Me abrió la puerta del carruaje y se dio la vuelta para sentarse en el asiento del conductor.

Había levantado la protección que cerraba el coche y yo imaginaba que la bajaría cuando volviéramos a ponernos en marcha, pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

— ¿Qué pasa? — Me volví hacia él.

— Me moría por hacerlo contigo arriba, pero pensé que sería mejor contenerme.

— Eso es lo que... — Ni siquiera pude terminar la frase.

Klaus cayó sobre mí, me rodeó la nuca con una mano, me enterró los dedos en el pelo y me besó con avidez. Solo tuve tiempo de respirar hondo y llenar los pulmones cuando me metió la lengua en la boca.

Pronto me dejé envolver, dejándome llevar completamente por el abrumador sabor de su boca. Me mordisqueó el labio inferior antes de volver a besarme y sentí que todos los pelos de mi cuerpo se convertían en alambres desnudos. El contacto y la presión me produjeron descargas y escalofríos.

— Klaus... — Susurré su nombre mientras me recorría el cuello con la boca y me provocaba más escalofríos.

— Ven y siéntate en mi regazo.

— Estamos en el coche...

— En un aparcamiento oscuro.

Mi mente debería haber sido un poco más racional, pero no lo parecía. Sólo podía pensar en lo caliente que sentía todo el cuerpo y en lo mucho que me gustaba que me tocara.

Oí un ruido y me di cuenta de que estaba echando el asiento hacia atrás. El coche era precioso, pero no tenía asiento trasero y resultaba estrecho, pero eso no impidió que Klaus me subiera a su regazo y me obligara a sentarme frente a él.

Estaba oscuro y apenas podía distinguir los rasgos de su cara, pero podía sentirle y eso me parecía más que suficiente.

Le pasé las manos por el cuello, sintiendo su suave pelo y volví a besarle. Mi boca se secaba cada vez más, pero mis ganas de continuar se hacían cada vez más fuertes.

Llevaba puesto el vestido, que era un montón de tela entre nosotros, pero eso no me impidió sentir la erección que abultaba sus pantalones y los ponía rígidos.

Me revolví por puro impulso, experimentando una palpitación cada vez más latente y un calor que humedecía mis bragas.

— Estás muy buena. — Acercó su boca a mi oreja mientras sus manos bajaban para subirme el vestido y tocarme directamente el culo.

No pude sentir vergüenza ni pudor por su comentario porque estaba completamente inmersa en el momento.

Me hundió los dedos en la piel, apretándome aún más contra su erección y dejé escapar un gemido ahogado. Me froté contra él mientras mi necesidad crecía.

— ¡Rhea! — Me sujetó la barbilla, manteniéndome a milímetros de sus labios, y el impulso de tocarlos con los míos fue completamente desconcertante. — Déjame tenerte otra vez.

— ¿Aquí? — Me ardían las mejillas, pero dudo que en la penumbra se diera cuenta de lo rojas que estaban.

— Sí. — Me echó la cabeza hacia atrás para morderme el cuello, haciendo esa propuesta prácticamente irresistible.

Si Klaus no tenía miedo ni vergüenza de dónde estábamos, ¿por qué iba a tenerla yo?

Me revolví en su regazo por impulso y creo que le di la respuesta que necesitaba, porque Klaus volvió a hundir sus dedos en mis nalgas y me hizo apretarme aún más contra él.

Incliné la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo sus labios se deslizaban por mi cuello y dejaban un maravilloso rastro hasta mi escote. Volvió a bajarme los tirantes del vestido, empujando mis pechos hacia fuera y metió su cara entre ellos, aumentando aún más mi deseo.

Mi entrepierna era una locura y yo no había conocido toda esa necesidad antes de involucrarme con él de esa manera.

Klaus me chupó un pezón y yo apreté los labios con fuerza, conteniendo las ganas de gemir en voz alta. Una pequeña parte de mi mente aún lograba un rastro de racionalidad para recordarme que estábamos en el coche, en un aparcamiento público donde otras personas podían vernos.

Me agarró de la cintura con una mano, levantándome lo suficiente para bajarme la

cremallera del pantalón y sacar su miembro. Me sentó de nuevo sobre él y esta vez mis bragas eran lo único que se interponía a nuestro contacto directo y cada vez estaban más mojadas.

Me frotaba cada vez más contra él, dándome cuenta de cómo Klaus también palpitaba. Si había alguna racionalidad capaz de sacarme de allí, no la conocía, porque en aquel momento lo único que más deseaba era tenerlo dentro de mí.

Klaus volvió a agarrarme por la cintura y sus otros dedos se deslizaron más abajo, apartándome las bragas.

— Estás empapada — comentó con la boca en mi cuello.

— Es culpa tuya.

— Así es. — Movió su mano de mis bragas para sujetar su polla. — Pueden arrestarme por esto.

Fue una analogía graciosa justo cuando entró en mí.

Clavé las uñas en su hombro en un segundo impulso de gemir fuerte.

— Klaus... — Dejé escapar su nombre mientras empezaba a moverme.

Nuestras respiraciones se hicieron más cortas al subir y bajar del coche. Los cristales del coche se empañaban, como si hubiera escarcha dentro, pero el sudor procedía de otras cosas.

Esta vez no sentí dolor, sólo un delicioso placer que se intensificaba con mis movimientos. Incliné la cabeza, besándole en la boca, y Klaus respondió acercando su lengua a la mía.

Sus dedos ya debían de haber incrustado sus formas en mi culo por la forma en que presionaban mi piel y me ayudaban a moverme.

Cuando me quedé sin aliento para más besos, apoyé la cabeza en la suya y seguí moviéndome, en embestidas más cortas e intensas, sintiendo los impulsos de mi cuerpo que me apremiaban.

Klaus apartó una de sus manos de mi culo y la colocó entre nuestros cuerpos, tocándome el clítoris, y contener los gemidos se hizo aún más difícil. Cuando la tensión que crecía en mi vientre estalló, me hizo sentarme con más fuerza y pronto le sentí derramarse caliente dentro de

mí.

Me desplomé encima de él y nos quedamos así unos instantes más mientras ambos nos recuperábamos de aquella maravillosa mecha. Sin duda, esa fue la mejor manera de terminar nuestro día.

Al cabo de unos minutos me bajó de su regazo, me tumbó en el asiento del coche y sacó un pañuelo del bolsillo, tendiéndomelo.

— ¿Puedes limpiarte?

Asentí con la cabeza, sintiendo lo húmedo que estaba el interior de mis muslos.

Cogí la tela e hice lo que pude, pero lo que realmente necesitaba era una ducha y ropa limpia.

— ¿Nos vamos?

Tragué saliva y asentí.

Había sido perfecto, pero se había acabado.



Klaus

Capítulo treinta y siete

Regresamos en helicóptero a mi hotel turístico al caer la noche.

No había pensado en otra cosa que no fuera el trabajo en los últimos años, pero en aquel momento sólo quería más días como aquel.

Rhea me había dado una nueva motivación.

El viento soplaba con fuerza en cuanto bajamos del helicóptero, incluso cuando las hélices estaban apagadas y Adonis intentaba recoger todas las maletas de Rhea.

— Me volviste a traer. — Miró en todas direcciones.

— Sí, te traje. ¿Cuál es el problema?

Miró al suelo, movió la cabeza de un lado a otro antes de volver a levantar la cara y mirarme.

— Pensé que era el momento en que me llevarías de vuelta a casa.

— Pareces ansiosa por volver.

— No del todo.

— ¿Por qué no te quedas aquí conmigo? — La cogí de la mano, tomándola por sorpresa. — Quiero que te quedes en el hotel. — Fue difícil decir esas pocas palabras, pero soltarlas de una vez podría haberme salvado de algo mucho peor.

— Klaus...

— ¿Qué ocurre?

— No esperaba... — No terminó de hablar y eso hizo que se me estrujara el corazón.

— ¿Qué?

— Que me quisieses así.

— ¿No ha sido hoy prueba suficiente?

— Así que... — Ella tragó saliva.

— Termina tus frases, Rhea. — Le toqué la cara para que me mirara. — Puedes poner el título que te haga sentir más cómoda.

— ¿Novios?

Asentí y ella sonrió. Había razones para tener miedo, pero ya me había involucrado demasiado con ella como para decir que no había etiquetas. Aceptar que estábamos juntos parecía lo mejor para los dos.

— Tengo que avisarle a la gente de la isla, sino se preocuparan.

— Adonis te llevará mañana temprano o puedes usar el móvil nuevo que te he dado y hacer una llamada.

— ¿Y dónde me quedaré? — Aún parecía bastante asustada.

— Puedes alojarte en una de las suites del hotel o...

— ¿Contigo? — se atrevió a preguntar.

Retiré mi miedo y acepté que era lo que yo también quería.

— Puedes quedarte conmigo.

Sería literalmente un placer tenerla en mi cama todos los días. Me estaba reabriendo a una nueva relación, pero sin ninguna imposición por parte de mi madre. Rhea era mi elección y alguien a quien realmente quería a mi lado.

Sonrió y la acerqué para besarla.

— Me gustaría tener algo que hacer mientras trabajas. Tal vez podría ayudar en la cocina o cuidar de las habitaciones...

— ¿De verdad quieres trabajar en el hotel? — pregunté sorprendido.

— Quiero hacerlo.

— Creo que podemos encontrar algo que te gustaría hacer.

A diferencia de las mujeres a las que estaba acostumbrado, Rhea era sencilla.

Lo importante es que yo no quería que volviera a la isla, sino que se quedara conmigo. Quizá debería haberme quedado desde el principio, pero necesitaba tiempo para asimilarlo todo, sobre todo mis propios sentimientos.

Estaba a punto de acercarme a ella y besarla cuando Adonis resopló. Mi piloto seguía intentando equilibrar todas las bolsas con las compras que habíamos hecho a lo largo del día.

— Llévalo a mi piso, luego eres libre de irte.

Asintió y siguió adelante sin esperarnos, probablemente previendo que no quería ser un espectador.

— ¿No es demasiado peso para él? — Rhea estiró el cuello para mirar por encima de mi hombro mientras le seguía con la mirada.

— No tanto. — Me encogí de hombros mientras le ponía la mano en la cintura y atraía su atención hacia mí.

Rhea sonrió y me tocó la cara con las yemas de los dedos. Le correspondí antes de inclinar la cabeza y besarla. Le mordí el labio inferior, tiré de él hasta que se resquebrajó y luego le metí la lengua en la boca.

Ella respondió en igual medida, ladeando la cabeza y moviéndola en busca del mejor ajuste. Aunque era de noche, no me preocupaba la hora ni quién pudiera vernos. Era un hombre libre y podía elegir con quién quería estar.

Me separé cuando ambos nos quedamos sin aliento y entrelacé mis dedos con los suyos.

— ¿Vamos? — Asentí y Rhea me siguió por el camino que llevaba al edificio del complejo donde estaba mi piso.



Rhea

Capítulo treinta y ocho

Seguimos un camino de piedra entre la hierba hasta llegar a la entrada del edificio y subimos en ascensor a una de las plantas superiores. Estaba deseando quedarme con Klaus en lugar de estar olvidada en una de las habitaciones de aquel lugar gigantesco.

Todavía me sorprendía y me chocaba un poco su invitación a quedarnos allí juntos. Si Klaus realmente estaba dispuesto a quedarse conmigo como pareja, yo quería encontrar mi lugar en aquel complejo, igual que lo había hecho en la isla pesquera donde nací. Me molestaría ser un alma más vagando por aquellas paredes blancas. Sin embargo, esa era una preocupación para otro momento.

Sólo quería permitirme ser feliz de estar con el hombre con el que siempre había soñado.

Cuando nos detuvimos ante una puerta, buscó la cerradura y metió el dedo, la luz roja se puso verde y la puerta se abrió.

La diferencia con las casas de la isla donde me había criado era enorme.

— ¡Sube! — Me hizo un gesto para que fuera primero.

— Voy.

Avancé unos pasos mientras mis ojos recorrían la habitación. El salón era espacioso, con sofás blancos, un espejo y cuadros abstractos. Toda mi casucha cabía en ese espacio.

Ya había estado allí la noche anterior, pero esta vez había más tiempo para admirar el ambiente en su conjunto y en cada detalle.

Miré las bolsas en el sofá y vi que Adonis ya había dejado allí las compras.

— ¿Te ha gustado? — Klaus ladeó la cabeza para mirarme al notar mi mirada curiosa.

— Es bonito y grande.

— Me gusta la decoración.

Me acerqué al televisor, que estaba sujeto a un panel de madera clara en una de las

paredes. Era enorme y no se veía ningún cable. Debajo, sobre un mueble, había un equipo de música y otros objetos decorativos.

— ¿Lo has elegido todo? — Me volví hacia Klaus.

Movió la cabeza negativamente y luego se echó a reír.

— Aprobé el proyecto del arquitecto, ¿sabes?

— Creo que sí. — Curiosa, me agaché para coger una pirámide de cristal y la hice girar entre los dedos antes de volver a guardarla.

Estaba distraída, agachada, y ni siquiera me di cuenta de que se acercaba Klaus, que se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos, acercando su boca a mi cuello y su aliento haciéndome cosquillas en la piel y erizándome el vello...

— Oye...

— Entonces podemos continuar el tour. Vamos a ducharnos.

Me volví hacia él, le puse las manos en los hombros y le miré fijamente al azul de sus ojos. No había nada que me apeteciera más que mirarle a él. Sabía lo que podía pasar en un baño con Klaus y se me revolvía el estómago de anticipación.

Le empujé los hombros y Klaus lo tomó como una indicación para entrar en la habitación. Fuimos a su habitación y entramos en el cuarto de baño, grande, espacioso y de color claro. Miré la bañera, preguntándome si volvería a encenderla, pero Klaus tiró de mí para acercarme a la ducha.

Me cogió por detrás y me agarró del pelo, colocándolo sobre mi hombro izquierdo mientras su boca se acercaba a mi nuca. Me estremecí por el efecto del beso y no pude evitar retorcerme. Klaus bajó su lengua hasta el principio de mi espalda, mientras sus manos me subían el vestido.

Cuando la prenda cayó al suelo, me quité las bragas yo sola. Tendría que encontrar la forma de lavarla más tarde, pero esa no era mi principal preocupación en ese momento.

Klaus me agarró por la cintura y me hizo girarme. Mis manos bajaron hasta las suyas mientras mi mirada era capturada por la suya. Me quité el polo y él movió los músculos para que

pudiera tirarlo al suelo.

Curiosa y atrevida, pasé mis dedos por las curvas, bordeando cada subida hasta acercarme a la cremallera de su pantalón

— ¡Quítatelo! — me animó con una sonrisa traviesa.

Le desabroché el botón del pantalón y bajé la cremallera sin dejar de mirarle. Se los bajé y le dejé sólo en calzoncillos blancos, que se ajustaban al contorno de sus muslos torneados y bronceados. Klaus se deshizo de la prenda y me empujó a la ducha, cerrando la puerta de cristal tras nosotros.

No me molesté en sujetarme el pelo cuando abrió la ducha y dejó correr el agua caliente sobre nosotros. Nos libraría del olor del sexo que habíamos tenido en el coche, pero yo tenía ganas de más. Era imposible no alimentar las ganas viéndolo desnudo tan cerca de mí.

— Qué guapa eres. — Klaus me rodeó la cara con los dedos mientras el agua corría por nuestros rostros.

— Tú eres más guapo, querido — Sonreí torpemente.

De todos los hombres a los que había visto, sin duda ninguno me había llamado más la atención que él.

Incliné mi cuerpo hacia él y fue mi turno de iniciar el beso.

Klaus me empujó de nuevo contra la pared de azulejos y se aseguró de que saliéramos del chorro de la ducha antes de intensificar el contacto. Una de sus manos me sujetaba la cara mientras su lengua bailaba con la mía de forma cada vez más arrolladora.

Su otra mano me agarró el pecho y me apretó el pezón antes de deslizarse por el costado de mi cuerpo, recorriendo mis contornos hasta llegar a mi culo. Me apretó la nalga y me frotó con más fuerza contra su cuerpo, haciéndome sentir toda su erección.

Sabía que lo habíamos hecho antes de salir de Atenas, pero era imposible no querer más ante tanta cercanía y necesidad.

Dejé de besarle para recuperar el aliento, mientras nos mirábamos fijamente y su mano recorría mi muslo, iba hacia el interior y se acercaba a mi coño.

— Klaus... — Gemí su nombre, completamente abrumada.

— ¿No quieres? — se aventuró a preguntar.

— Sí... Quiero...

Ante todas las palpitaciones de mi cuerpo y cada uno de los efectos, era completamente imposible negarse.

Klaus sonrió antes de inclinar la cabeza. Pensé que iba a besarme de nuevo, pero sus labios se deslizaron hasta mi cuello. Me mordisqueó la garganta y eché la cabeza hacia atrás con fuerza, golpeándome contra las baldosas, pero el leve dolor pronto quedó eclipsado por las sensaciones que me provocó.

Sentí cómo sus labios, su lengua e incluso sus dedos trazaban un camino hasta la zona entre mis pechos. Klaus chupó uno de mis pezones y jugó con él, luego dirigió su atención al otro. Pensé que seguiría por ahí, pero siguió bajando, besándome el vientre hasta que se arrodilló frente a mí.

Era difícil pensar con claridad y procesar la situación cuando cogió una de mis piernas y la puso sobre su hombro. Me acunó la cabeza y me tumbó contra la baldosa. Primero llegó su aliento, acelerado y caliente, que ya me volvía loca, luego...

Le tiré del pelo, pero me aseguré de que su cabeza no se moviera, sobre todo cuando empezó a estimularme.

Me besó como si se tratara de mi boca, sin pudor ni miedo a profundizar demasiado. Su lengua bordeó mis labios mayores hasta que se deslizó, encontrando el camino hacia mi clítoris. Todo mi cuerpo se llenó de sensaciones y fue casi imposible no gemir en voz alta.

Rodé contra la pared, pero él me detuvo con las manos para que no me moviera demasiado y quedara fuera de su alcance. Una vez me hubo rodeado un poco, apartó una de sus manos de mi cintura y acercó uno de sus dedos, introduciéndomelo y haciéndome despatarrar contra la pared.

— ¡Klaus!

No se detuvo, ni siquiera para responder a mis gemidos. Mientras su dedo entraba y salía

de mí, su lengua no detenía los movimientos que me volvían loca.

Sentí las sensaciones crecer y el placer acercarse hasta que explotó en una secuencia maravillosa que me dejó completamente sin aliento. Continuó un poco más, haciendo durar mis sensaciones, hasta que se incorporó, abriéndose paso de nuevo hasta mi boca.

Todavía jadeaba y me costaba responder a su beso, pero hice un esfuerzo mientras disfrutaba de aquella maravillosa sensación. Me flaqueaban las piernas, pero por suerte estaba apoyada en la pared o me habría desplomado.

Cuando me mordisqueó la boca y el cuello y volvió a mirarme, supe que aquello no había terminado y no quería que terminara. Separé un poco más las piernas y Klaus se deslizó entre ellas. Me sujetó las caderas y me hizo deslizarme un poco por la pared, hasta que mi coño estuvo justo al lado de su polla.

El placer seguía palpitando en mi interior cuando me penetró, presionándome contra la pared. Le rodeé el cuello con los brazos para estabilizarme mientras él se movía dentro de mí.

Perdida en las sensaciones, no podía preocuparme de nada más que de lo delicioso que era tenerlo así dentro de mí. Tenía la sensación de que iba a estar palpitando durante días, o incluso ardiendo ligeramente, pero por todas esas sensaciones merecería la pena.

Incliné la cabeza hacia un lado y él me mordió el cuello mientras me penetraba con más fuerza.

Mi espalda chocaba contra la pared con cada movimiento y mis pechos se frotaban contra su pecho firme, todo lo cual aumentaba aún más mi placer. Cuando sentí que volvía a derramarse dentro de mí, estaba a punto de llegar al clímax de nuevo y Klaus siguió moviéndose, frotando su cuerpo contra mi clítoris hasta que alcancé otro orgasmo.

Cuando se dio cuenta, se quedó quieto, asimilando el momento y recuperándose. Apoyé la cabeza en su hombro y respiré contra su cuello, mientras a través de mi visión periférica observaba el agua correr por su espalda y su cuadrado culo.

— Creo que ahora puedo decir que estoy agotado. — Me bajó con cuidado y me equilibré para no resbalar.

Seguía sin entender exactamente por qué me flaqueaban tanto las piernas, pero con el tiempo probablemente me adaptaría.

— ¿Por qué? — Jugueteé con mi pelo, con aire juguetón.

Klaus me sonrió y se dio la vuelta, cogió el jabón de un soporte y se lo frotó entre las manos para producir espuma antes de rodear mi cuerpo con él.

Aproveché el momento y devolví el contacto, descubriendo lo mucho que me gustaba tocar su cuerpo. Sus músculos eran firmes, bien definidos y su piel casi dorada por los baños de sol que debía de tomar con regularidad.

Cuando terminamos de ducharnos, me dio una bata de rizo y me sequé, usando el secador para no dormir con los rizos empapados.

Nos tumbamos en la cama, mirando el techo y charlando hasta que nos quedamos dormidos.

Seguía echando de menos a mi padre y cómo era la vida con él, pero imaginaba que, estuviera donde estuviera, se sentiría feliz y aliviado de verme feliz con Klaus.

Era como si estuviera viviendo un sueño. No quería despertarme nunca.



Klaus

Capítulo treinta y nueve

Acaricié su suave y delicado pelo castaño mientras dormía a mi lado en la cama. Me había acostumbrado tanto al espacio vacío que había olvidado cómo era, si es que alguna vez había sido tan bueno.

Me incliné sobre ella, acercando mi boca a su cuello, pero antes de poder besarla, oí vibrar mi móvil en la mesilla de noche y lo aparté para no despertarla.

Puse los ojos en blanco cuando vi de quién eran los mensajes. No dejaba de quererla, pero en los últimos días había estado muy irritable con mi madre.

Mamá:

¡Buenos días, cariño!

¿Cómo es que no me diste la noticia?

Klaus:

¿Cuál?

Mamá:

Estás saliendo con una mujer.

Klaus:

¿Debía decirtelo?

Mamá:

Después del accidente te has estado aislando. Pensé que...

Klaus:

No es que no tenga sexo, es que no creo que deba contártelo.

Mamá:

Pero esta vez el personal del hotel hace comentarios.

Klaus:

Imagino que sí, porque ya te habrás enterado.

Mamá:

¿Vas a decirme que no es nada?

Klaus:

Es algo, estamos juntos. No tienes que continuar tu saga para encontrarme una novia, ya tengo una.

Mamá:

¡Qué maravillosa noticia!

¿Quién es ella? ¿Dónde se conocieron?

Klaus:

Mamá ¬¬.

Mamá:

Sólo me importa mi único hijo y quiero saber quién es.

Sé que mi forma de actuar puede no ser exactamente la que esperas, pero me importas.

Klaus:

Es Rhea.

Mamá:

¿La hija del pescador?

Klaus:

Sí.

Tardó varios minutos en contestar. No sé qué le pasaba por la cabeza y, sinceramente, no me preocupaba demasiado. Ya había aceptado una vez a una mujer que ella me había empujado y no había acabado bien. Esta vez fue mi elección de principio a fin.

Mamá:

Es preciosa.

Klaus:

Mucho.

Mamá:

¿Eres feliz?

Klaus:

Sí. No me había sentido desde hace mucho tiempo.

Mamá:

Eso es lo que importa.

Klaus:

Sí.

Mae:

Espero que sea buena para ti.

Klaus:

Lo es, mamá.

Mamá:

En cuanto vuelva de viaje podemos pasar un día juntos.

Klaus:

Ya lo veremos.

Mamá:

Sin escapar de mí.

Klaus:

No lo sé.

Mamá:

Prometo comportarme. ¡Lo juro!

Mereces estar con alguien a quien ames y creo que después de lo que has pasado ella tiene un significado especial en tu vida.

Klaus:

Lo tiene.

Mamá:

Te quiero.

Klaus:

Yo más. Hablamos más tarde.

Mamá:

Hasta luego, cariño.

Cuando dejé de mensajearla y volví a dejar el móvil sobre la mesa, vi que Rhea estaba despierta y me observaba. Vi que Rhea estaba despierta y me observaba.

— ¡Buenos días! — Le sonreí.

— ¡Buenos días! ¿Hay algún problema? — indicó mi teléfono móvil con la mirada.

— No, sólo mi madre.

— Ah, ¿y dónde está?

— Ni siquiera lo sé. — Esbocé una sonrisa muy breve y Rhea se rió.

— Pensé que se quedaría aquí.

— Cuando murió mi padre y yo me hice cargo del negocio, mi madre empezó a viajar. Hizo algunas amigas y pasa la mayor parte del tiempo con ellas en otros rincones del mundo.

— Eso es bueno, ¿no?

— Sí, al menos me deja en paz.

— Pobrecita...

— Volverás a hablar de esa palabra cuando la conozcas mejor.

— Espera, ¿voy a conocerla?

— ¿Te sorprende? Eres mi novia. Teniendo en cuenta que vivimos juntos, es inevitable que eso ocurra.

— La haces parecer un monstruo.

— No un monstruo. — Me encogí de hombros. — Es solo mi madre con todas sus rarezas.

Rhea negó con la cabeza y acabó sonriendo. No tenía miedo de mi madre y no necesitaba alimentar ese sentimiento. Después de todo, no era una persona tan difícil de tratar.

— Vamos a levantarnos. — Despegué las piernas del colchón y me puse de pie. — Ayer me escapé del trabajo, pero hoy no puedo hacer lo mismo.

— No lo creo. — Rhea se acurrucó en la cama.

— Prepárense. Vamos a desayunar y luego les pediré que te muestren el hotel y cómo funciona todo.

— Estoy bien. — Me dedicó una sonrisa que me animó.

Por mucho que quisiera que Rhea se quedara allí conmigo, sabía que su estancia tendría

que ser cómoda para que no volviera corriendo a la isla donde había nacido como la última vez.

Muchas mujeres, con la mayoría de las cuales había tenido relaciones, incluida mi difunta esposa, sólo se preocupaban de disfrutar de las prebendas que ofrecía el hotel de lujo, pero Rhea era diferente. Eso me gustaba.



Rhea

Capítulo cuarenta

Después de comer unas deliciosas tortitas, salí con Klaus y nos dirigimos al edificio de administración. El mismo que el guardia de seguridad me había dejado fuera la última vez. Cuando me vio junto a Klaus, se limitó a negar con la cabeza y siguió hojeando su periódico.

Ese edificio en concreto era un poco diferente de los demás que componían el complejo y se parecía más a las oficinas de las películas.

Subimos en ascensor a otra planta y seguimos andando hasta que vi una mesa en la que estaba sentada la mujer a la que había entregado la chaqueta de Klaus en mi primer día allí. Estaba distraída con el teléfono, pero no pudo contener los ojos muy abiertos cuando me vio junto a su jefe.

— Buenos días, Sr. Demetriou... — Parpadeó varias veces como si estuviera alucinando.

— ¿No vas a saludar a Rhea?

— Señorita. — Se volvió hacia mí con una sonrisita.

— Hola.

— ¿Puedo hacer algo por usted, señor? — Volvió a mirar a Klaus.

— En realidad, antes de que me digas mi horario y mis prioridades para hoy, quiero que solicites la presencia del director del complejo. Dile que acompañe a Rhea a dar una vuelta y que le presente las funciones principales para que pueda elegir qué hacer.

— ¿Elegir? — Enarcó las cejas con asombro.

— Sí — confirmó Klaus. — Rhea elegirá dónde quiere trabajar.

— ¿Por qué iba a trabajar aquí?

— Porque quiero. — Mi respuesta sorprendió aún más a la secretaria.

— ¡Sí! — Klaus me dio su aprobación.

— ¡VALE! Le llamaré. — No tuvo más remedio que aceptar.

— Avísenos cuando llegue.

— Sí, señor.

— ¿Quieres ver mi despacho? — Klaus me enseñó la puerta.

Sonreí y asentí con la cabeza. La última vez todos me habían impedido entrar a hablar con él, pero esta vez nadie podía impedírmelo.

Klaus abrió la puerta y esperó a que yo entrara antes de cerrarla tras nosotros.

La habitación era luminosa, blanca como las demás del lugar. En cierto modo, me pareció que reflejaba un poco al propio Klaus. Todo estaba bien organizado, con unos cuantos cuadros en la pared, una mesa, algunos objetos decorativos y un escritorio, junto con una silla y un ordenador portátil.

— Es preciosa. — Moví la cabeza de un lado a otro.

— Me alegro de que te haya gustado.

— ¿Aprobó usted también a los arquitectos de aquí?

Se rió y dijo que sí.

— Tienen buen gusto.

— No creo que sea mejor que el mío. — Se acercó a mí y me rodeó la cintura con los brazos, pero antes de que pudiera inclinarse para rozar mis labios con los suyos, el teléfono de la mesa empezó a sonar.

Klaus puso los ojos en blanco, resopló, pero no dijo nada, se limitó a darme la espalda y a contestar al teléfono.

— ¡Hola, Hannah! ¿Ya has llegado? Rhea está de camino — dijo brevemente y colgó. — ¿Dónde estábamos? — Se volvió hacia mí y me tiró de la barbilla.

No dije nada, sólo dejé que me besara y yo le correspondí. Cuando nos separamos, yo lucía una sonrisa difícil de contener.

— Silas te está esperando.

— DE ACUERDO.

— Te veré por la tarde, pero puedes llamarme si necesitas algo.

— Gracias, cariño.

Pasé junto a él y me dirigí a la puerta del despacho. En cuanto salí, vi que la secretaria me miraba. No parecía la persona más feliz del mundo al verme allí, ni hizo ningún esfuerzo por ocultarlo. Sin embargo, no sería su fea cara la que me quitaría la felicidad. Creyera o no que tenía derecho a estar con Klaus, lo importante era que era mi novio. Algo con lo que siempre había soñado.

Había un hombre delante de su mesa. Era bajito, tenía un defecto en la parte superior de la cabeza y llevaba traje.

— Señorita.

— Tú debes ser Silas. ¿Puedo llamarte así o prefieres Sr...?

— Silas está bien.

— Perfecto.

— ¿Quiere el Sr. Demetriou que le explique cómo funciona el hotel?

— Puedes llamarme Rhea. Y sí, quiero conocer el complejo y saber en qué puedo ayudar. Estando aquí, quiero sentirme útil.

Oí a la secretaria resoplar detrás de mí, pero ni siquiera me molesté en volverme. Había pasado por demasiadas cosas como para no preocuparme por su juicio.

— ¿Vamos? — El director se dirigió al ascensor y yo le seguí.

Estaba relativamente emocionada. En el pueblo donde nací había hecho muchas cosas, sobre todo cocinar. Estaría bien encontrar mi propio espacio.

Nos detuvimos en una planta y él me sujetó la puerta para que pasara, luego vino conmigo. Esa planta en concreto tenía un pasillo que conducía a lo que me pareció un gran cobertizo. Contenía enormes estanterías de hierro con productos embolsados y cajas, así como tres o cuatro personas que paseaban y celebraban conferencias.

— Este es el almacén de suministros —explicó el gerente — Aquí encontrarás todo lo necesario para el funcionamiento del complejo, a excepción de los productos perecederos de la cocina, que se guardan en las despensas de cada restaurante. Hay de todo, desde ropa de cama hasta productos de higiene y limpieza de piscinas.

— ¿Cómo funciona? — Miré de un lado a otro, muy curiosa.

— Tenemos proveedores mensuales o semanales que vienen del continente y nos traen suministros en barco. Los reponedores que trabajan aquí tienen que estar muy atentos para que no falte nada. ¿Te imaginas el caos de una suite de lujo sin papel higiénico? — Hizo una mueca y yo solté una risita.

— No puede ser.

— La verdad es que no — coincidió conmigo.

Era interesante, pero no me veía apilando cajas y contando objetos. Si Klaus me hubiera dejado elegir lo que realmente quería hacer allí, habría sido mejor conocer otros lugares.

— Gracias por traerme aquí.

— En absoluto.

— ¿Adónde vamos ahora?

Dejó escapar un suspiro. Por un momento podría haber pensado que la visita había terminado, pero quería saber más. Además, ésta podría ser mi única oportunidad de conocer mejor el complejo.

Luego fuimos a las piscinas, donde me enseñó cómo se limpiaban y cómo se mantenía el agua en cuanto a pH y temperatura. Salimos de la sala de bombas y fuimos a la zona infantil, donde el personal del parque cuidaba de los niños. No muy lejos estaba el spa, con masajistas y otros profesionales que velaban por el bienestar de los huéspedes. También había un gimnasio y espacio para practicar deportes acuáticos.

En el bar preparaban bebidas y aperitivos que se servían junto a las piscinas y en el spa. Este me entusiasmó un poco más, pero quería saber más.

— Nuestro complejo cuenta con nueve restaurantes que exploran diferentes tipos de cocina

de todo el mundo. Asiática, árabe, brasileña, italiana, francesa, norteamericana, india, una mezcla de cocina internacional y local con recetas típicas griegas.

— ¡Guau! — Me quedé asombrada. — Hay tantos restaurantes.

— Nos esforzamos por satisfacer los paladares más exigentes.

— Seguro que sí.

Empezamos por conocer el restaurante asiático. Se centraba principalmente en la cultura china y japonesa. Incluso la distribución del local recordaba al ambiente, con mesas bajas para que la gente se sentara sobre alfombras y cojines. En ese momento, ya estábamos cerca de la hora de comer y había varios comensales masticando sushi, yakissoba y otros platos.

— Nuestro jefe vino directamente de China — dijo Silas.

— Imagino que es muy bueno.

— Pues sí.

Nos fuimos de restaurante en restaurante.

Yo tenía hambre y el director también. Esto le llevó a sugerir que almorzáramos cuando llegáramos al restaurante italiano.

Pedí unos raviolis y él unos espaguetis a la carbonara y nos sentamos en una mesa opuesta. Tuve que admitir que, a diferencia de la secretaria de Klaus, el director del complejo estaba siendo mucho más hospitalario conmigo y no parecía irritado mientras me llevaba de un lado a otro.

— Gracias", agradeció al camarero cuando nos sirvieron los platos.

Hice lo mismo y cogí los cubiertos.

— Rhea, puedo llamarte así, ¿verdad?

— ¡Sí! Sí, se puede.

— ¿Puedo hacer una pregunta un poco más invasiva?

Tragué saliva, pero acabé asintiendo para dejarle hablar.

— ¿Cuál?

— Eres una joven hermosa, tienes muchos atributos para atraer al Sr. Demetriou, pero si estás con el hombre que lo posee todo, ¿por qué molestarse en trabajar en lugar de pasar el día tomando una buena copa junto a la piscina?

— En la isla donde yo vivía, los hombres solían ir al mar, a veces pasaban una semana o más pescando y nosotras nos turnábamos en otras tareas y todos nos ayudábamos siempre. Estoy acostumbrada a trabajar y no soporto no hacer nada.

— Ya veo. — Se quedó pensativo, reflexionando sobre lo que le decía.

Comí un poco de mi plato antes de volverme de nuevo hacia él.

— Silas, ¿puedo hacerte una pregunta?

— Sí, señorita.

— ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

Puso cara de sorpresa, pero respondió sin demora.

— Casi siete años.

— ¿Conociste a la esposa de Klaus?

— Sí.

— ¿Y cómo era ella? ¿No trabajaba aquí en el hotel?

— ¿Trabajar? — Casi se rió de mi pregunta. — La Sra. Sophia dividía su tiempo entre la piscina y el spa.

— ¿Teníamos algo en común? — Mi curiosidad era desbordante. Quizá debería haber reprimido mis preguntas, pero no pude.

— No he notado nada.

— Gracias, señor.

— No te preocupes por intentar parecerte a ella — me aconsejó — Seguro que así les gustarás mucho más.

— Lo recordaré, pero Hannah no parece pensar lo mismo.

— Probablemente porque quería estar en tu lugar, pero el Sr. Demetriou nunca tuvo la costumbre de relacionarse con empleadas.

Sólo hice un sonido, un poco torpe. Debería haberme dado cuenta antes, pero estaría un poco más atenta en futuras situaciones.

— No te sientas amenazada.

— Gracias. — Le sonreí.

Volvimos a comer y, cuando terminamos, el director empezó a hablar de nuevo.

— Me dijiste que hacías tareas en la isla donde vivías. ¿Qué tipo de tareas?

— A veces ayudaba a coser hamacas y a hacer manualidades, pero lo que de verdad me gustaba era cocinar.

— ¿Qué has cocinado?

— Pescado, verduras e incluso un conejo.

— ¿Conejo? — Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

— Uno de los chicos cazó algunos una vez.

— ¿Estuvo bien?

— Al menos dijeron que sí. — Me encogí de hombros.

— Bueno, Rhea, tenemos nueve restaurantes. ¿Qué te parecería trabajar en la cocina de uno de ellos?

— Me gustaría, pero no entiendo estas comidas extranjeras.

— Vamos al restaurante de comida local. Seguro que allí sabrán aprovechar tu talento.

Me levanté con una sonrisa y seguí al director hasta otro restaurante. No pasamos por el salón como habíamos hecho con los otros, sino que fuimos directamente a la cocina y la gente que trabajaba allí se dio la vuelta cuando le vieron entrar.

— Sr. Ioannou — susurraron algunos.

— Buenas tardes.

— Buenas tardes — respondieron al hombre a coro.

— Esta es la señorita...

— Katsaros — le dije.

— Es una joven muy agradable a la que le encanta cocinar.

— No tengo tiempo para esto, Silas — refunfuñó un hombre gruñón que parecía ser el jefe por su forma de comportarse.

— ...y es la novia del señor Demetriou. — En cuanto Silas terminó aquella frase, todas las miradas se volvieron en mi dirección como si se hubiera encendido un foco en mi cabeza y no sabía si me sentía cómoda con aquello. — Sé amable con ella.

El hombre que había refunfuñado me miró, luego al encargado y finalmente asintió con un breve movimiento de cabeza. Al final, todos sabían, incluido yo, que no tenía muchas opciones.

Era un poco incómodo que fuera la novia de Klaus siendo utilizada de esa manera, pero intenté no preocuparme por ello. Solo necesitaba adaptarme y podría llevarme un tiempo, pero estaba dispuesta.

— Te dejo en buenas manos. — Silas se volvió hacia mí con una mirada amable.

— Gracias por todo el recorrido de hoy.

— Estoy disponible si me necesitas. — Le guiñó un ojo.

— Gracias.

El encargado se despidió del personal de cocina y me dejó a solas con ellos.

Crucé los brazos delante de mí y esbocé una sonrisa muy fingida al ver que volvían a fijarse en mí.

— ¿Qué puedo hacer?

— Jefe. — El tipo me corrigió. — ¿Qué puedo hacer, jefe?

Bajé la cabeza y vi su nombre escrito en el dolman. *Lázaro.*

— ¿Y bien, jefe?

— Tráele un delantal. — Señaló algunos sobre la encimera. — Puedes empezar lavando las ollas.

— Me parece bien. — Esbocé una media sonrisa y acepté el delantal que me entregaron sin protestar.

No me ofendí por la tarea, podía empezar con ella si era lo que necesitaban de mí en ese momento.

— No te molestes. — Una mano me entregó el delantal con una sonrisa. — Hoy no tiene un buen día.

— No hay problema.

Me puse el delantal y me fui a fregar los platos, que cada vez eran más y parecían no acabar nunca, pero allí me sentí mucho mejor de lo que me había imaginado tumbada en el borde de la piscina viendo pasar el tiempo.



Klaus

Capítulo cuarenta y uno

Había caído la noche cuando volví a mi piso y esperaba encontrar a Rhea nada más entrar, pero no estaba, lo que me preocupó un poco. La última vez que había desaparecido, había vuelto a su isla y no quería que se repitiera ese episodio por mi negligencia.

Estaba a punto de salir tras ella cuando se abrió la puerta de la habitación y Rhea entró tambaleándose. Tenía la cara cansada, pero sonrió ampliamente cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

— ¡Hola, Klaus!

— ¿Qué ha pasado? — Me acerqué a ella y le puse las manos en la cintura, atrayendo su atención.

— Había mucha vajilla.

— ¿Vajilla? — Fruncí el ceño.

— Estaba lavando los platos en el restaurante.

— ¿Por qué?

— Esa fue la tarea que me encomendaron.

Apreté un poco más los ojos y resoplé.

— No pasa nada. — Rhea levantó las manos y me acarició los hombros cuando se dio cuenta de que estaba triste.

— Quiero que te sientas cómoda aquí.

— Lo estoy.

— ¿Lavando?

— Fui útil.

Me irrité, pero me di cuenta de que tal vez sólo era una exageración por mi parte, porque

ella estaba tranquila ante la situación. Conocía los orígenes humildes de Rhea y me di cuenta de que era normal para ella, pero quería ofrecerle consuelo y una vida que no fuera tan difícil.

— Sabes que no tienes que lavar los platos, ¿verdad?

— ¿Quizá mañana haga otra cosa? — Se encogió de hombros. — Está bien, Klaus. Me gusta la cocina.

— De acuerdo. — Me vi obligado a retroceder. Si ella estaba cómoda con la situación, no había razón para que yo creara ningún alboroto.

— Silas fue muy amable conmigo. Incluso almorzamos juntos.

— Es un buen hombre.

— Sí.

Me subió las manos por el cuello y me inclinó la cabeza, acercando mi boca a la suya. Eso fue lo mejor de volver a casa.

Besé a Rhea, apretando su cuerpo contra el mío y, cuando nos quedamos sin aliento, se apartó y volvió a encararse conmigo.

— ¿Y cómo te ha ido hoy en el trabajo? — parecía curiosa.

— Hablé con arquitectos.

— Cada vez me gustan más — dice entusiasmada, haciéndome reír.

— He comprado otra isla y estoy construyendo un nuevo complejo turístico que probablemente será aún más grande que éste. El proyecto tardó en arrancar por culpa de las licencias medioambientales, pero ahora todo va bien.

— ¿Otra isla? ¿Otro centro turístico?

— ¿Quieres venir conmigo cuando la visite mañana?

— Me encantaría.

— A mí también me encantaría tenerte cerca.

— ¿A qué distancia está de aquí?

— A sólo unos minutos en helicóptero.

— Creo que me gustará.

— Me encantaría llevarla allí. — La acerqué más y agaché la cabeza para besarla.

Le brillaron los ojos.

Cada vez estaba más seguro de que tenerla cerca era bueno para mí. Tenía que darle la razón a mi madre en un punto: no necesitaba estar solo para siempre.

— Estaba pensando en la cena... — Dejó de hablar cuando apreté mis labios contra los suyos.

Tenía otros planes antes de pensar literalmente en comida.

— Klaus...

— ¿Qué le pasa? — Apreté más fuerte su cintura y acerqué mi boca a su oreja, haciendo que se retorciera entre mis brazos.

— Nosotros...

— ¿Qué pasa entre tú y yo? — Deslicé la boca por su cuello, notando cómo se le erizaban los pelos del brazo.

— Entonces no puedo pensar con claridad.

— Ahora no tienes que pensar. — Mordí la base de su garganta, haciéndola gritar más fuerte.

Con un movimiento rápido, le bajé el vestido y lo tiré al suelo del salón mientras la empujaba hacia el sofá. Hice el beso más atrevido y hambriento mientras recorría sus facciones, marcando sus contornos con mis manos. Tenía un cuerpo esbelto, con una piel bronceada y torneada en todos los lugares adecuados.

El sexo era bueno y admito que me gustaba tenerla cerca para poder hacerlo todos los días.

Rhea inclinó la cabeza hacia atrás mientras yo le besaba el cuello, bajé la boca hasta sus pechos y mis dedos curiosos abrieron la camisa de su vestido hasta que terminé de quitársela.

Pronto mis pantalones también estaban en el suelo. Luego le pasé la mano por la nuca, atrayendo su mirada hacia mí mientras jadeábamos. Volví a besarla cuando mi mano volvió a agarrarla por la cintura y la hice girar en el aire hasta que pude sentarme y acomodarla en mi regazo.

Se retorció sobre mi erección y nos sonreímos mientras la apretaba contra mí para que se sintiera mejor. Rhea soltó un gemido ahogado y yo la animé a seguir frotándose mientras notaba cómo se humedecía la fina tela de sus bragas.

Sus pechos se acercaron a mis ojos y verlos colgar me hizo pensar que era aún más sexy. Cuando se los agarré, Rhea cayó encima de mí y acercó su boca a la mía. Nuestras lenguas se encontraron y pasé mis manos por su espalda, agarré su culo y mi polla palpitó aún más con la humedad de sus bragas.

— ¡Rhea! — Fue mi turno de murmurar su nombre cuando nuestros labios entraron brevemente en contacto.

La braguita era la única pieza que aún impedía que nuestros cuerpos entraran en contacto, y acabó impacientándome un poco. Sin molestarme en sacármela del regazo y guiarla para que se la quitara, la levanté y simplemente tiré de ella hacia un lado.

Agarré mi polla y lo froté contra su coño. Rhea cayó hacia atrás, gimiendo, y apoyó las manos en mis rodillas, jadeando para estabilizarse un poco. La sentí cada vez más húmeda mientras frotaba mi glande contra su vagina.

Gemidos bajos y sonidos inconexos se escapaban de su garganta, acentuando cada vez más lo mucho que me deseaba. No era la única, porque mi polla palpitaba entre mis dedos. El deseo de estar dentro de ella parecía crecer.

Pronto puse fin a nuestra tortura, deslizándome hasta que me sentí cómodo en su húmedo y estrecho canal. Volví a poner mis manos en su cintura y la acerqué más a mí, encajándola lo más profundamente posible.

Empezó a darse la vuelta y mi placer aumentó a medida que sus músculos se contraían contra mí. No la forcé a moverse, dejé que nos guiara y encontrara su propio ritmo. Se movía arriba y abajo de una forma que me volvía loco de la mejor manera posible.

La solté de la cintura y le sujeté la cara, poniendo una mano a cada lado de su rostro y haciendo que mantuviera la mirada fija en mí. Sus rizos también se deslizaron hacia abajo, cubriendo mis dedos y rebotando con sus movimientos.

Ver sus ojos en blanco de placer hizo que los míos se agrandaran aún más.

Cuando sus movimientos se volvieron un poco más lentos y me di cuenta de que tal vez se estaba cansando, aunque el clímax aún parecía lejano, la levanté de mi regazo y la puse de rodillas en el sofá.

— ¿Qué ocurre? — me preguntó, sin entender por qué nos había interrumpido.

— Agárrate al sofá. — La empujé hacia atrás para que pudiera apoyarse en el respaldo.

Me levanté, fui detrás de ella y la agarré por las caderas, haciéndola flexionar el culo, quedando más suspendida y facilitándome el acceso a su coño.

Apoyé una rodilla en el sofá y mantuve la otra pierna estirada mientras volvía a penetrarla. Con las manos fijas en sus caderas, la atraje hacia mí de un firme tirón, haciéndola gritar al chocar nuestros cuerpos.

Hice el acto un poco más rápido mientras tiraba de ella hacia mí, en un delicioso vaivén que provocaba estallidos cada vez que nuestras pieles chocaban. Me deslicé en su interior con facilidad. Rhea estaba muy mojada y parecía mojarse más y más a medida que me frotaba en su interior.

Quité una de mis manos de su cadera y la moví hacia arriba, deslizándola por su nuca hasta meter los dedos en su pelo. Agarré los mechones y tiré de su cabeza hacia atrás, aumentando sus gemidos y haciendo que Rhea frotara su trasero contra mí.

Con todo aquel frenesí, cada vez me costaba más contenerme. Intenté controlar mi propio orgasmo, pero sería imposible no correrme pronto.

Seguí sujetándole el pelo, mientras con la otra mano bajaba hasta sus muslos y le abría los *labios*, buscando su clítoris. Lo toqué con movimientos circulares y sus gemidos se hicieron más fuertes. No fue el único efecto de mi estimulación, ya que su canal empezó a contraerse cada vez más, con una fuerza que casi me empujaba hacia fuera. No pude resistir la deliciosa presión y

acabé eyaculando.

Me eché hacia atrás, cruzando mi cuerpo contra el suyo y respirando en su nuca. Mientras me recuperaba de mi orgasmo, seguí estimulando a Rhea, moviendo el dedo en círculos sobre su punto más placentero hasta que ella también alcanzó el orgasmo.

Me salí con sus contracciones y mi propia pérdida de volumen y volví a subirle las bragas para que el semen no corriera por sus muslos.

— ¡Estoy hambrienta! — Se desplomó en el sofá.

— ¿No has comido? — Le mordisqueé la espalda.

— Aún no. — Se echó el pelo a un lado, apartándoselo de la cara. — Sólo que ahora tengo más hambre.

— ¿No pasaste toda la tarde en una cocina?

— Quería cenar contigo.

— Vale, vale. — Le di una palmada en el trasero y Rhea chilló.

— ¡Eh!

— No pude resistirme. — Me encogí de hombros y ella se rió.

— Pide nuestra cena y mientras está lista nos damos una ducha.

— De acuerdo. — Acepté y me acerqué a un teléfono para llamar a la cocina.

Mientras hablaba por teléfono, la vi darse la vuelta en el sofá y sentarse. Rhea estaba ligeramente sonrojada, visiblemente agotada y aún más guapa después del buen rato que habíamos pasado.



Rhea

Capítulo cuatenta y dos

Me estaba acostumbrando a la vida en el complejo más rápido de lo que creía posible. Algunos miembros del personal aún recelaban de mi presencia, pero la mayoría eran muy amables.

Esa mañana me levanté temprano, en contra de las peticiones de mi novio de que nos quedáramos juntos en la cama, y me dirigí al restaurante, llegando al mismo tiempo que los demás empleados. Sabía que estar con Klaus me daba ciertos privilegios, pero era mejor que no fuera tan obvio todo el tiempo, lo que probablemente haría que la gente se sintiera más cómoda conmigo.

— Buenos días, señorita. — Saludé a los asistentes con una media sonrisa mientras me dirigía a la despensa y recogía el delantal que había dejado allí.

Klaus había quedado en llevarme más tarde a ver la isla donde se estaba construyendo el nuevo complejo turístico y yo quería poder ayudar en todo lo posible hasta que tuviera que marcharme. Aunque solo fuera lavando los platos de nuevo.

Ese día se mostraron más receptivos y me dieron algunos ingredientes para lavar y picar. Siempre que podía, observaba al chef y cómo dirigía la cocina. Siempre me ha gustado preparar la comida y, a diferencia de ellos, que tenían un título universitario u otros cursos, todo lo que sabía procedía de la experiencia práctica, con errores y aciertos. Además, siempre se me ha dado muy bien observar a los demás.

Creía que si me esforzaba de verdad, podría encontrar mi sitio allí, no sólo como alguien a quien había que tolerar porque era la novia del dueño. Por mucho que quisiera a Klaus desde niña, no me limitaba a él y quería que los demás se dieran cuenta.

No conocí a su ex mujer, ni supe si era realmente lo que decían que era, pero no quería que tuvieran esa misma imagen de mí. Crecí en la isla, donde todo el mundo cooperaba entre sí, teníamos un espíritu comunitario, y tenía la sensación de que podría encontrar algo parecido con el personal del complejo.

— Necesito cinco nabos picados más, Rhea.

Salí de mis pensamientos cuando me di cuenta de que el *sous chef* me estaba hablando.

— No hay problema. — Me acerqué a donde estaban las verduras y le di al hombre lo que me había pedido.

— Gracias.

— A su disposición.

Se alejó y fue a cumplir un encargo de su jefe, mientras yo dirigía mi atención a los rábanos de una ensalada.

Sin un minuto para detenerme, mi mañana pasó rápidamente. Me distraje por completo cuando oí al personal murmurar y callarse al mismo tiempo.

— Rhea. — Oí su voz y levanté la cabeza de la tabla de cortar.

— ¡Klaus! — Moví la cabeza de un lado a otro y comprendí la sorpresa en los ojos de las demás personas que estaban en la cocina conmigo. Seguramente mi novio no debía ser una presencia muy frecuente allí.

— Hola — sonreí.

— ¿Puedes venir conmigo?

— Yo me encargo. — Dorotéia, que era una de las ayudantes de cocina, me quitó el cuchillo de la mano al detenerse a mi lado.

— Gracias, Doro.

— Adelante.

Me lavé las manos y me quité el delantal.

Klaus salió de la cocina y yo le seguí sin decir palabra a los demás empleados.

— ¿Estás seguro de que quieres seguir haciendo esto? — preguntó mientras nos dirigíamos al helipuerto.

— ¿Qué? — Alcé las cejas, sorprendida por su pregunta.

— Trabajando en la cocina.

— ¿Por qué no debería? ¿Te molesta?

— ¿Por qué iba a molestarme? — Giró la cara para mirarme.

— Eso es lo que parece.

— No te sientas obligada a hacer nada por el hotel sólo porque vivas aquí conmigo.

— En la isla, cada uno siempre ha hecho su papel. Lo que me molesta es que no haya nada que hacer.

— Me di cuenta. — Forzó una sonrisa y me di cuenta de que lo estaba procesando todo.

— Estoy bien. — Me acerqué a él y le puse la mano en el hombro.

— Es lo único que importa. — Tiró de mí y me dio un beso inesperado.

Seguimos caminando hasta que vi a Adonis esperándonos junto al helicóptero. Saludé amablemente al piloto y me dirigí a mi ubicación.

En cuanto el avión despegó, no dejé de mirar hacia fuera. Siempre me asombraba lo mucho más hermoso que era el mar desde arriba.

Klaus tenía razón, la isla donde se estaba construyendo el nuevo complejo turístico no estaba tan lejos, pero sí un poco más que aquella en la que yo había nacido.

Podría ser sólo mi impresión, pero desde arriba era aún más hermoso que el que albergaba el actual complejo turístico.

— ¿Es más grande? — preguntó Klaus.

— Unos pocos kilómetros.

— Seguro que va a ser un complejo precioso. — Le sonreí.

— Cuento con ello.

Adonis detuvo el helicóptero y pudimos bajar para pasear por la isla. Ya había algunas personas trabajando allí con la ayuda de maquinaria, pero de momento no pudimos ver ninguna señal del edificio, sólo tierra removida y arena.

— ¿Cuánto crees que tardará? — pregunté con curiosidad.

— ¿Para qué?

— Para que el complejo esté listo.

— Uno o dos años.

— ¿Todo eso?

— Es una empresa enorme.

— En la isla construían casas en pocos días. — Me mordí el labio inferior, pensativa.

— Usted tiene sus diferencias. — Se metió las manos en los bolsillos del pantalón crema mientras intentaba contener la risa.

— É... — Tuve que admitirlo.

— Ven aquí. — Klaus me rodeó la cintura con sus brazos y me hizo caminar con él colina arriba.

Seguimos caminando hasta la cima, donde abajo había un desfiladero muy empinado que bajaba hasta el mar. Mi novio se colocó detrás de mí y me puso una mano en la cintura mientras con la otra me señalaba el horizonte para que pudiera verlo bien.

— Esta será la vista desde la mayoría de las habitaciones.

— Es precioso. — Estaba segura de que me brillaban los ojos al admirar esa extensión azul.

— Sí que lo es. — Inclinó la cabeza y me estremecí cuando su boca se deslizó por mi cuello.

— Klaus...

— Sólo que creo que tú eres más hermosa.

— Deténte. — Detuve su mano antes de que se deslizara demasiado lejos.

— ¿Por qué? — Tomó un bocado que fácilmente podría estropear mi juicio.

— Hay mucha gente trabajando en la isla.

— Están ahí abajo concentrándose en sus servicios.

— Pero pueden vernos.

— No pueden...

Me zafé de sus brazos antes de que Klaus pudiera terminar la frase. Por mucho que me gustara estar en sus brazos, no quería que nos vieran en medio de algo que debería haber estado restringido a nosotros dos.

— Vuelve. — Vino corriendo detrás de mí y me divertí mientras intentaba alcanzarme.

— Creo que soy más rápida.

— ¿Segura? — Intentó acelerar y yo hice lo mismo.

Corrimos por la isla, mientras yo intentaba esquivarle, hasta que Klaus saltó sobre mí y me agarró.

Grité cuando perdimos el equilibrio y acabamos rodando por la hierba.

Nos detuvimos con él encima de mí. La presión de su cuerpo sobre el mío me detuvo y sus ojos azules me atrajeron tan intensamente que por unos instantes no pude ni respirar.

Abrí la boca, intentando decir su nombre, pero lo único que conseguí fue un suspiro corto que pareció dejarme aún menos sin aliento.

— Rhea... — Me tocó la mejilla e inclinó la cabeza para besarme y no pude negarme.

Por mucho que no me pareciera el mejor lugar del mundo, cuando me besó, mi impulso fue simplemente ceder, sin pensar en nada más. Su mano, firme y pesada, se deslizó por mi muslo, pero antes de que llegara más lejos, oímos el ruido de una maquinaria que me hizo apartarlo de mí.

— ¡Aquí no!

Klaus asintió y se levantó. Me tendió la mano para que me levantara con él.

— ¿Quieres ver el proyecto?

— ¿Proyecto? — Fruncí el ceño sin comprender.

— Cómo se verá.

— ¡Sí!

Me condujo a un pequeño edificio de madera con algunas habitaciones que habían levantado cerca de la playa. Por mucho que se pareciera a las casas a las que estaba acostumbrado, estaba seguro de que sólo era provisional para ayudar a construir algo más grandioso.



Klaus

Capítulo cuarenta y tres

Varias veces había oído a la gente hablar del momento en que conoces a alguien que hace tu vida tan especial que da sentido a muchas ocasiones y sentimientos. Siempre pensé que eran tonterías, una forma poética de vender el amor en los medios de comunicación.

Cuando decidí casarme con Sophia, quizá aún era un niño que actuaba por impulso o pensaba que la pasión y la atracción eran los únicos sentimientos posibles. Era guapa, divertida y teníamos buen sexo.

Por desgracia, nos quedaba poco tiempo para estar seguros de que el matrimonio funcionaría de verdad y de que lo que teníamos sería suficiente. En el fondo, aún me culpaba de lo que le había ocurrido. Era demasiado joven para morir de una forma tan trágica.

Sólo que por fin estaba aceptando que ya no podía hacer nada más. Ella se había ido y yo seguía vivo, en una relación con otra persona y descubriendo nuevos sentimientos.

Hacía unos tres meses que Rhea vivía conmigo, mucho más tiempo del que yo había vivido con Sophia, y estaba seguro de que quería que siguiera siendo así. La joven radiante que me desafiaba y prefería pasarse el día trabajando en la cocina me demostraba cada vez más lo bien que podía sentirme al lado de alguien.

La estaba amando, un sentimiento intenso que durante mucho tiempo creí imposible.

Su presencia, su sonrisa, su forma de hablar e incluso las veces que me desafiaba me dejaban cada vez más deslumbrada. No era sólo el sexo lo que me gustaba cuando estábamos juntos, sino su simple presencia.

Abrí el cajón del mueble donde estaba trabajando y saqué una caja de terciopelo. Dentro había un anillo de compromiso que había encargado y que había llegado la tarde anterior.

Algunos podrían pensar que me precipitaba, pero ya había perdido a suficientes personas para demostrar lo efímera que podía ser la vida. Si quería casarme con ella, no veía razón para esperar.

El tiempo que pasamos juntos fue suficiente para demostrarme lo buenos que éramos el

uno para el otro. Ella hizo mi vida mejor y menos vacía...

Volví a poner el anillo en su sitio y cerré el cajón cuando oí que llamaban a la puerta.

— ¿Quién es? — pregunté con voz áspera.

— ¿Señor? — Hannah abrió la puerta y asomó la cabeza al interior.

— ¿Por qué no llamaste?

— Pensé en hablar con usted en persona.

— Bien, habla — adopté un tono más duro.

— Hay alguien aquí que quiere verlo.

— ¿De quién se trata?

— Creo que será mejor que vaya y lo vea usted mismo.

— Hannah, no me quites tiempo.

— Tiene que verlo, señor.

— Mira...

— Señor, por favor.

— De acuerdo. — resoplé, mostrando mi irritación, pero me levanté de la silla y me dirigí a la puerta.

Hannah se apartó de mi camino para que pudiera salir al pasillo y lo primero que vi fue a una mujer de espaldas. Llevaba el pelo rubio pegado al trasero y, cuando se volvió para mirarme, no supe muy bien si se trataba de un extraño sueño o de una pesadilla.

— Hola, mi amor... — Ella esbozó una amplia sonrisa.



Rhea

Capítulo cuarenta y cuatro

— No tienes muy buen aspecto. — Dorothea se detuvo a mi lado mientras yo abría una barra de pan que había en la encimera. —Deberías estar descansando.

— Quiero trabajar.

— Exiges demasiado para alguien que está prácticamente casada con un príncipe.

— No estoy casada.

— Viven juntos. — Ella se encogió de hombros.

— ¿Qué es ese olor? — Suelto la pasta y me tapo la boca con la mano para contener las ganas de vomitar.

— ¿Ajo? — Enarcó una ceja, confusa.

— Sí, no creo que pueda quedarme aquí hoy.

— ¿Qué sientes? — Me analizó más detenidamente mientras cerraba los ojos para evaluar cada rasgo de mi rostro. — Estás verde.

— Todo me da náuseas. — Volví a contener las ganas de vomitar, pero cada vez me resultaba más difícil.

El líquido me subió por el esófago y sentí un ardor muy incómodo.

— ¿Le has dicho a Klaus que estás embarazada?

— ¿Qué? — La forma en que me habló me dejó completamente atónito. — Yo no... — Me detuve a mitad de la frase.

¿Embarazada?

Mi madre había muerto cuando yo era muy pequeña y no tuve la oportunidad de preguntarle por muchas cosas de la vida, sobre todo por ésa. Las mujeres aparecían embarazadas en la isla todo el tiempo, pero no pregunté cómo.

No es que fuera tan ingenua. Había estudiado en la isla, había sido alfabetizada y había recibido un poco de conocimiento común, sabía lo mínimo sobre ciencia. Los bebés venían de las relaciones entre un hombre y una mujer y Klaus y yo lo habíamos hecho mucho desde que me había mudado allí.

— Podría ser... — Se me escapó mientras Dorothea seguía mirándome. — ¿Cómo puedo estar segura de que realmente espero un bebé?

— Haz una prueba. — Se encogió de hombros como si fuera lo más obvio del mundo. — Hay una farmacia al lado de la tienda. Creo que puedes conseguir una allí. Pero no puedo ir contigo o el jefe me estrangulará por malversar fondos de la cocina.

— Puedo ir por mi cuenta. Muchas gracias.

— Vuelve si necesitas algo.

— ¡Vale! — Asentí y me quité el delantal. — No me encuentro bien. — le dije al jefe.

— Ve a la enfermería. Cuídese, señorita — me habló de un modo mucho más amable que durante mis primeros días allí. Creo que no sólo él, sino todos los demás, se habían acostumbrado a mi presencia.

Asentí y salí de la cocina. Caminé por el complejo hasta la tienda de comestibles que estaba cerca del edificio principal, junto con el mostrador de recepción.

El mero hecho de alejarme de los fuertes olores de todos los ingredientes y especias hizo que mi estómago se sintiera un poco mejor y que dejara de tener la sensación de que iba a vomitar en el siguiente estímulo.

Me acerqué al pequeño mostrador de la farmacia y el hombre sentado tras él levantó la cabeza para mirarme.

— Señorita. — La forma en que me miró me bastó para saber que me había reconocido. No había ni un solo empleado en aquel complejo que no supiera quién era yo. Me había acostumbrado y lo llevaba bien. Como en la isla todos se conocían, no me resultaba extraño.

— Hola —saludé un poco torpemente.

— ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

— Quería una prueba.

— ¿Prueba de qué? — insistió, tratando de entender a qué me refería.

— Embarazo. — Esbocé una sonrisa.

No pudo contener su sorpresa.

— La traeré ensegida.

— Gracias.

Esperé con las manos cruzadas delante de mí, frotándome los dedos mientras intentaba deshacerme de la tensión.

— Aquí está. — Me entregó una cajita en una bolsa unos minutos después.

— ¿Puedo pedirte un favor?

El hombre se sorprendió aún más.

— Claro.

— No se lo digas a nadie. Si realmente estoy esperando un bebé, quiero ser la primera en decírselo a Klaus.

— Sí, no lo haré, señorita.

— Gracias, gracias. — Solté sus hombros, aliviada.

Salí y fui al piso donde vivía con Klaus. Ya estaba tan adaptada al lugar que mi huella digital me abrió la puerta.

En cuanto me aseguré de que no estaba, fui directamente al baño y abrí la caja. Leí todas las instrucciones e hice el procedimiento paso a paso, que se reducía a orinar en un botecito, ponerme una venda y esperar.

En cuanto apareció el signo más en la esfera, tuve la certeza de que realmente tenía un bebé creciendo dentro de mí, nuestro bebé.

Al principio hubo pánico, quizá incluso cierta desesperación. No lo había planeado ni pensado, pero una vez pasado el miedo, lo único que sentí fue alegría. Lo único malo era saber

que mi padre no estaría allí para conocer a su nieto o nieta.

Yo había crecido en una isla con menos recursos, así que no sería difícil para mi hijo teniendo en cuenta todo lo que tenía su padre. También imaginé que al menos la gente de la cocina donde yo trabajaba trataría bien a ese niño.

Estaba segura de que tendría un buen hogar incluso antes de que llegara.

Volví al salón y miré la hora. Era media tarde y Klaus estaría en la oficina un rato más. Lo correcto sería esperar hasta que, naturalmente, nos viéramos por la noche, pero no podía esperar a que él se enterara. Además, era posible que el tipo que trabajaba en la farmacia no nos lo dijera directamente, pero las noticias tendían a propagarse rápido incluso cuando te pedían que mantuvieras el secreto.

Imaginé que Klaus se enfadaría si se enteraba por otra persona de que íbamos a tener un bebé.

¡Embarazada!

Respiré hondo. Aún me costaba asimilarlo, a pesar de lo feliz que me sentía.

Salí del piso y me dirigí al edificio de la administración. Esa vez el guardia de seguridad ni siquiera se atrevió a detenerme. Pasé a su lado, saludé y seguí adelante.

La secretaria de Klaus parecía ser la única que seguía tratándome de forma extraña, pero le gustara o no, estaba conmigo. Si había algo a lo que no quería renunciar, era a eso.

No lo dejaría por ella ni por nadie.

Salí del ascensor con el corazón acelerado. Pensé en cómo decírselo y decidí que sería mucho más fácil ir directamente al grano.

¡Hola, estoy embarazada! O quizás sería mejor... *¡Vamos a tener un bebé!*

Intenté no sufrir por ello, sólo dejar que las palabras salieran en el momento adecuado. Conocía a Klaus lo suficiente como para apostar que él también se alegraría de la noticia. No hablábamos de ello, pero él tampoco me había dicho nunca que no quisiera.

Me moría de ganas de lanzarme a sus brazos y celebrarlo con él. Pensé que Hannah me

impediría entrar en su despacho, pero no iba a dejar que me lo impidiera. Dorothea me había dicho algo que nunca olvidé: Klaus era mío y yo tenía más poder que una secretaria si quería utilizarlo. Eso me ayudaba a no enfadarme por la forma en que me trataba a veces.

En cuanto se abrió el ascensor, hinché el pecho para pasar junto a Hannah, pero me detuve en mitad del pasillo al ver a Klaus. Estaba frente a una mujer rubia que parecía de su edad y la miraba como si estuviera viendo un fantasma.

— Sophia... — Cuando le oí susurrar su nombre, estaba segura de que era una criatura del más allá.

No estaba muerta...

— ¡Amor! — gimió mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Tragué saliva.

No puede ser verdad.

Esa mujer debería estar muerta, ¿no? Pero si no lo estaba, significaba que Klaus seguía casado.

De repente, la maravillosa noticia que tenía que darle me estrujó el corazón y me temblaron las manos. *¿Cómo íbamos a tener un hijo juntos si todavía había otra mujer?*

Entré tambaleándome en el ascensor sin que me viera.

Era difícil de asimilar y sólo esperaba haber visto algo que no estaba ahí.



Klaus

Capítulo cuarenta y cinco

Nunca había visto su cuerpo, no había una tumba ni siquiera un recipiente de sus cenizas a las que rezar el Día de los Muertos. Sin embargo, la tormenta de aquella noche había sido tan violenta que no me imaginaba que Sophia hubiera podido sobrevivir. Si lo hubiera hecho, como yo, no habría pasado tanto tiempo desaparecida...

Parpadeé un par de veces, lo suficiente para asegurarme de que lo que estaba viendo no era una broma de mi mente. No era exactamente como la Sophia que yo recordaba. Tenía una cicatriz en la mejilla derecha que le deformaba un poco la cara y marcas de expresión que no solían estar ahí, pero habían pasado casi seis años. Yo también había cambiado con el tiempo, había envejecido. Cuando me miraba en el espejo, podía incluso contar que habían aparecido algunos mechones de pelo blanco.

El paso de los años siempre dejaba su huella, pero no era eso lo que me chocaba tanto como el simple hecho de que ella estuviera allí, delante de mí.

Ya había llorado su muerte, me había martirizado y culpado por ella, hasta que finalmente acepté que no podía hacer nada más.

Pero si seguía viva, me había equivocado en todo.

— Amor... — Dijo en tono lloroso mientras me echaba los brazos al cuello.

Permanecí inmóvil y necesité más tiempo para asimilarlo. No había nada más extraño que darse cuenta de que una persona a la que había creído muerta durante tanto tiempo no lo estaba en realidad.

— Sophia... — Repetí su nombre con la esperanza de que rompiera alguna barrera que me dejaba tan paralizada.

— Klaus, fue tan difícil...

— ¿Cómo? — La agarré por los antebrazos e hice que se apartara de mí para poder mirarla de nuevo.

— Esa vez.

— No puede ser, tú...

— Me han declarado muerta — sollozó con lágrimas en los ojos. — ¿Por eso nunca intentaste encontrarme? — Apoyó la cabeza en mi pecho y sentí cómo sus lágrimas empapaban mi camisa.

Por impulso, levanté la mano y le acaricié el pelo. Era más áspero de lo que recordaba, pero habían cambiado muchas cosas.

— ¿Qué ha pasado? — me aventuré a preguntar.

— Sigue siendo difícil pensar en ello. — Se puso las manos en las sienes como si le doliera. — Me desperté en una isla, no sé cómo llegué allí. Estuve tanto tiempo en coma que pensaron que no sobreviviría. — Se apartó de mí y se tocó la mejilla. — Mi cara... — Contuvo las lágrimas, pero no pudo evitar que brotaran.

— ¿Fue por el accidente?

Sophia asintió. Sus ojos verdes parecían más tristes que nunca y eso hizo que se me estrujara el corazón.

— No sé cómo ocurrió, pero cuando me desperté tenía la cara vendada.

— ¿Por qué no volviste aquí?

— Ni siquiera podía recordar mi nombre. Nada... Toda mi vida era un gran vacío. No sabía quién era, de dónde venía ni qué me había pasado.

— ¿Te acuerdas ahora?

— Algunas partes. Tengo flashes. Las imágenes han vuelto recientemente, pero no todo todavía. El médico dijo que quizá no volvieran nunca. — Me abrazó de nuevo, apretándome las costillas con tanta fuerza que me quedé sin aliento. — Lo importante es que me acordé de ti, de nosotros y de nuestra boda.

Matrimonio... esa palabra sonó como una campana en mi cabeza. Mi sudor frío se hizo aún más intenso cuando recordé a Rhea.

Mi chica, mi novia y la mujer con la que pretendía casarme pronto, pero cómo iba a hacerlo si Sophia había resucitado.

— Ah, Klaus, mi amor. Es tan bueno estar de vuelta contigo.

Respiré hondo, intentando poner en orden mis pensamientos. Ella agachó la cabeza e intentó besarme, pero antes de que pudiera, volví la cara.

— ¡Cálmate! — La empujé, interrumpiendo el abrazo.

— Sé que estás sorprendido, pero probablemente también me extrañas. Han pasado tantos años...

— Exacto, han pasado años.

— ¿Por qué actúas así? — Empezó a llorar otra vez.

— Han pasado muchas cosas en todo este tiempo.

— Ya lo sé. A mí también me pasó, pero lo importante es que estoy aquí y que volvemos a estar juntos.

Antes de que pudiera abrazarme, volví a sujetar sus brazos con fuerza y la mantuve a unos centímetros de distancia.

— Tenemos que hablar.

— Me estás asustando.

— Ven conmigo. — Recordé que Hannah nos estaba mirando y tiré de Sophia hacia mi salón.

Cerré la puerta tras nosotros y la dejé junto a ella. Puede que no fuera exactamente el trato que ella esperaba de mí, pero no podía ignorar todo lo que estaba ocurriendo.

— Sé que salí de la nada y te cogí por sorpresa, pero deberías estar contento.

— Estoy con otra mujer, Sophia. — Pensé en varias formas de decírselo, pero no encontré ninguna que fuera mejor que ir directo al grano.

— ¿Qué? — Parecía sorprendida.

— Lo que escuchaste.

Tragó saliva y empezó a llorar. No era lo bastante frío como para que no me molestara, simplemente no se me ocurría qué hacer.

— Bueno... — Respiró hondo y se tragó las lágrimas. — Me doy cuenta de que ha pasado mucho tiempo y de que va a ser duro romper con ella, pero una vez que hayamos solucionado todos los problemas, volveremos a estar tan bien como antes del accidente. — Forzó una sonrisa.

Romper con ella...

Me dolía el corazón al mirar a la mujer que tenía delante y pensar en la que se había despertado en mis brazos aquella mañana. Puede que a Sophia le pareciera sencillo, pero yo no podía romper con Rhea.

Parpadeé y la imagen del anillo en mi cajón se hizo nítida como si lo estuviera mirando. Tenía muchos planes, pero no incluían a mi mujer, que acababa de regresar.

Sophia dio unos pasos hacia mí y yo retrocedí varios más.

— Klaus. — Sus ojos se pusieron aún más rojos de tanto llorar. — Sé que es una sorpresa verme aquí, pero ¿te imaginas lo difícil que ha sido este periodo sin ti? Perdí mi nombre, mi identidad, mi familia, mi marido y todas mis comodidades. ¿Puede creer que trabajé como una campesina? — Se miró las manos y se rió como si fuera una broma.

— Trabajar es bueno para ti.

— No limpiando pescado, créeme. — Resopló.

— Imagino que estarás cansada — cambié de tema. — ¿Por qué no le pides a Hannah que te lleve a una de las habitaciones libres?

— ¿Habitaciones vacías? — Ensanchó sus ojos verdes. — ¿Por qué no a la nuestra?

— No puedes ir allí.

— Pero... ¿Está la otra ahí? ¡¿En mi lugar?! — Apretó los dientes como si yo hubiera cometido un crimen terrible. — No puedo creer que me hayas hecho esto.

— Estabas muerta.

— ¿Has probado a buscarme un poco más en lugar de creerte esa frase?

Su pregunta me devastó y no pude responderla.

— Seguro que fue muy fácil encontrar otra.

— Nada es tan sencillo.

Se tapó la boca con la mano y su llanto se hizo aún más fuerte. Sus pesadas lágrimas arrastraron mi felicidad de los últimos meses al suelo y me derrotaron en muchos sentidos.

Probablemente debería haberla buscado con más ahínco en lugar de simplemente aceptar que estaba muerta, pero no lo hice...

— Ve con Hannah.

— Después de todo lo que he pasado, ¿ne echarás?

— No te estoy echando.

— ¿Estás seguro? Porque parece que eso es exactamente lo que estás haciendo. Volví aquí esperando tus brazos, tus besos. Quiero nuestra vida de vuelta.

— No podemos volver a donde estábamos antes del accidente.

— Porque no quieres.

Me dolía la cabeza como si hubiera mil martillos golpeándola desde ambos lados. También tenía ganas de llorar, pero era más fuerte. Tenía que mantenerme firme o me derrumbaría fácilmente.

Tal vez antes de Rhea incluso sería posible volver al momento anterior al accidente. Sin lazos con nadie más, quizá hubiera sido más fácil recuperar a mi mujer, pero yo había creado otros nuevos y había transformado mis sentimientos.

Mirando a Sophia, no veía ninguna de las razones que me habían llevado a casarme con ella, pero al mismo tiempo pesaba sobre mis hombros una enorme obligación. Era mi mujer, le había hecho votos que durarían hasta que la muerte nos separara. Pero, ¿qué iba a hacer si la muerte no llegaba?

— Sophia, por favor...

— Así que es eso, ¿de verdad vas a echarme?

— Sólo necesito hacerme a la idea.

— Como si hubiera algo más que hacer. — Hinchó el pecho, parecía decidida y enfadada al mismo tiempo.

Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta con paso rígido.

En cuanto se marchó, me tambaleé hasta mi escritorio y me hundí en mi sillón de cuero. Volví a abrir el cajón y toqué la caja con el anillo de compromiso.

Romper con ella... Esa frase sonó como un cuchillo afilado atravesando mi corazón. Romper con Rhea definitivamente no era lo que yo quería. Al mismo tiempo que el regreso de Sophia, necesitaba recordar que estaba casado con ella.

Me sentía la peor persona del mundo mientras deseaba que nunca hubiera vuelto. Me castigaba y me culpaba por esos sentimientos. Sophia seguía siendo mi mujer, hubiera hecho lo que hubiera hecho durante el tiempo que estuvimos separados.



Rhea

Capítulo cuarenta y seis

Sin saber adónde ir ni qué hacer después de ver a Klaus delante de la mujer que me pareció su difunta esposa, deambulé por el complejo hasta que me detuve en la playa. Me quité los zapatos y me subí los pantalones, caminando hacia donde rompían las olas.

Esperaba que la temperatura del océano aliviara el dolor de mi corazón. Desde que me enteré de la muerte de mi padre, no había vuelto a saber lo que era sentir el pecho destrozado de aquella manera. Era un dolor terrible y tan intenso que imaginé que nunca volvería a experimentarlo.

Klaus no estaba muerto, pero imaginé perderlo de una manera tan terrible.

¿Qué sería de mí ahora que su mujer había vuelto?

¿Y nuestro bebé?

Me puse las manos en el vientre, que seguía sin mostrar signos de embarazo.

Estaba aterrorizada y sentía un dolor en el pecho difícil de controlar. Me dificultaba la respiración e incluso los pasos. Todo lo que estaba viviendo con Klaus era un sueño, algo que siempre había anhelado, pero siempre nos despertábamos de los sueños y parecía que Sophia era mi despertador.

Le gustara o no, era su mujer, lo que hacía que nuestra situación fuera muy delicada.

Me entró el pánico. Quería saber qué hacer, pero no podía. La angustia me dificultaba pensar.

Pateé un puñado de arena después de que el mar retrocediera y esperé a que una nueva ola rompiera sobre mis pies.

Me enfrenté al océano al que me había acostumbrado desde niña. En él había albergado la expectativa de que mi padre siempre volvería a casa, pero un día no lo hizo.

Quizá la esperanza y la certeza de que todo iría bien eran tan efímeras como un castillo de arena.

¿Qué iba a hacer?

Era doloroso pensar en ello, pero era necesario, aunque no tuviera respuestas que me hicieran sentir menos desesperado. Analicé mis alternativas, si volvía a la isla sería acogida por la gente como siempre lo había sido. Me darían cobijo, cosas que hacer y a mi bebé y no pasaría hambre.

Iba a vivir como siempre había vivido y no debería haberme dado tanto miedo... Pero lo era. Ya sentía que había encontrado mi lugar en el complejo y cuando vives un sueño tan bueno como ése, no quieres despertar.

No había tenido noticias de Juliana, aunque me parecía que estaba bien. Después de la visita, se había marchado sin decir gran cosa. Me pareció que se había liado con un hombre peligroso, probablemente incluso peor que los que nos habían secuestrado, pero la sonrisa de su cara indicaba que mi amiga estaba bien. En el fondo, sólo esperaba eso, que ella mereciera un final feliz y que yo también lo mereciera.

Me había dejado engañar, había imaginado que mi vida con Klaus sería como era para siempre. Nos levantábamos por la mañana, íbamos los dos a trabajar, nos volvíamos a ver por la noche, practicábamos sexo hasta quedar exhaustos y luego nos acurrucábamos el uno junto al otro, charlando del día y de trivialidades, como la vez que vi una mariposa multicolor de camino al restaurante. Era insólita y pensé que incluso podría haber venido en el equipaje de algún huésped. Pasamos horas hablando de ello y sentí que la velada se volvía aún más increíble.

Los ojos se me pusieron pesados y me costó contener las lágrimas al pensar que todos aquellos momentos, todos los días que pasamos caminando juntos, o incluso las veces que hablamos con sólo mirarnos podían acabarse porque su mujer había vuelto.

Me llevé la mano al pecho cuando más me apretaba, quería librarme de esa respiración entrecortada, pero era difícil.

— Rhea... — Oí mi nombre casi como un susurro, como si fuera la brisa del mar soplando las letras.

Dejé caer las manos, pero permanecí inmóvil.

— ¡Rhea! — El tono se hizo más audaz, más desesperado. La voz de Klaus se hizo más

fuerte que el sonido de las olas rompiendo en la arena.

Entonces me di la vuelta, como si el viento me hubiera hecho girar.

— Klaus...

Le vi caminar hacia la playa, con los zapatos hundidos en la arena, mientras intentaba llegar a mí lo antes posible.

— Rhea... — Se detuvo frente a mí, jadeante, y alargó una mano helada, tocándome la cara y haciéndome levantar la cabeza para mirarle.

Su respiración era jadeante y la mía se hizo aún más urgente.

Quería poder sacar toda esa angustia, pero no podía.

— Te busqué en la cocina y por todo el complejo hasta que un socorrista me dijo que estabas aquí.

— I... — Me falló la voz. Tal vez debería haber sido capaz de decir algo, pero era como si un coco se hubiera instalado en mi garganta, bloqueándolo todo.

Di un paso atrás tambaleándome, pero antes de que pudiera caer, Klaus me agarró por la cintura y el acto me hizo volver a mirarle.

— Rhea —volvió a susurrar mi nombre y me di cuenta de lo fuerte que salía de sus labios, casi como si causara dolor.

— Hola... — Tragué con fuerza, tratando de deshacerme de esa sensación sofocante.

— Hay algo que tengo que decirte. — Estaba claro que no era el único al que le costaba hablar.

— I... — Quería decir que lo sabía, que la había visto y que por eso había corrido sin rumbo, sintiendo sangrar mi corazón, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, una voz aguda y delgada rasgó el momento como un trueno en la tormenta que siempre nos deja asustados.

— Así que ese es por ella que me estás cambiando.

Giré la cabeza en la dirección del sonido y me aparté de Klaus, separándome de su contacto.

La mujer rubia estaba de pie donde la hierba se unía a la playa, con la mano en la cintura, llevaba una expresión que mezclaba furia y tristeza. Era hermosa, incluso con la cicatriz que la había marcado e imaginé que lo habría sido aún más cuando Klaus y ella se habían casado años atrás. Tenía el nivel de una modelo, de una actriz, y no era difícil entender qué podía haberle atraído de ella. Mientras que yo no era más que una chica escuálida con poca educación.

— Sophia, no es el momento — le habló en un tono más firme.

— ¿Cuándo será el momento de decirle que tiene que irse porque tu mujer ha vuelto? — Apretó los dientes. — ¿Cuántos años tiene, dieciocho? Si es que es mayor de edad. Apuesto a que involucrarte con una mocosa te hizo sentir mejor, pero he vuelto y la vida real también.

Me alejé unos pasos más de Klaus. Sus palabras dolían, pero tenían un cruel toque de verdad.

Me agarré el lateral del pantalón y me impedí abrazarme el vientre. Me acordé del embarazo, pero estaba claro que no era el mejor momento para contarlo.

— ¡Sophia, para! — Klaus levantó la voz con ella.

— Amor, he vuelto y no entiendo por qué no soy tu prioridad. Me dejaste sola después de todo lo que he pasado para venir corriendo detrás de tu amante.

Amante... la palabra me incomodó aún más.

Quería a Klaus, sería la mayor mentira del mundo si dijera que no, pero ¿sería tolerable estar en un segundo plano en su vida?

Había visto algunos casos de amantes en la isla y ninguno había acabado bien.

— No es mi amante — dijo entre dientes.

— ¿Hay otro nombre para una mujer que se lía con un hombre casado?

Casado...

Cada una de esas palabras se repetía en mi mente, y su sonido me producía una tensión aún

más incómoda.

Me dolía tanto el pecho que no pude contener las lágrimas. Me tragué las lágrimas, pero seguían saliendo, cada vez más intensas, cada vez más dolorosas. Pensaba que podrían lavar mi sufrimiento, pero solo lo intensificaron.

Había sido tan tonta como para creer que viviría feliz para siempre con Klaus. La primera vez que salió de mi casa para volver a su imperio, debí aprender que teníamos destinos diferentes.

A pesar de lo destrozada que estaba, quizá esos tres meses juntos fueron mucho más de lo que podría haber deseado. Fuimos felices y él me hizo olvidar el abismo que siempre había existido y que existiría para siempre.

Aquella mujer de postura altiva y aire arrogante era la verdadera dueña de aquel lugar y yo sólo su *amante*...

— Señorita. — La mujer se volvió hacia mí como si vertiera veneno en cada palabra. — Es hora de que se vaya.

— No! — se impuso Klaus y pude ver lo confundido que estaba por todo y en el fondo ni siquiera podía culparlo por lo que estaba pasando.

— ¿Qué piensas hacer? — Se volvió hacia su marido. — ¿Quedarte con las dos?

La boca me sabía aún más amarga mientras alternaba su mirada entre nosotros dos. ¿De verdad se le había pasado por la cabeza?

Retrocedí unos pasos más, sintiendo cómo me palpitaba la cabeza. Cada vez me costaba más asimilar lo que estaba ocurriendo.

— No... — Klaus finalmente respondió a su esposa y la bomba cayó sobre mí.

Se acabó.

La verdadera Sra. Demetriou había vuelto para ocupar un lugar que era incuestionablemente suyo. Klaus estaba casado con ella y no conmigo, y eso no era algo que yo pudiera discutir.

Le di la espalda e intenté alejarme. Quería salir de allí más rápido, con la esperanza de que el dolor desapareciera, pero sabía que no sería tan sencillo.

— ¡Rhea! — Le oí gritarme y empecé a llorar aún más fuerte.

— ¡Klaus, no! — La mujer se impuso.

Finalmente conseguí correr, salir de allí lo más rápido que pude antes de que toda la situación empeorara aún más.

Estaba casada. Él no podía estar con las dos y, aunque pudiera, no sabía si era algo que yo quisiera. Me había lanzado de cabeza y había olvidado lo diferentes que éramos. Era hora de asumir las consecuencias.

Nunca habría podido predecir que su mujer, a la que creíamos muerta, volvería, pero su regreso había puesto fin a mi cuento de hadas.



Klaus

Capítulo cuarenta y siete

Vi a Rhea salir corriendo y cada célula de mí quiso ir tras ella, atraer su cuerpo contra el mío y besarla de una forma que nunca se detuviera. Sin embargo, la recriminación de Sophia cuando di el primer paso hizo que mi mente oscilara entre el bien y el mal.

Por mucho que quisiera estar con Rhea, Sophia seguía siendo mi esposa. Había un papel que nos unía, que yo había aceptado firmar. Independientemente de lo que había sucedido seis años antes, todavía estaba en vigor.

— Sophia. — Me volví hacia ella mientras Rhea desaparecía de mi vista — Sé que estamos casados, pero ya te he dicho que no podemos volver a como estaban las cosas.

— Sé que vamos a tener que adaptarnos, que han pasado muchas cosas. Está la cicatriz... He oído hablar de un cirujano plástico muy bueno en Atenas, podrá arreglarla y estaré aún más guapa que antes. Pronto podrás volver a lucirme con orgullo...

— No tiene nada que ver con la cicatriz. — Sacudí la cabeza, masajeándome las sienes. No recordaba la última vez que me había dolido tanto el cráneo. Sentía como si fuera a explotar por la enorme presión.

— Volvamos a conectar.

— ¡No es posible! — Levanté un poco más la voz, aunque creía que no debía.

— ¿Por qué dices eso?

— Amo a Rhea.

— ¿Cómo puedes hablar así? — Apretó los dientes indignada.

— Porque así es como me siento.

— Seguro que estás deslumbrado. Es guapa, es joven y probablemente hace todo lo que tú quieres, pero ya pasará, ya lo verás. Pronto conectaremos de nuevo y será como cuando nos casamos.

¿Hemos conectado? Sophia no entendía que la conexión que tenía con ella no se parecía en

nada a la que había experimentado con Rhea y que no tenía nada que ver con la diferencia de edad. Con Rhea fue más intensa, más real y me hizo sentir mejor hombre desde el principio.

No quería renunciar a lo que habíamos construido.

— Nuestro matrimonio no puede continuar...

— No puedo creer que vayas a decir que quieres el divorcio porque te has enamorado de esa chica después de todo lo que he pasado. — Se abrazó a sí misma como si tuviera frío y empezó a llorar de nuevo. — Eso no es justo, Klaus.

— La vida no siempre es justa.

— Mira lo que dices. Probablemente has perdido la cabeza. No me voy a divorciar, todo lo que quería era tenerte de vuelta y no voy a renunciar a eso.

— Sophia...

— ¡No hay nada que hacer, Klaus! ¡Eres mi marido!

Sí, lo era...

Le di la espalda y empecé a alejarme.

— ¡Klaus!

— Déjame en paz, Sophia.

— No puedo creer que seas tan cruel conmigo. Estuve fuera seis años. Durante ese tiempo he pasado por las peores cosas. En vez de recibir amor y afecto, vengo aquí y estás con otra persona.

— Estabas muerta. — Dejé escapar un grito de furia mientras intentaba asimilar la desolación y la falta de control.

— No me enterraste, no viste mi cuerpo ni lloraste mi muerte.

— La tormenta fue horrible... — Mi dolor de cabeza empeoró aún más mientras luchaba por recordar momentos de aquella noche.

— Pero estás aquí.

— Yo...

— Entonces, ¿por qué no podría haber sobrevivido yo también?

Cuanto más me presionaba, peor me sentía por todo, más culpable me creía por no buscarla.

— Debería haber buscado en todas las islas...

— Pero no lo hiciste.

— Fue tan terrible para mí, Sophia.

— Así que puedes imaginarte cómo me siento.

Me volví hacia ella, sintiéndome aún más desolado, y me fallaron las rodillas. Caí sobre la arena y apoyé las manos en la superficie.

Sophia acabó con la distancia que nos separaba y tiró de mi cabeza hacia ella, haciéndome caer sobre su estómago.

— Todo volverá a estar bien entre nosotros, amor...

No quería que se quedara...



Rhea

Capítulo cuarenta y ocho

Me acerqué al helipuerto cargado con algunas bolsas. Adonis estaba distraído, bebiendo un agua de coco, pero la dejó a un lado en una pared y vino a ayudarme en cuanto me vio.

— ¿Adónde quiere llegar con todo esto, señorita? — Me los quitó de la mano, ayudándome a levantarme, y respiré aliviada porque ya me dolían los dedos por el peso.

— A casa.

— ¿A casa? — Enarcó una ceja oscura. — Esta es su casa.

— Nunca lo fue. Mi hogar está en la isla pesquera donde nací.

— ¿Pasó algo? ¿Te has peleado con el Sr. Demetriou? No te preocupes, a veces es un hombre duro, pero tiene buen corazón y nunca le he visto preocuparse por nadie tanto como se preocupa por ti. Pronto volverás a estar bien.

— No hay forma de que estemos bien, Adonis — dije, sintiendo que me sangraba el corazón.

— Sólo fue una pequeña pelea.

— No nos peleamos.

— Ves, sólo un malentendido. A veces me pasa con mi novia y hablamos para arreglar las cosas.

— Sophia ha vuelto.

— ¿Qué? — Los ojos del piloto se abrieron de par en par como si hubiera oído una locura.

— Sí. Apareció. Klaus está casado, no puede quedarse conmigo.

— Por los dioses del Olimpo. — Se tapó la boca con las manos para ocultar su asombro, pero sus ojos le delataron.

— ¿Puedes llevarme a casa?

— Cla... Por supuesto... — Todavía estaba en shock y equilibró mejor las bolsas cuando subimos al helicóptero.

Me entregó el tapón antes de marcharse.

Guardaría con cariño los recuerdos de aquel complejo turístico, pero ya era hora de volver a mi realidad.



Klaus

Capítulo cuarenta y nueve

Todavía quería perseguir a Rhea, pero Sophia no se apartaba de mi lado, lo que me hacía sentir aún más sofocado y angustiado.

No sé cuánto tiempo pasé tumbado en la arena, con Sophia rodeándome los hombros. Quería que me soltara, pero cada vez estaba más claro que no iba a dejarme ir fácilmente.

Pensé en lo que había dicho y en lo que podría haber vivido. Una mujer tan acostumbrada a la comodidad como ella podía haber sufrido mucho en una isla pesquera. Fue culpa mía por no haberla buscado nunca, pero había pasado mucho tiempo.

Hice un esfuerzo por levantarme y ella se apartó un poco, permitiéndomelo.

— Sé que lo habrás pasado fatal. — Busqué sus ojos verdes y ella asintió sutilmente. — No dejaré que vuelvas a perderte de nada.

— Lo sé.

— Puedo ofrecerte una generosa pensión...

— Klaus, ¡no! — me interrumpió con un grito casi estridente. — No he vuelto por tu dinero, amor mío, he vuelto por ti.

— Sophia...

— Tu atisbo de esa chica pasará. Pronto seremos la pareja que éramos antes. Danos algo de tiempo, por favor. Me lo debes por no buscarme.

La culpa... La presión... El dolor...

Pensé que me volvería loco si no podía lidiar con todo. Sentía que tenía una deuda con Sophia, mientras que era otra mujer con la que quería estar.

Intentó besarme, pero aparté la cara y sus lágrimas volvieron a castigarme. Yo era la culpable de su sufrimiento, del mío y también del de Rhea. Pensé que le debía una explicación mejor que la que le había dado, pero Sophia simplemente no me dejaba libre de culpa.

Ese día no pude volver a la oficina, apenas podía respirar bien, y mucho menos centrarme en los negocios.

Cuando fui a mi piso a primera hora de la tarde, vi que las cosas de Rhea ya no estaban. Ya se había ido una vez y se había vuelto a ir.

Sophia pareció aliviada al entrar en el espacio y ver que no había ninguna otra mujer allí. Sin embargo, la ausencia de Rhea sólo me causó aún más dolor.



Rhea

Capítulo cincuenta

Entre sollozos y fuertes llantos, no sé si realmente había conseguido dormir aquella noche. Después de un rato tumbada en la cama de Klaus, la mía, sencilla, improvisada y precaria, me pareció más incómoda que nunca. Sin embargo, las suaves sábanas no se echaban más de menos que su olor y su presencia.

Al mirar la casa vacía, sentí que la soledad pesaba más que nunca. Había telarañas en las paredes y un olor a humedad. Tendría que limpiarlo para no vomitar todo el rato de las náuseas que me provocaba.

Me levanté con el malestar en el estómago y corrí a un lavabo que había fuera. Me cogí los rizos y apoyé una mano en el lateral del lavabo antes de tirar lo que había comido el día anterior.

Todavía estaba un poco mareada cuando me enjuagué la boca y me marché.

— ¿Has vuelto, Rhea? — Oí una voz detrás de mí y me di la vuelta.

— Sra. Hera...

No fue una gran sorpresa fijarme en mi vecina. De todas las personas de la isla, era la que mejor me había cuidado tras la muerte de mi padre.

— I... — Contuve la respiración y luego la dejé salir lentamente. — He vuelto.

— ¿Por qué? — Se cruzó de brazos mientras me analizaba. — Lo que ese hombre podría ofrecerte es mucho mejor que la vida que llevamos aquí.

— Ya no importa. — Me encogí de hombros, recomponiéndome.

— ¿Cómo puede no importar?

— No puedo quedarme con él. — Sacudí la cabeza, intentando no volver a llorar, si es que me quedaba alguna lágrima.

— Claro que puedes. No seas tonta.

— Su esposa volvió.

— ¿Esposa? — La señora Hera abrió los ojos, ¿qué quieres decir?

— Has oído bien, esposa.

— ¿Está casado?

— Creíais que la mujer había muerto en el accidente que os trajo a la isla, pero parece que no. Está muy viva.

— Oh, cariño... — Volvió a rodearme con sus brazos.

— No puedo hacer nada.

— Lo siento.

— No pasa nada...

Apoyé la cabeza en su hombro, esperando que los malos sentimientos pasaran. Y no fue así.

— ¿Puedo volver a ayudarte en casa y con las manualidades?

— Por supuesto, querida.

— Muchas gracias. — Intenté sonreír.

Podría volver a vivir como antes y todo iría bien, al menos eso intentaba creer.



Klaus

Capítulo cincuenta y uno

Me dolía la espalda al levantarme del sofá por la mañana. Sophia se negaba a dormir en otra habitación que no fuera mi piso y yo me quedaba en el salón.

Me apreté las sienes, agarrándome la cabeza e inclinándola hacia atrás. Quería que resolver esta situación fuera sencillo, pero cada vez resultaba más complicado y desesperante.

No quería ser cruel con Sofía, pero al mismo tiempo me venía a la cabeza Rhea. Dejarla para volver a lo que tenía con mi mujer no era lo que quería.

— Estaba debajo de una almohada. — Sophia apareció en la habitación sujetando un par de bragas pequeñas con los dedos apretados, como si se tratara de algo repugnante y repulsivo.

El encaje rojo me recordó la vez que se lo había quitado a Rhea con la boca sin preocuparme de dónde había ido a parar.

— Es desagradable pensar que estabas teniendo sexo con otra persona en esa cama. — Entrecerró los ojos.

— Dámelas. — Di un paso hacia ella y estiré la mano para coger las bragas, pero Sophia fue más rápida y las apartó de una patada.

— Le pediré a una de las camareras que limpie bien este lugar. Preferiblemente quemar la ropa de cama e incluso cambiar el colchón. No quiero más sorpresas desagradables como esta.

— ¡Es mi cama, mi colchón!

— Por eso. Eres mi marido, Klaus. Entiendo que pensaras que estaba muerta y por eso te involucraste con otra mujer, pero ahora he vuelto y no puedes justificar tener nada que ver con esa chica.

— Sophia...

— Está bien, dejemos de pensar en ella. — Forzó una sonrisa mientras se pasaba las manos por la bata que cubría su cuerpo. — Ven a bañarte conmigo. — Abrió la faja que sujetaba la prenda a su cuerpo y dejó ver que estaba desnuda. — Te lo he puesto fácil.

Sophia se apartó la bata y la dejó caer.

Inmediatamente volví la cara y la recogí del suelo, entregándosela.

— Vístete.

— ¿Por qué? — Me sujetó la barbilla, obligándome a mirarla. — Te gustaba verme desnuda.

— En otra ocasión. — Insistí en que se vistiera.

— ¡Klaus! — Levantó un poco la voz. — Quiero tener sexo contigo. He estado esperando seis años para esto.

— ¿No has tenido sexo con otra persona?

— Por supuesto que no. A diferencia de ti, yo fui fiel a nuestra relación. — Sus palabras continuaron hiriéndome como si estuvieran afiladas como una navaja. — Admito que me masturbé unas cuantas veces cuando empecé a recordar cómo era...

Dejé caer la bata al suelo y le di la espalda, caminando hacia la puerta lo más rápido que pude.

— Klaus, ¿adónde vas?

— Tómate un respiro.

— Deja de dejarme solo...

Di un portazo antes de que pudiera seguir hablando. Tal vez no debería haberme comportado así, tenía que aceptar que había elegido casarme con ella y tenía que asumir las consecuencias. Sin embargo, era completamente imposible deshacerme de la sensación de querer huir de ella.

Sophia ya me parecía maravillosa, de hecho me gustaba acostarme con ella. Tal vez esa fuera una de las principales razones por las que nos habíamos casado. Sin embargo, ya no sentía la misma atracción, aunque seguía siendo una mujer hermosa.



Rhea

Capítulo cincuenta y dos

A medida que los días se convertían en una semana, perdí por completo la esperanza de que viniera a por mí, por mucho que fuera mi más profundo deseo. Klaus había vuelto con su mujer y yo ni siquiera podía decir que había tomado la decisión equivocada.

Estaba yo distraído montando una hamaca que se había estropeado en casa de la señora Hera cuando la mujer se sentó a mi lado. Seguí mirando a la nada hasta que sus palabras me hicieron mirarla como si me hubieran sacudido.

— Estás embarazada, ¿verdad?

— Señora Hera... — Me quedé pálido mientras la miraba, sin saber qué hacer.

— Tienes más hambre que antes, te he visto vomitar tres veces. Conozco estos síntomas demasiado bien como para no saber qué es.

— I... — Contuve la respiración, pensando qué decir, pero acabé optando por la verdad, porque tarde o temprano mi barriga empezaría a crecer y ella se enteraría, igual que todos en la isla. — Estoy...

— ¡Por los dioses! Señorita...

— Todo va a salir bien. — Me puse la mano sobre el estómago mientras esbozaba una triste sonrisa. — Ya he empezado a montar el catre y voy a pedirle al carpintero que me ayude a cambio de algo de mano de obra. Usaré el hilo sobrante que me diste para tejer algo de ropa. Micaela ha tenido un bebé hace poco, quizá pueda...

— Querida... — La Sra. Hera me interrumpió. — ¿Lo sabe?

Negué con la cabeza.

— ¿Por qué demonios no me lo dijiste? Ese bebé no tiene que vivir una vida miserable como el resto de nosotros.

— No podía decírselo. — Tragué saliva, el pecho me pesaba al recordar mi última conversación con Klaus y la forma en que su mujer se había dirigido a mí.

Amante...

Lo único que faltaba era que me llamara puta mientras vomitaba su veneno en mi dirección.

— Tienes que ir allí y decírselo.

— Tiene una esposa...

— Casados o no, tendréis un hijo y él tiene que asumir esa responsabilidad.

— No lo sé.

— Oh, pequeña. — Tiró de mis hombros y me envolvió más cerca.

— ¿Puedo quedarme aquí tranquilamente por hoy?

— Tú puedes.

— Gracias. — Respiré hondo y cerré los ojos.

Por mucha razón que tuviera la anciana, temía el dolor que podría sentir cuando volviera a encontrarse cara a cara con Klaus sin siquiera poder besarle.



Klaus

Capítulo cincuenta y tres

— Los divorcios contenciosos pueden llevar mucho tiempo — dijo mi abogado mientras yo le miraba fijamente al otro lado de la mesa.

— Tiene que haber otra manera.

Mi corazón seguía apesadumbrado y esa sensación que había aparecido con Sophia parecía que no se iría hasta que ella lo hiciera. Mi angustia se intensificó porque no había conseguido hablar con Rhea ni decirle que no había renunciado a lo nuestro.

El móvil que le había regalado acabó abandonado y por poco no lo tiraron a la basura mientras Sophia sacaba sus pertenencias de mi piso. Tuve que ir a la isla y hablar en persona, pero no conseguí que mi mujer me diera un minuto de respiro.

Sophia se empeñaba en borrar a Rhea de mi vida y ni siquiera intentaba ocultarlo, era completamente contra mi voluntad.

— Desgraciadamente, la forma más rápida de conseguir una separación es que ella esté de acuerdo. De lo contrario, puede requerir mucho tiempo de disputas legales y los inconvenientes que ello conlleva.

— ¿A qué tiene derecho? — Necesitaba comprender la magnitud del asunto.

— Bueno, este complejo es una herencia que tienes de antes del matrimonio. Según el acuerdo nupcial, ella tiene derecho a unos cuantos millones y a parte de la isla que compraste después de la boda, en la que estás construyendo el nuevo complejo.

— ¿Y si le ofreciera toda la isla?

— La construcción apenas ha empezado, aún es sólo un trozo de tierra en medio del océano. No creo que sea probable que acepte.

— Mil millones de euros es dinero más que suficiente para hacerla desaparecer.

— Tendrás que consultarlo con tu contable, pero será una mella considerable en tu fortuna.

— Si ella acepta, estoy dispuesto.

— Podemos analizar la situación y hacer una oferta, pero yo ofrecería un precio mucho más bajo para negociar. En situaciones así, no veo que la otra parte ceda fácilmente. No tengo un gran historial en divorcios, me centro más en los negocios, pero pediré a algunos expertos que me ayuden con el caso para que puedas sortear la situación de la mejor manera posible.

— Gracias, señor.

— Lamento los inconvenientes que está experimentando, señor Demetriou, pero tendrá que ser un poco más paciente con la situación.

Asentí con la cabeza.

El abogado empezó a revisar unos papeles para meterlos en su maletín y yo me levanté de la mesa y salí de la sala sin esperarle.

En cuanto crucé la puerta, vi a lo lejos a Sophia en el ascensor y a Hannah agarrándola del brazo antes de que saliera al pasillo. Aquella escena me llamó la atención. Conocía a Sophia lo suficiente como para estar segura de que jamás aceptaría que una criada la tratara así, fuera quien fuera.

No pude contener el impulso de ir tras ellos, pero tomé las escaleras porque sabía que el ruido del ascensor delataría mi presencia y sería difícil saber en qué planta se habían detenido. Bajé despacio hasta que oí la voz de Hannah a través de una de las puertas cortafuegos.

— ¿Qué estás haciendo mal?

— ¿Yo? ¡Nada! — Sophia parecía defenderse y su voz era la de alguien asustado.

— ¿Dejaste que se enterara?

— ¡No! Seguro que no tiene ni idea de que soy un doble de su mujer que se pudrió en el fondo del mar.

¿Cómo?

Tuve que contenerme para no tirar la puerta abajo y estrangularlos por la trampa que me habían tendido.

— He estado actuando exactamente como me dijiste que lo haría. Me estoy imponiendo y

parece que me va bien.

— Estoy seguro de que no. Porque está en su oficina hablando con un abogado. Apuesto a que está pensando en una manera de deshacerse de ti. Ni siquiera eres lo suficientemente buena para seducirlo.

— ¿Qué me importa a mí si él no puede dejar de pensar en esa chica?

— Tiene que pensar en ti. ¿No sabes cómo seducir a un hombre?

— Me he ofrecido de las formas más diversas posibles. No quiere acostarse conmigo.

— Hazlo mejor.

— Si fuera tan sencillo, te habrías quedado con él en vez de arrastrarme a este lío.

— ¿Preferirías volver al agujero donde te encontré? ¿Sufriendo a manos de un novio maltratador que te pegaba? Solo mira tu cara. Menos mal que esa cicatriz es la excusa perfecta para disimular cualquier diferencia que tengas con la verdadera Sophia.

— No... Preferiría no volver.

— Así que esfuérzate más, convence a Klaus de que tiene que quedarse contigo y olvídate de una vez por todas de esa chica que huele a pescado.

— Yo que tú me ahorraría el esfuerzo... — Abrí la puerta y me enfrenté a ambos con una expresión de odio en los ojos.

Pensé en todo el dolor que había sentido en los últimos días, en la confusión y, sobre todo, en el hecho de que Rhea no estuviera allí conmigo por culpa de una maldita farsa.

— Señor, no sé lo que ha oído, pero... — Hannah empezó y yo levanté la mano para que parara. — Ahórrese sus disculpas.

— Sólo estábamos bromeando, amor. — El farsante apartó a Hannah. — Soy tu mujer.

— ¿Dónde estábamos cuando te pedí que te casaras conmigo?

— En un restaurante — dijo con una sonrisa y cuando se dio cuenta de que no me había convencido, miró a Hannah, esperando que le diera alguna pista. — Mi memoria no es la misma

después del accidente. — Se puso la mano en la cabeza, fingiendo estar mareada. — No todos los recuerdos volvieron con exactitud.

— ¿Cómo se llama tu hermano mayor?

— Soy hija única.

— Perdiste a un hermano cuando tenías cinco años y él siete, fue una enfermedad infecciosa, pero nadie en tu familia habla de ello. Sólo me lo mencionaste una vez.

— Cancelé todos los episodios traumáticos de mi vida...

— ¡Cállate! — grité enfadado.

— Mi amor... — Aparté la mano de la cretina antes de que pudiera tocarme.

— Será mejor que salgas de la isla antes de que te encuentre seguridad, porque voy a dejar que la policía lo resuelva.

— Señor, por favor... — apeló Hannah como si esperara encontrar algo de piedad en mí, pero el dolor de los últimos días me había consumido.

— Tienes cinco minutos...

— No quiero que me detengan. — La falsa Sophia corrió hacia el ascensor, cerrando la puerta y dejando a mi secretaria mirándome fijamente.

— No puedes despedirme así, señor...

— Espero que el despido sea la única consecuencia a la que tenga que enfrentarse.

Tragó saliva y pasó a mi lado, bajando las escaleras.

Estaba cabreada, enfadada, indignada y quería romper algo con mis propias manos, pero al mismo tiempo el alivio me llenó de una forma tan reconfortante que suspiré.

Rhea...

Volví corriendo a mi despacho y recogí el anillo de compromiso, que seguía en el mismo sitio.

No esperaría ni un segundo más antes de plantarme frente a ella. Sólo esperaba que fuera

capaz de disculparme por mi negligencia, por no haber sido capaz de saber en el primer momento que aquella mujer del infierno no era mi difunta esposa y dejar marchar a la que realmente amaba.

El viento soplaba con fuerza cuando salí del edificio de la administración y las nubes eran cada vez más grises. Sentí un escalofrío y anticipé la lluvia que no tardaría en caer. Seguía teniendo miedo a las tormentas, por mucho que intentara no pensar así.

Sin embargo, intenté no asustarme mientras corría hacia el helipuerto. Adonis siempre estaba de servicio allí durante las horas de oficina y no tardé en encontrarlo comiendo un bocadillo en una cabina cercana.

— Quiero ir a la isla de Rhea.

— ¿Ahora? — Pareció sorprendido por mi tono firme.

— Inmediatamente.

— Va a llover a cántaros.

— Eres un piloto experimentado, puedes manejarlo.

— Incluso aunque me arriesgara, pero ahora no podemos salir en helicóptero, y menos con este tiempo.

— ¿Por qué no?

— Hay que cambiar una pieza del motor y el mecánico no llegará hasta mañana temprano. El helicóptero está destinado a fallar con este tiempo. ¿Puede esperar hasta mañana por la mañana?

— No, no puedo. — Llevaba casi quince días sin Rhea y había sido demasiado tiempo para la distancia.

— Entonces es más seguro que vayas en barco.

— ¿Barco? — Se me heló la sangre.

— Sí, llevará más tiempo, pero es mejor que enfrentarse a esta tormenta con un helicóptero que necesita mantenimiento.

Creía en las palabras de mi piloto, Adonis no habría dicho eso si no fuera cierto, y al mismo tiempo la idea de salir en barco después de tanto tiempo me dejaba helado.

Podía esperar al día siguiente y pasar otra noche sin Rhea, o enfrentarme a mis traumas para estar con ella lo antes posible.

Las primeras gotas de lluvia ya empapaban mi camisa cuando me di la vuelta y corrí hacia el amarradero. Aunque no me atreví a subirme a otro yate después del accidente, seguía teniendo algunas embarcaciones, sobre todo para el mantenimiento del complejo y otra que mi madre utilizaba a menudo para salir con sus amigas.

Fui a la casa donde estaba el guardia de seguridad y abrió mucho los ojos en cuanto me vio.

— Señor...

— ¿Dónde está la llave de mi yate?

— Tome. — Sacudió la cabeza confundido mientras abría uno de los cajones, sacaba lo que le había pedido y me lo entregaba.

— Gracias.

Como no estaba usando el barco, no tenía un piloto a mi disposición y tendría que dirigir el barco yo mismo hasta la isla donde estaba Rhea.

Iba a tardar horas, pero lo peor era que la lluvia se estaba intensificando.

Tuve que luchar contra el impulso que me paralizó al poner el primer pie en la popa. Mi corazón empezó a latir más fuerte y más rápido. Era difícil controlar el miedo y todos los demás impulsos.

La adrenalina me alimentó y me dio fuerzas para llegar a la cabina. Arranqué el barco y me sequé la frente sudorosa. Levanté el ancla y maniobré para salir.

La lluvia era cada vez más intensa y las gotas golpeaban violentamente contra el cristal. El mar se volvía violento y, al primer balanceo del yate, mi mente volvió a llenarse de imágenes del accidente.

Tuve que luchar contra el miedo, el dolor y el trauma para no darme la vuelta y esperar al día siguiente. Recordar a Rhea, pensar que pronto podría enredar mis dedos en su pelo, oler su aroma y besarla era la motivación que necesitaba para seguir adelante.

Afortunadamente, mi memoria aún sabía muy bien cómo conducir ese tipo de vehículo. Pero fue un tiempo agónico, respirando hondo con cada rayo que cruzaba el cielo hasta que divisé la isla donde vivía.

Llevé el yate lo más cerca posible de la playa para que no encallara y eché el ancla. Bajé a proa y busqué el bote, pero no estaba allí.

Me quité los zapatos, pero no me preocupé por la ropa, que ya estaba mojada por la lluvia. Me lancé al mar, tragué un poco de agua salada y nadé con las olas chocando contra mi cuerpo hasta llegar a la playa exhausto.



Rhea

Capítulo cincuenta y cuatro

Había cerrado las ventanas porque el viento estaba metiendo agua en mi pequeña casa. Dejé de concentrarme en coser una bata para mi bebé cuando la fuerza de la tormenta empezó a sacudirlo todo y pensé que iba a arrancarme las paredes.

Viviría momentos de angustia hasta que pasara la lluvia.

La puerta principal se abrió a la fuerza e imaginé que el viento era aún más intenso. Pero cuando se abrió, vi un relámpago y una silueta masculina. El resplandor de la tormenta me reveló su rostro, pero seguía sin creérmelo.

— Klaus...

— Rhea...

Entró en casa y cayó de rodillas en mi pequeño salón. Parecía agotado y la luz de la linterna mostraba lo demacrado que estaba. La electricidad siempre fallaba, sobre todo en momentos así, pero deseé que la luz se hubiera encendido para poder verle mejor.

Solté lo que tenía en las manos y corrí hacia él, arrodillándome a su altura.

— Te ves terrible.

— Estoy mejor ahora que cuando te fuiste.

Me quedé muda y el silencio sólo se vio cortado por el ruido de la tormenta hasta que Klaus se atrevió a decir algo.

— Te quiero. — Se levantó y me acercó, acercando mi cuerpo al suyo.

Su boca dominó la mía en un beso desesperado y hambriento, demostrando que aquellos quince días separados me habían dejado como si hubieran pasado quince años. No quería ser la amante, pero mi racionalidad se puso a prueba cuando me apretó el culo y me apretó aún más contra su cuerpo húmedo y perfumado de agua de mar.

No luché por ser racional, simplemente cedí a lo que quería mi corazón. Deslizó su boca de la mía y me mordió el cuello. Sólo mi gemido no fue más fuerte que el sonido del trueno

afuera.

Llevaba un vestido de tela fina que cedía como el papel bajo el peso de sus manos. Estaba tan desesperado que me arrancó la ropa. Me deshice de lo que quedaba de tela y me quité las bragas mientras él se quitaba la camisa mojada y los calzoncillos.

Desnuda, Klaus me cogió por la cintura y me tumbó en la mesita del comedor. La madera crujió cuando me acercó al borde y me penetró de un solo empujón. Chillé al sentir un ligero pinchazo porque no estaba lo bastante preparada, pero le rodeé los hombros con los brazos y rodé sobre mí misma, entregándome al acto mientras Klaus me agarraba la cintura con ambas manos y tiraba de mí con fuerza hacia él.

Sacudí la cabeza y volví a besarle, disfrutando de los mordiscos que me daba en los labios mientras estrellaba su cuerpo contra el mío, empujando más profundo y más rápido de lo que podía. Había una desesperación y una necesidad tan intensas que sólo nosotros dos comprendíamos.

Le solté los hombros y me incliné hacia atrás, apoyando las manos en la mesa y levantando un poco las caderas para que pudiera llegar aún más profundo. Aquel frenético vaivén me hizo gemir cada vez más fuerte.

Deliraba y todo mi cuerpo palpitaba hasta que el orgasmo llegó de una forma deliciosa que me dejó completamente sin aliento y me hizo desplomarme sobre la mesa. Klaus empujó tres veces más hasta que sentí la presión y el calor de su semen mientras se desplomaba sobre mí.

Nos quedamos así un rato, recuperándonos del acto casi salvaje, hasta que me besó más cariñosamente y me acarició la mejilla, como si me hubiera recompensado por lo que había hecho y por cómo se había comportado.

— ¿Has venido a pedirme que sea tu amante? — Dejé escapar la pregunta aunque era lo más tonto que podía haberle preguntado.

No quería ese título. No quería ser la segunda opción, mientras que estar sin ella era lo peor del mundo.

— No. Se alejó de mí, dejándome arrugada sobre la mesa. — Se alejó de mí, dejándome arrugada sobre la mesa.

Pronto me arrepentí de lo que había dicho.

Klaus había venido a mí, me había devorado como un animal hambriento y volvería con su mujer. Probablemente aquel sexo y toda su angustia no eran más que una despedida, por mucho que me hubiera dicho que me amaba y esas palabras aún palpitaran en mi mente.

Observé cómo se movía su ancha espalda y su culo perfecto mientras se agachaba para sacar algo del bolsillo del pantalón. Sólo me di cuenta de que era una caja de terciopelo cuando la abrió y reveló un anillo con un hermoso solitario ovalado.

— He venido a pedirte que seas mi esposa.

— Pero... — Estaba completamente confundido, por mucho que eso era todo lo que quería oír. — Ya estás casado.

— No — chilló en tono áspero. — Soy viudo.

— ¿Y Sophia?

— Una farsa. — Apretó los dientes. Si fuera posible, estaría escupiendo fuego de rabia. — Hannah encontró una doble e intentó utilizarla para manipularme.

— Lo siento.

— Quería matarlas, pero ahora me siento aliviado de que no quede nada que me impida estar contigo.

— Así que...

— Rhea — volvió a ponerse de rodillas frente a mí y levantó el anillo. — ¿Quieres casarte conmigo?

— ¡Sí! — grité para asegurarme de que me había oído bien.

Klaus se levantó y me rodeó la cintura con los brazos, me besó y luego se separó para ponerme el anillo en la mano.

— Escucha... — Le pongo las manos en los hombros, haciendo que me mire.

— ¿Qué pasa? — Noté que sus músculos se agarrotaban y se ponía tenso.

— Hay algo que necesito decirte.

— Rhea...

— ¡Alégrate! Son buenas noticias. Al menos eso espero.

— Habla.

— Estoy embarazada.

Klaus se quedó helado mirándome hasta que volvió a arrodillarse y me besó el vientre.

Le acaricié el pelo mientras enterraba la cabeza en mi vientre y se quedaba allí un momento.

— ¿Cuándo te enteraste? — preguntó cuando por fin volvió a ponerse en pie.

— El día que Sophia volvió.

Apretó los dientes y me di cuenta de que estaba conteniendo algunas palabrotas.

— Entonces, ¿por qué te fuiste?

— Era tu mujer.

— ¡Tú! — Me sujetó la cara con ambas manos. — Eres la mujer que amo.

— Yo también te quiero, Klaus.

Volvimos a besarnos y pronto nos entregamos de nuevo al amor que nos unía.



Klaus

Capítulo cincuenta y cinco

Dos meses después...

El teléfono de mi mesa empezó a sonar y contesté, oyendo la voz de mi nueva secretaria.

— Señor, hay un investigador en la línea que quiere hablar.

— Puedes transferirlo.

— Bien.

Tardé unos instantes en oír la voz del hombre al otro lado de la línea.

— Buenas tardes, Sr. Demetriou.

— ¿Tienes alguna noticia para mí? — Fui directo al grano.

— Sí. Encontramos un cuerpo a un kilómetro de donde están los restos del yate.

Tragué saliva y forcé la pregunta que me haría dormir en paz.

— ¿Es Sophia?

— Acaba de llegar la prueba de ADN y puedo decir que los restos son suyos.

— Gracias.

— Le enviaré toda la documentación junto con los costes de búsqueda.

— De acuerdo.

Colgué con tremendo alivio. Después de que el doble se hiciera pasar por Sophia, contraté a un equipo y les pedí que buscaran a la verdadera, viva o muerta. Saber que no me había equivocado en todos estos años me quitó un gran peso de encima.

Hannah y la mujer, cuyo nombre descubrí que era Daphne, estaban detenidas por falsos pretextos y eran un problema para la policía.

Me miré la mano izquierda y el nuevo anillo de boda que llevaba. Resolver aquellos asuntos de mi pasado pretendía garantizar que Rhea y yo fuéramos felices sin más

interrupciones.

Mi móvil vibró sobre la mesa y lo saqué para ver qué era.

Mamá:

Voy a ir y espero que tú y mi nuera puedan acompañarme a cenar.

Klaus:

Se lo haré saber a Rhea.

Mamá:

Me alegro mucho por ti, hijo mío.

Klaus:

Gracias, mamá.

Mi amor por aquella mujer se hacía más fuerte cada día y cada vez estaba más seguro de que era con ella con quien quería pasar el resto de mi vida.



Rhea

Epílogo

Tres años después...

— Buenas noches, jefa. — Se despidió de mí uno de los ayudantes mientras se quitaba el delantal y salía de la cocina.

Una vez terminadas las obras del nuevo complejo, Klaus me permitió hacerme cargo de uno de los restaurantes y tener mi propio equipo, utilizando los conocimientos que había adquirido con la experiencia práctica y algunos cursos.

Siempre me ha gustado cocinar y tener mi propio espacio me hacía muy feliz.

Estaba revisando la despensa para ver si tenía todos los ingredientes para el día siguiente cuando oí una vocecita que me llamaba.

— Mamá...

— Mi amor. — Me di la vuelta y vi a Dimitri en brazos de su padre.

Mi hijo estiró los brazos y dejó caer al suelo una pelotita de plástico que rodó hasta mi pie.

— ¿Sacaste la piscina contigo? — Me agaché para recogerla y se la devolví.

— Se estaba portando como un bromista. — Klaus torció los labios, desaprobando la actitud de nuestro hijo. — No quería soltarla, así que acabó viniendo con ella.

— No puedes hacer eso — regañé al chico, que volvió a soltar la pelota para estirar los brazos hacia mí una vez más. Era difícil seguir enfadado así.

Lo cogí del regazo de su padre y mi hijo me rodeó el cuello con los brazos.

— Ahora ni siquiera le importa la bolita. — Klaus esbozó una sonrisa.

— Soy más interesante. — Hinché un poco el pecho.

— Nadie lo duda. — Klaus se agachó para darme un beso. — ¿Nos vamos a casa?

Asentí y salí de la cocina, cargando a mi hijo y caminando en compañía de mi marido.

Ya era de noche y las farolas iluminaban el camino que subía por la colina hasta la cabaña que Klaus había construido para nosotros.

Seguía yendo al complejo que había dejado su padre y dirigía el lugar, pero habíamos construido una nueva vida allí, sobre todo una casa nueva, con más espacio para Dimitri y el otro niño que yo esperaba.

Klaus y yo nos habíamos convertido en una familia, éramos la base del otro y cada día nuestro amor se hacía más fuerte.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

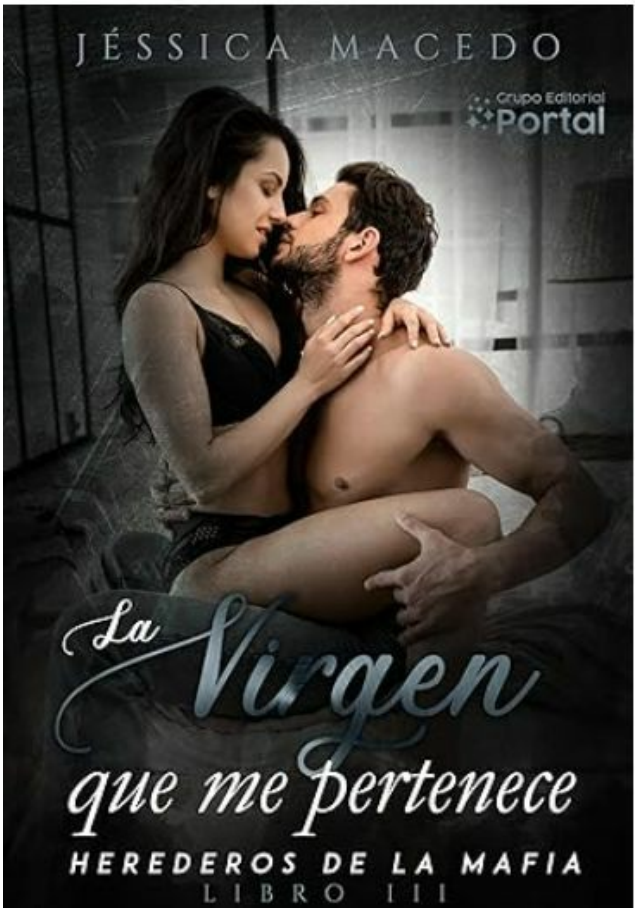
Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

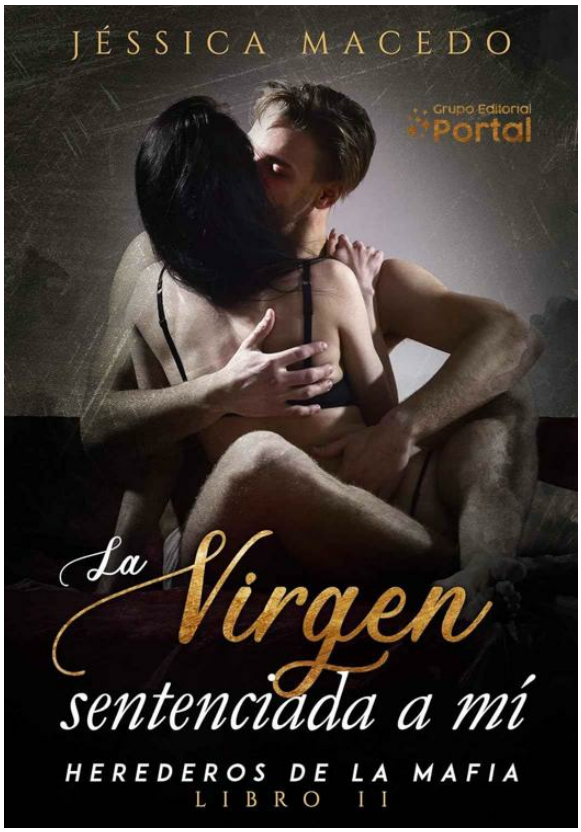


Link=> https://amzn.eu/d/ciJFEaz

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

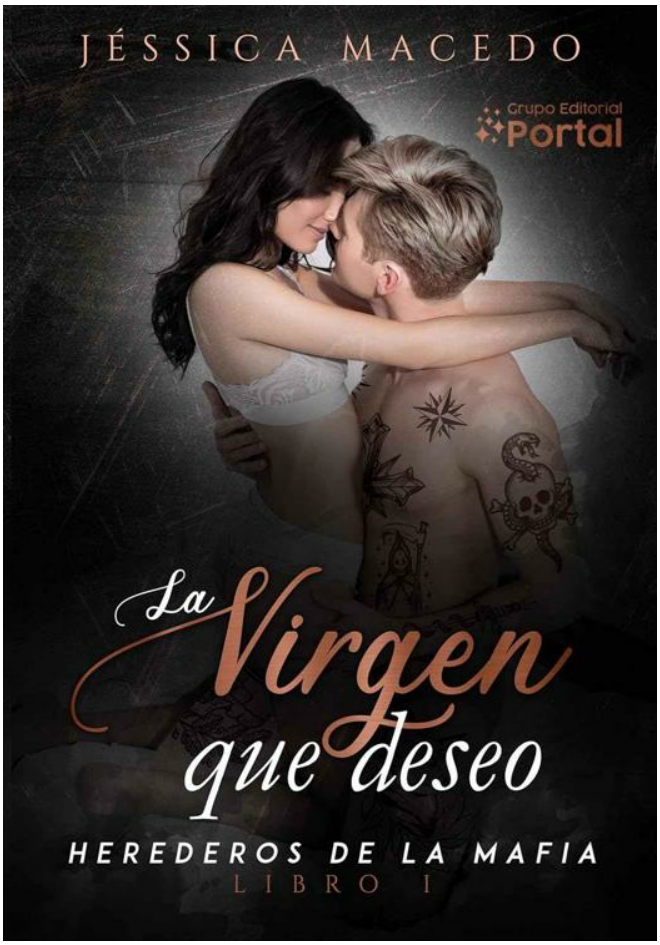


Link => https://amzn.eu/d/4iEF47G

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho. Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn